

ALFONSO DE ARAMBURU



LA CIUDAD DE HÉRCULES

*Prólogo de
José María Pemán*

R. - 6.111

Alfonso de Aramburu y Pacheco



LA CIUDAD DE HERCULES



H-1049

SERVICIO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE CÁDIZ

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ



3720730103

JUSTIFICACION DE TIRADA

Consta esta edición de 1.000 ejemplares numerados, de 0000 al 0999 impresos sobre papel verjurado de *Guarro Casas, S.A.*

Ejemplar nº

1013

Edición Facsimilar de la tercera, publicada en 1946

© Herederos de Alfonso de Aramburu y Pacheco.

© Edita: Servicios de Publicaciones, Universidad de Cádiz

I.S.B.N.: 84 / 7786 / 019 / x

D.L.: CA / 022 - 90

Fotomecánica, Fotocomposición e Impresión:

Industrias Gráficas LIPPER S.A.

C/ Tajo 21, CHICLANA

LA CIUDAD
DE
HERCULES

ALFONSO DE ARAMBURU Y PACHECO

LA CIUDAD
DE
HERCULES



ESTABLECIMIENTOS CERÓN
y LIBRERÍA CERVANTES, S. L.

CADIZ / 1946

Ilustraciones de
LUIS ALAMEDA

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Queda hecho el depósito que
marca la ley

*Tercera edición. Enero 1946. Impreso en España
Talleres gráficos Escelicer, S. L. Cádiz*

PROLOGO POR JOSE MARIA PEMAN

Q A comprenderás, querido Alfonso, que, al margen de todo cumplido y cortesía, no creo preciso que me esfuerce mucho para que me creas que, al juzgar tu libro sobre Cádiz, que has tenido la amabilidad de darme a conocer en cuartillas, yo parto de una inicial conformidad y aprobación, casi con aire enfático de episcopal "nihil obstat". Ya lo comprenderás, digo, porque mi aprobación y aplauso es, en este caso, algo más que simple juicio literario favorable. Es alegría y bienvenida de camaradería, de compañerismo en una misma tarea: la tarea de entender y explicar la difícil, por tan clara, belleza de Cádiz. Tu libro, para mí, como obra literaria, me parece bueno; pero sobre todo, como libro gaditano, me parece ortodoxo.

Tiene que parecerme porque tú, con documento y detalle, partes de la misma base de la que yo arranqué en *Señorita del Mar*; base que

los años no han hecho más que afirmar y comprobar.

Cádiz tiene, en todas partes, "muy buena prensa", como ahora se dice. Tiene por ahí una categoría estética y urbana que hemos de confesar que casi nos asombra un poco a los que estamos familiarizados con la ciudad. Yo he recorrido bastante mundo y respondo de que es muy corriente que nuestra afirmación de "vivir en Cádiz" sea subrayada por exclamaciones de envidia, parabienes y respetos. Por referencias en unos, por recuerdo de presencia a otros, Cádiz suena a muchos como un valor antiguo, civilizado, luminoso. Cádiz, quizá, tiene menos a su lado a los ociosos como Capri, a los convencionales como Venecia, o a los coloristas como Sevilla: pero tiene a su lado a los exquisitos, a los exigentes, a los intelectuales. A Venecia o Granada las entienden los que entienden el Fausto de Goethe, las Orientales de Víctor Hugo o la Walkiria de Wagner. A Cádiz lo entienden los que entienden la Antígona de Sófocles. Además "lo gaditano", por no sé qué evocaciones de gracias antiguas y aladas bailarinas, es una esencia vaporosa, intrascendente y semiangélica, que tiene por el mundo valor como de pasaporte o salvoconducto vital. Se pueden hacer o decir, por el mundo, siendo de Cádiz, muchas cosas que no se le tolerarían a la rigidez comprometedora de un caballero de Avila o de Friburgo. El acento interviene en esto no poco. Yo

P R O L O G O

recuerdo que en cierta ponencia, a la que asistía conmigo, hace años, un viejo político y hombre de ciencias, el doctor Cortezo, ya medio ciego, cuando se tenía que ausentar del salón—y tenía que ausentarse a menudo porque era diurético—me preguntaba antes si yo iba a hablar, para, en ese caso, aguantarse y quedarse. Y luego me confesaba que no era que le interesase un comino lo que yo dijera, sino que le encantaba escuchar mi acento gaditano que, efectivamente, con los ojos entornados, saboreaba como quien huele, en la playa, la brisa picante de algas y marea baja. También recuerdo, en una ocasión, haberme encomendado una señora que contara en una tertulia, cierto suceso picante que ella no se atrevía a referir, y que creía que podría ser mejor tolerado con mi acento gaditano que, según su opinión, “va absolviendo las palabras a medida que las dice”.

Por eso, querido Alfonso Aramburu, digo que la belleza y sustancia de Cádiz, con ser tan universal y acatada, es sutil y difícil. La saborean muchos como un perfume: pero a otros se les puede escapar como un vapor. Por eso andamos unos cuantos en esta tarea de buscarle el secreto a la ciudad y aprisionar en perfil y definición su gracia vaporosa.

Tu libro está colocado en esa línea, y de ahí, a mi juicio, le viene su acierto inicial y sus muchos encantos. Tú no te has propuesto a Cádiz como un asunto catalogado, sentenciado y

P R O L O G O

concluído, sobre el que se puede hacer literatura, como se puede hacer sobre un león o sobre una rosa. Tú te has propuesto a Cádiz como un problema: tú, con humildad artesana, acarreas datos, materiales y observaciones, divagando poco y mirando mucho, para la tarea de aclarar este problema de Cádiz, oscuro a fuerza de deslumbramiento. Y es esto lo que presta a tu libro su gracia clásica y su sencillez encantadora.

Precisamente esa posición directa, observadora, es una sanísima higiene para el estilo literario que viene cansado de conceptualismo y oscurecido de metáforas, después de tantos siglos de cultura. La facultad simple e ingenua de ver viene estando desgastada en los hombres. El lenguaje vivo, plástico, con figura y color, viene refugiándose en los seres sencillos —marineros y campesinos— que leen poco y miran mucho. Es un reposo leer, ahora, páginas como esas tuyas llenas de cosas claras y concretas puestas sencillamente una detrás de otras. Tu estilo tiene el orden y la gracia impersonal de una repisa de caoba donde hubiera, en tal escritorio gaditano, un catalejo, una fragata de juguete, un tarro de goma y una botellita con una "muestra" de vino. Tus renglones tienen la rectitud soleada de las calles de Cádiz, sin recovecos, sin revueltas. Tu libro está hecho con miradas y con cosas, no con fugas y metáforas. Es libro valiente de hombre de playa y balan-

dro, que no le tiene miedo ni a las figuras concretas ni a la luz del sol. Esto le da un encanto natural y clásico. Si tú hablaras de guitarras y mantillas tendrías que "hacer literatura" que te saldría mejor o peor. Pero como hablas de la peina de carey y el barco en la botella del anticuario, del ostión y de la gamba, de la farola verde y del banco de hierro colado, todo tiene la gracia, sin manoseo, de lo que acaba de nacer claro e intacto en el lenguaje. Venus puede resultar mejor o peor cantada o pintada interminablemente por los artistas. Pero siempre resulta bien vista sencillamente en el momento de salir del mar... Por eso, acaso, las páginas mejores del Viaje a Italia de Goethe, no son aquellas que comentan el Moisés de Miguel Angel o la cúpula de San Pedro, sino aquellas que hablan de la fabricación de los macarrones o el cultivo de las habas y que recuentan las ágatas, los ónices, y las calizas conchíferas que va catalogando por las riberas de Girgenti.

¿Quiere esto decir que tu libro es nada más que un arsenal de observaciones y datos, sin ningún avance en esta conclusión general que vamos buscando sobre Cádiz y su gracia?

Nada de eso. Tu libro avanza, con más copia de datos, acaso, que ninguno otro anterior, hacia la tesis y conclusión que presentimos. Debajo de tu libro, como agua subterránea, canalizada por una copiosa y disimulada do-

P R O L O G O

cumentación, todo corre hacia una doctrina lucida y exacta de "lo gaditano".

Así como Dios ha administrado a Cádiz a grandes dosis la luz y la sal, le ha administrado con pulso y cuentagotas la Historia. Hermoso regalo: porque todo lo que es pura presencia es belleza y verdad, y todo lo que es pura historia es peligro y puede ser confusión. Como un mariscador de piedra en piedra, la Historia salta en Cádiz de islote a islote de civilización, suprimiendo e ignorando todo lo turbio e intermedio. De Argantonio a Julio César y el templo de Hércules; de aquí, casi sin Edad Media, a los mármoles de los "ginovees"; de aquí a las líneas sobrias y geométricas de Carlos III; de aquí a los escritorios inglesados y liberales. Todo medievalismo y conceptismo ha sido eliminado y borrado. No hay por donde les venga a las esquinas de Cádiz una leyenda de cuchilladas o un romance de cautivas o trovadores. No hay por donde Cádiz se vea comprometido a preferir una loza de cerámica castiza a una porcelana de Sevres, ni un cortijero reloj de sol a un buen péndulo "made in England". Cádiz está abierto a todo lo universal y pre-dispuesto a todo lo clásico. Por sus rincones ha pasado tanto como el carromato de la limpieza pública, el de la desinfección histórica. No hay por sus esquinas ni basura ni arqueología.

Por eso no es fácil y clara la gracia de Cádiz, como no lo es ningún valor clásico. Siempre

P R O L O G O

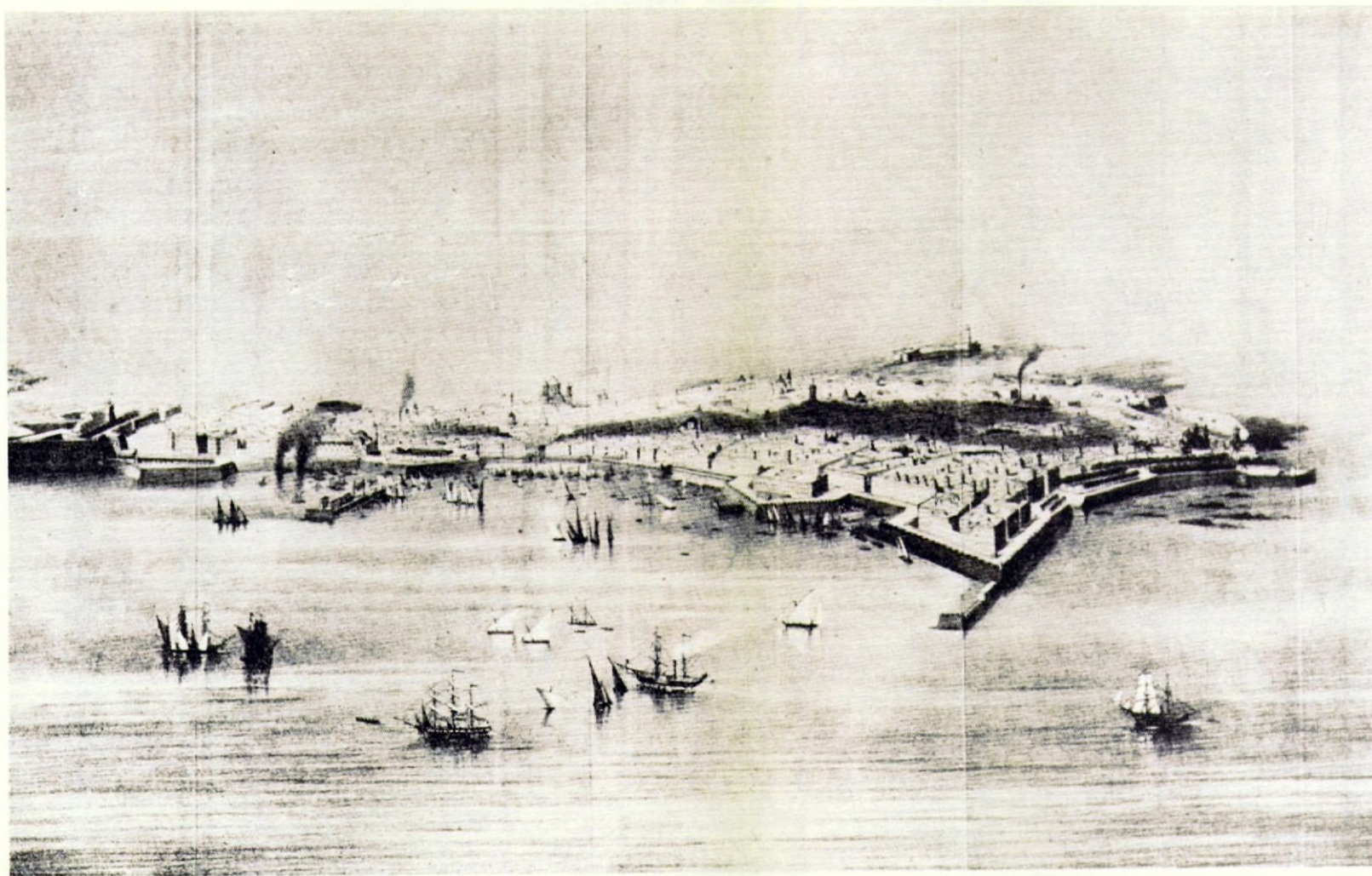
el Don Alvaro tendrá más público que la Ifigenia: y siempre Toledo tendrá en el Baedeker más renglones que Cádiz. Pero quedarán siempre en el mundo una selección de espíritus para gustar de los perfiles exactos, geométricos y luminosos. Esos gustarán siempre de las calles de Cádiz hechas de líneas rectas y volúmenes blancos... y gustarán de este tu libro hecho de miradas claras y cosas concretas.

Mi enhorabuena, Alfonso, y un abrazo.

José M^a. Pemán

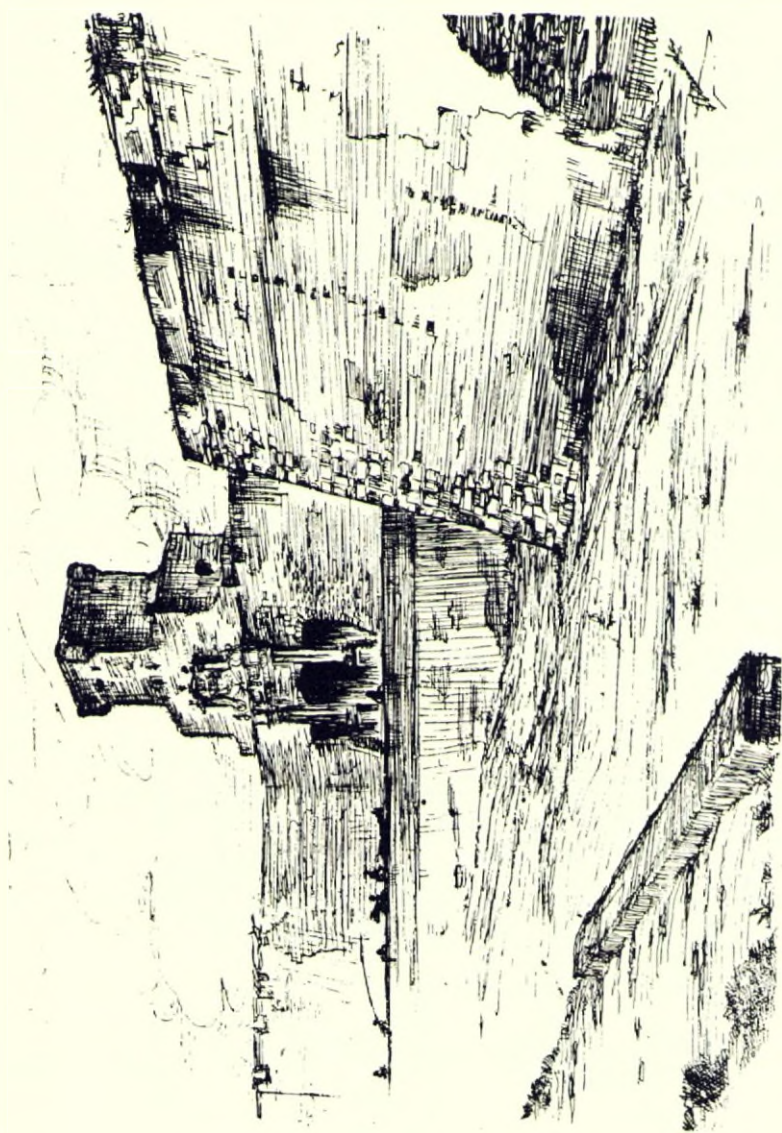
*A*l Excmo. Ayuntamiento de Cádiz,
como sincero homenaje que dedico a mi
ciudad natal y en agradecimiento al apoyo
entusiasta que me han prestado sus
componentes para la publicación de este
modesto trabajo.

EL AUTOR



VISTA GENERAL DE CADIZ
SEGUN UN GRABADO ANTIGUO

LA CIUDAD DE HERCULES



1

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

PUERTA DE TIERRA
Murallas de la Ciudad

*A mis amigos de la Sección
Literaria del Ateneo Gaditano.*

NUESTRA LIMPIA LITERATURA



OCAS ciudades tan blancas en la literatura como Cádiz. Hemos llegado a una época en que, si analizamos literalmente a nuestra Andalucía, veremos qué difícil es estar libre de ese fenómeno—social, tradicional, interpretativo—que aprisiona a algunas provincias y que se conoce con el nombre de tópico.

¡Caer en el tópico! ¡Caer en la falsa y exagerada interpretación! He aquí el problema de esos pueblos que quieren sacarse la espina de una mala visión, que va transmitiéndose de generación en generación, creciendo como la mala yerba en todos los sitios y en todas las épocas. Esta es, en efecto, la principal causa y lamento de los escritores andaluces, que empuñan la pluma contra estas falsas interpretaciones. Hay que preservar, pues, la limpia literatura de las sin tópico para que no rocen la senda del error, para que no corran el riesgo como otras que se conocen a través de unas costumbres y una fama universal, malamente producida y peor propagada.

LA CIUDAD DE HERCULES

Precisamente Cádiz se salva de entre ellas, porque afortunadamente creemos, que dentro de lo que se ha escrito sobre su modo de ser, sólo tenemos un átomo de literatura exterior, llamémosle colorista—pero colorista natural, no el de pandereta de Andalucía—, que lleva a la ciudad por un camino de romántica literatura que nos favorece y no nos puede dañar. Me refiero a la impresión que Cádiz deja, como puerto de llegada, a los viajeros de paso que quieren captar la emoción que les contasen los escritores del XVIII y XIX con sus ágiles plumas, y que han marcado definitivamente el camino de color y luz, que podemos llamar literatura colorista natural de Cádiz, y que brota de un pincel de acuarela, limpio, brillante y definitivo.

Junto a esa impresión de llegada la impresión de partida. Tenemos entonces a Cádiz en movimiento, zurcando las aguas por la pluma de los escritores. Cádiz navega cual barco en busca de horizontes sin fin. Los viajeros y poetas lo han dicho muchas veces: nave de piedra con palos como torres y jarcias de cristal. Ultimamente se llena a Cádiz de adjetivos marineros, como invitándola a zarpar en busca del Atlante misterioso. Todo ello contribuye a destacar la esencia marinera de la ciudad, la vida y espíritu que anida en sus calles y plazas, en su ambiente, en su historia, en su carácter lleno de influencias, pero falto de tópicos, cualidad perfecta de quien ha sabido acomodar lo uno deteniendo el peligro de lo otro, apartando la mala yerba y recogiendo los frutos.

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

Con este Cádiz de tajamar inquieto y navegante se hace resaltar su color. El color existía ya en él, pero se necesitaba conocerlo, difundirlo. Y es el viajero, el viajero del XVII y XVIII el que se ocupa de describirlo. En pleno XIX se traslada el color a la cuartilla y recorre impreso el globo. Ya tenemos la impresión colorista, la acuarela romántica, y se forma la literatura del lapizlázuli, del cobalto, del azur, de la cal. Y todo ello tiene lugar en pleno siglo XVIII, porque Cádiz es ciudad del XVIII en su arquitectura urbana, en su arte, en su literatura. Quedaba, pues, descubierto su color; quedaba extendida la ciudad, presentada al mundo. Sólo quedaba el buen o mal uso de ella: la interpretación.

Interpretación literaria

PERO podemos asegurar, afortunadamente, que Cádiz se salva del grupo de las mal interpretadas. Lo decimos, en efecto, porque si Cádiz hubiese seguido la trayectoria de otras ciudades andaluzas, hubieran sido muchas las plumas anteriores a mí que hubieran creado un frente literario, pretendiendo poner en limpio borrones de tópicos antiguos, y hubieran dicho la última palabra, sentando conclusiones y dando nuevos puntos de vista. Sin embargo creo que recojo poco, creo que me han dejado muy pequeña herencia los escritores actuales, y puedo por tanto dar nuevas impresiones analizando su interior modo de vivir y sentir, significando

LA CIUDAD DE HERCULES

con ello la limpieza literaria y denotando un amplio horizonte, donde no es necesario escarbar mucho para sacar a la luz tesoros ocultos.

A Cádiz casi no se le conoce más que por esas descripciones de los viajeros de que hablamos. Cádiz en su vida interior no ha sido estudiada muy a fondo. La conocemos bajo el sentido rápido de la impresión del viajero, bajo la literatura de paso. En las impresiones de un viaje por España de cualquier escritor, hay un capítulo—no más de cuatro páginas—en que se recoge la postal del arribo a nuestro puerto. Cuando queremos leer algo sobre ella, tenemos siempre que acudir al repertorio de la evocación romántica de ayer: Byron, Dumas, Gautier, Demwoski o Edmundo D'Amicis. Tenemos que coger los "Voyages en Espagne" de aquellos escritores y leer los capítulos deslumbradores de color y luz.

Ciudad de evocación

¡EVOCACIÓN! ¡Nostalgia! He aquí las palabras de la literatura gaditana. Evocación de nuestra flamante historia, nostalgia de épocas que marcharon y que se recuerdan con pena. De estas dos facetas temeríamos sacar una conclusión: ¿Es Cádiz una ciudad muerta? ¿Es una ciudad que vive del pasado, del recuerdo? En estas páginas evocaremos a menudo esa nostalgia, pero también presentaremos lo que quedó de ello, lo que nos liga al

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

pasado y motiva pensar en él. Ciertamente es que se habla, que se escribe volviendo al ayer; cierto es que se sigue presentando la ciudad como la describiesen los viajeros, pero junto a ello existe la literatura real, dormida, que nadie ha querido tentar, que nadie ha intentado sacar a luz, como si temiesen con ello profanar silencios o herir susceptibilidades.

Ciudad del pasado, en efecto, parece a primera vista; viviente y renovada cada día la notamos cuando comenzamos a conocerla, a penetrar en su intimidad; intimidad a la que se llega precisamente pasando antes por el conocimiento del pasado, porque Cádiz es ciudad de constante evocación, que embarga, que cautiva, y hace gozar de una cadencia que invita al recuerdo, a la remembranza, aunque quisiéramos mirar a un presente realista, acomodaticio, sin volver la vista atrás. En Cádiz, pues, no puede hacerse eso. Ciudad de paso recibió siempre nuevas influencias; recibe hoy las actuales; acomoda lo principal, lo característico, lo que tiene que asimilar para que quede. Lo otro, lo superficial, lo que no marca una época, pasa, desfila, como tantos otros viajeros que deambulan por este puerto sin dejar una frase ni anotar una impresión digna de pasar al diario de su viaje.

Ciudad de paso

CUIDAD de paso en efecto es Cádiz, pero con contenido propio, con auténtica personalidad. Ciudades de paso son también Dantzing, Suez, Pa-

LA CIUDAD DE HERCULES

namá y Gibraltar. Pero, ¿qué espíritu característico, íntimo, encierran? Cádiz irradia siempre. Irradió a lo largo de la historia, expediciones náuticas, comerciales, misionales. Más que ciudad de paso, es punto de enlace, puerto de entrada y salida, donde es preciso detenerse, entrar, cambiar impresiones, recibir consignas.

Ciudad creadora. Las demás no son generadoras de nada, sólo pasillos de tránsito rápido en el que no cabe ni un saludo afectuoso. Por Dantzing, por Suez, por Panamá o Gibraltar pasan todos los viajeros del mundo sin recibir nada, sin recoger una esencia propia. Ciudades internacionalizadas, cosmopolitas, en lo que todo se halla amontonado, sin orden posible, sin la creación de algún fruto de influencia que pueda sentar plaza y entroncarse en las costumbres y vida peculiar del país. Esta sin embargo es un sitio de paso de España afuera, no de otros países a otros. No sólo es el lugar desde donde se extiende, se influye, se irradia. Podrán ser más modernas, de más movimiento, de más comodidad, Suez, Panamá y Gibraltar, pero no sacrificaríamos nunca un ápice de nuestra personalidad, de nuestro auténtico modo de ser, por ese cosmopolitismo heterogéneo que no sabe acomodarse al lugar y fijar a través de los años un algo, eso que no tiene nombre y que constituye el ambiente, el color, la costumbre y los sentimientos especiales de una región determinada.

Ahí está el secreto de la ciudad. Saber acomodar lo principal, lo conveniente; dejar pasar lo que no es útil, lo que no tiene posible entronque. Y una vez

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

acomodado, saber hacerlo suyo, ordenarlo, inyectarlo, darle su savia y sangre y poder formar así una ciudad heterogénea en su exteriorización artística o urbana, pero aclimatada sin roces en el carácter de sus habitantes, y en esto nuestra ciudad ha desempeñado su papel sabiamente. En maravillosa armonía—lo que en las otras ciudades de paso se halla en mezcolanza—conviven influencias sudamericanas, sajonas o italianas, participando en el desarrollo y vida de la ciudad.

Ser ciudad de paso se debe a su posición geográfica, única. Cuando contemplamos reposadamente esta configuración geográfica de la ciudad aposentada sobre el mar, quieta, erguida; cuando la vemos un poco lejos, viniendo a ella, nos figuramos que nos aguarda. Es, pues, ciudad que aguarda, puerto que está en vigilia constante en espera de alguien.

Ciudad que aguarda

INMÓVIL, pétrea, está ahí en su sitio. Las dos líneas de rocas que se destacan hacia el azul, parecen brazos que quieren acoger algo, parecen esperar amorosamente; siempre abiertos se ofrecen al que busca descanso, al que anhela calma, reposo. ¿Por qué nos aguarda? ¿Por qué nos espera? Esperan sus torres blancas delineadas con polvo de ladrillo en curiosos dibujos; esperan las otras, las de las Iglesias con sus campanarios, cuyas campanas jamás se oyen, pues se lleva el viento su sonido

LA CIUDAD DE HERCULES

y el ruido continuo del mar apaga entre las calles estrechas y cortada a cuchillo, su metálico bronce. Os aguarda también la cáscara de limón de la cúpula catedralicia, esa cúpula que ya pasa a los monumentos marineros universales y tendrán que contar todos los viajeros y marinos del mundo en los libros de sus viajes. Nos aguardan esas casas altas, todas iguales, atrevidas de arquitectura, aunque parezcan sencillas a primera vista; esas casas del Barrio de Santa María, barrio construido por los ingenieros navales del XVIII; grupos de manzanas en triángulos isósceles volcados, con sus ángulos tajantes, valientes, como proas afiladas que zurcan las aguas; altas y finas proas clavadas hoy en tierra y que ayer fueron lebreles jubilosos del Océano. Barrios inquietos, marineros casi todos, encerrados, guardados, protegidos del mar por la línea grisosa de su francobordo, por la masa delgada de las murallas manchadas de azul y blanco, en movimiento rápido e inquieto de las aguas que se trasladan al capricho de Neptuno.

Todo en fin nos aguarda. Todo en fin nos espera y por ello vamos hacia ella alegres, confiados, como se vá a una madre que nos aguarda con los brazos abiertos. Impresión, pues, ésta acogedora que nos llena de agradable sensación.

Junto al pórtico de entrada de esta ciudad, junto a los muelles por donde entra y sale el movimiento marineró, podemos ver y juzgar con tranquilidad. Pórtico de entrada en la península, es el puerto más apropiado para las grandes empresas y para los

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

grandes desastres. Su posición geográfica nos permite el estudio del conglomerado histórico y al paso de tanta gente de tan diferentes momentos espirituales y característicos, es fácil tomar nota y recoger esencias e influencias.

Cádiz recoge la esencia de España; la recoge como la pantalla de un faro que tiene dentro de sí las bujías eléctricas y las reparte a la inmensidad. Cádiz es otra pantalla, otro faro que irradia la luz de la Patria. En todas direcciones su presencia se hace notar. Es también faro que atrapa del exterior y asimila lo nuevo sin dejar pasar las impurezas. Tamiz pues que sólo permite lo conveniente, lo de fácil acoplamiento a nuestra personalidad y manera de ser.

Por lo tanto Cádiz es de todas las ciudades de paso, la que posee esa indiscutible personalidad, esa definida sustancia peculiarísima que puede ser interpretada, comentada y señalada en el mapa de las rutas de lo turístico y folklórico.

Misión ante España

BAJO el aspecto patriótico, su misión es delicada: Cádiz para enjugar las lágrimas de los que llegan, para despedir alegremente al que se va. Ayer la despedida confiada y risueña a los que van a luchar, a conquistar, a extender el imperio español, unas veces con éxito, otras con retorno desgraciado; (no hemos de olvidar aquello de

LA CIUDAD DE HERCULES

que "al son de la marcha de Cádiz marcharon al desastre"). Por eso hay en esta parte de la ciudad, desde el castillo de la Maestranza hasta dentro de la dársena del puerto, toda una balaustrada de sensaciones, toda una contemplación de arriba y partida, que nos da la impresión de una entrada o salida en el libro de la historia de España. Y ello es debido a su excepcional situación geográfica, que la han hecho base y punto de reunión de innumerables empresas. Debido a esta situación, también representa para España el papel de recepción del navegante y de aquí su cometido diplomático de saludar al que llega y despedir—"el último pañuelo que dice adiós al navegante" que escribe G. Sanchíz)—al que se va. Pero ¿es que es eterno este cometido? ¿Es que en tiempos de paz ha quedado la ciudad forzosamente con este papel? Misión delicada de recepción, de acogimiento, de saludo y hospedaje.

Su dirección en el folklore andaluz

CÁDIZ fué cuna del cante y del baile flamenco, y sin embargo ¡cómo ha sabido salir a tiempo del tópico y no caer en el andalucismo mal entendido! ¡Cuán cerca están Sevilla, Málaga y Granada geográficamente! y no obstante, ¡cuán lejos están en su influencia, en su interpretación! Cádiz no arrastra la literatura retribuida, ni los grandes cartelones de la Andalucía de pandereta. Al contrario, queda para nosotros como madre de su

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

folklore, como rectora de sus hijos y aun tiene la escuela y la dirección para cuando haga falta la consulta y haya que señalar el camino por donde han de marchar los pasos de lo genuino andaluz. Como en este folklore, Cádiz ha sido cuna de muchas otras cosas; ha sido maestra de muchas influencias y ha sabido marcar la directriz a otros pueblos que luego han hecho suyos estos principios y le han arrebatado el cetro de su soberanía. En cuanto a este fenómeno que radica en parte en el carácter generoso y despreocupado de sus habitantes, hablamos más adelante al tratar del indiferentismo espiritual de esta ciudad.

En el cante flamenco predominan en estos momentos las "alegrías" de Cádiz. Pero fijaos sus letras: ¡cuán inocentes! ¿De qué hablan las alegrías? Aquí tenemos ese átomo de literatura colorista en el cante gaditano. La acuarela de marinas de los pintores de la bahía, ha quedado incorporada al pentágrama. Y la sal de las salinas, el ambiente marinero de su puerto y el borde grisáceo de sus murallas cobran vida y se transforman en la entrada de una fragata en la bahía, en que es una pena honda que derriben estas murallas para una expansión innecesaria, en que los mariscos se cogen por millones y en que el agua del puerto es clara como la sonrisa de sus mujeres.

Junto a estas letras locales, que incluso sirven de publicidad de su cielo, de su color y su clima y que no dañan a la esencia y espíritu de la ciudad, ¿dónde quedan esas otras letras de amores desgra-

LA CIUDAD DE HERCULES

ciados, de celos, de asesinatos, que se pierden allá lejos entre las sierras de las provincias andaluzas?

Exaltación literaria

PRESENTAR a Cádiz! Sublime inspiración de mi pobre pluma en ansias de recogerlo todo. Amar la ciudad. Resumir sus principales aspectos, sus variados matices; darla a conocer tal cual es, en su verdadero carácter.

Huir del callejero comentado; no resbalar a la atracción tan andaluza de la exageración. Misión más difícil que rebatir el argumento de una falsa interpretación anterior.

Pretensión de analizar el pueblo, la substancia íntima de su ambiente, llegar a su fondo sin sentar falsos precedentes. Vivir a Cádiz, pensando en ella, sobre sus viejas murallas, sintiéndola dentro como única forma de sentirla, sin dejarse influenciar demasiado por el libro y la noticia. Describirla con pasión, amándola en su exterior, comprendiéndola en su vida íntima.

Es nuestro propósito resaltar únicamente mediante la observación directa, aquello que puede considerarse como personalidad de una ciudad, sin que se llegue a la descripción del callejero, ni al lacónico programa del "baedeker". Encontremos pues literariamente la fisonomía urbana en cuanto nos sirva para el estudio del carácter y del escenario, sin que descendamos a la descripción minuciosa topográfica,

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

ni nos introduzcamos en el vulgar ambiente del bajo folklore. Cogemos de ello el grano necesario para darnos cuenta de cómo puede el pueblo desenvolverse dentro de las normas y costumbres que acusan con el tiempo una personalidad. Por ello en nuestro recorrido habremos de fijarnos en aquello que puede reportar materia para la tesis que forjemos, sin describir la fachada moderna ni el programa de festejos, que quedan pues para la esfera del folleto de propaganda con vistas luminosas y anuncios atractivos.

Desde luego estas observaciones que quedan aquí transcritas para el futuro, han sido tomadas de la realidad, muchas salidas al paso antes de buscarlas; otras yendo al encuentro de ellas y muy pocas, las menos, recogidas por otros conductos o referencias lejanas.

Desde luego el autor ha huído de la erudición y del callejero descriptivo. Se cree satisfecho con la aportación que estas ligeras descripciones representan para la literatura gaditana, abandonada últimamente quizás por fijarnos demasiado en la parte histórica por la que siempre hemos orientado las cosas de la ciudad. He pretendido pues llamar al pueblo en sus sentimientos, mostrándole cómo siente, es decir cuanto de humano pueda recogerse en el espíritu de sus calles, en el interior de sus casas.

LA CIUDAD DE HERCULES

Andén universal

EL viajero no ha tenido tiempo en su breve escala de fijarse detenidamente en la ciudad, porque Cádiz es ciudad de paso, estación de tránsito, punto de reposo nocturno, andén universal con posada abierta a todos los viajeros.

El barco llega al muelle. Noche en el hotel. Tren de madrugada. Sólo el tiempo de registrar una sonrisa, respirar mientras se llega un vago aire marineramente bajo un cielo diáfano, ver resplandecer la plata sobre el azul, y la curiosidad de unas torres que admira como algo nuevo. Por ello tenemos esa literatura de arribada, ese capítulo de la llegada del viajero, las dos hojas románticas de un carnet de notas. No es esto lo suficiente para conocer a Cádiz. Necesitamos más, necesitamos presentarla en su integridad, vivirla en su espíritu, adentrarnos en su interior para escuchar cómo palpita su corazón.

En Sevilla, la provincia vecina a la que estamos más unidos de Andalucía, por el contrario, su fino escritor Joaquín Romero Murube, lucha incesantemente contra el tópico, presentando la ciudad—la auténtica Sevilla—, salvando su gracia, recogiendo su verdadera esencia.

Cádiz sigue con su papel eterno en su puesto definitivo de la historia y de la geografía. Cádiz será siempre posada donde se atiende bien, se

NUESTRA LIMPIA LITERATURA

cuida y se mima, para que todos se lleven sencilla pero agradable impresión, que es lo que más vale y lo que mejor queda grabado en la inteligencia y en el espíritu.



PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

Vista de la Plaza
desde el Muelle



PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS



OSIBLEMENTE, el aspecto más interesante, más gaditano y marinero a través de los últimos tres siglos, se ha desarrollado dentro de los cuatro ángulos de esta plaza.

Sentado hoy a la puerta de una de estas tiendas de “vinos y licores”, frente a la dársena del puerto, se espera ver pasar con rapidez a nuestra vera y en confusa mezcolanza, gente de todas las épocas que van y vienen por el camino de la mar. De nuestro Imperio Colonial, capitanes de Indias, Adelantados de Ultramar y misioneros que embarcan; Oidores del Consejo de Indias, gobernadores que vienen a dar cuenta al rey de la marcha de sus territorios y Almirantes de la mar Oceana que arriban para avituallar sus galeones y partir nuevamente a vigilar la Carrera de Indias, la ruta de nuestro Imperio. En aquel rincón debió de estar la mesa con la bolsa de monedas para el alistamiento de la gente de mar. —¿Proel?, ¿Popel?— porque

LA CIUDAD DE HERCULES

de aquí partieron a la sombra del barrio del Pópulo, Colón y sus seguidores en el segundo viaje a Las Indias y luego en sucesión continua, carabelas, pataches y galeones hasta el XVIII con las fragatas, y el XIX con los veleros y los buques de tambor. De allí volvieron todos; unos en triunfos, otros con derrotas. ¡Nostalgia de España en América! Sin embargo, hoy ¿es así?

Siguen pasando en efecto hombres de muchas naciones; variedad de razas, pero uniformidad en los labios y en el saludo. Hace poco todavía, se veían los sombreros de palma y la tez morena, los rasgos nobles y enérgicos, los ojos negros, los cabellos de ébano, de los guajiros cubanos con su gallo de pelea bajo el brazo; los embarcados de la carrera de la Habana con su loro y el guacamallo charlatán, y los marinos españoles de levita y bien cuidada barba que vuelven de bombardear El Callao o de dar la vuelta al mundo en "La Nautilus", en medio de un intenso movimiento de mercancías coloniales que no cesan de entrar por la Puerta del Mar.

Hoy y mañana invadirán los muelles, junto a las botas de ricos caldos jerezanos que se exportan a todos los países, los turistas ingleses con monóculo y "baedeker" que llegan aún con salacof, quieren conocer Sevilla y beber Jerez y se dejan sus paquetillos de "cigarettes" en manos de los "pimpis" del muelle que se aprovechan de su "spleen".

Eso sí, con idéntica prisa de enlazar con algún tren o embarcar con prontitud, como si esta plaza quisiera, con ese bullir de muchedumbres ansio-

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

sas de proseguir su ruta, imponerse un carácter de estación de tránsito, de punto de llegada y partida, unos para adentrarse en la España que le aguarda, otros para emprender un largo viaje a través de un mar que ayer fuera dudoso y que hasta hace poco tuvo para nosotros aureola literaria con la arribada de escritores románticos, pero que hoy cortado por los tajamares de tantos barcos y de tanto turismo, ha perdido su ilusión y ya no tiene secretos para el hombre.

Café evocador

EN el café en que me he sentado para evocar estos pensamientos y que corta el paso al navegante, existía una casa de moneda que aún conserva en su ventana de cristal verdoso, las borrosas letras de "Echange" y donde hasta hace pocos años se cambiaba el franco, la libra, el escudo, el peso, el dólar que traían los marinos de cinco continentes y que sentándose alrededor de estas mesas de mármol—propicias para sonar moneda de cualquier lugar de la tierra—, escuchaban las canciones andaluzas de cualquier hembra de más o menos tronío, mientras se perfumaba el aire del local post-romántico—mecheros de gas, cuadros paisajistas de aldeas y carros de heno, camareros con los primeros delantales blancos, piano con desafinado sonido—de aromáticas volutas habanas, flojo tabaco holandés y ron del bueno. Por allí se dejaban caer los "pimpis" del muelle después de haber vendido

LA CIUDAD DE HERCULES

las gafas verdes contra el mareo a los soldaditos que iban a la Manigua para luchar por España y que más tarde iban a volver con aquellos trajes de rayadillo, polainas azules y bayonetas de a metro, pintado el semblante con la angustia del desastre y las señales de la fiebre. También iban diariamente el sargento Gallego que contrabandeaba tabaco y licores de palma sirviendo de enlace con el campo de Gibraltar y el piloto Robins llevando como perrito faldero a su "neguito" que trajo de Cuba, para que lo vean sus paisanos como un bicho raro, y finalmente perseguidos por la Justicia que buscaban medios para ir de polizonte o marineros que deseaban enrolarse.

Cuando llegaba la noche levantaban el campo y marchaban a las callejas del barrio del Pópulo, allí mismo a un paso, y donde según nos dice Federico Rubio, debían haber tenido su guarida desde muchos siglos antes de Jesucristo las lobas de mar. Hoy también como un último refugio de la marinería, cuando llegan barcos extranjeros, se pueden ver desfilar o beber en sus tascas, marineros de camiseta a rayas, tatuaje en el pecho y cicatrices, como si se hubiesen escapado de una novela de Stevenson o vinieran con cara de fugitivos en la bodega de cualquier bergantín, desde el puerto americano que más os ilusione para los relatos de aventuras. La sombra de Pedro Blanco, el Negrero, no es difícil imaginársela tampoco bajo las farolas de estas esquinas, merodeando por las tabernas en busca de gente para sus plantaciones.

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

Todo esto lo evocaba yo cuando me encontraba ayer en la puerta del establecimiento con sus puertas abiertas a esta plaza de tránsito alegre, bulluciosa, mientras pasa rápido el trajinar del día y llega la noche, y me guiñan las luces del puerto, las innumerables lucecitas de los barcos, de las boyas, propensas para esta evocación.

¿Qué queda, pues, hoy de este cuadro? ¿Con qué ambiente y carácter se nos muestra la plaza de San Juan de Dios?

Amanecer gaditano

POR la madrugada, cuando el Noroeste sopla y la humedad de la noche tiene encharcado el muelle, marchan los pescadores en sus botes a los pesqueros. Es una marcha silenciosa, cuando aún no se han abierto los mercados, cuando no hay todavía señales de vida y movimiento, y los empleados de ferrocarriles aguardan la apertura de una tienda de bebidas donde apurar un sorbo de aguardiente en compañía de los cocheros, serenos y carabineros del puerto. A las siete vienen en avalancha centenares de obreros que trabajan en el Dique, en los Astilleros, con sus blusas azules, la gorra calada, subida la bufanda y el cesto de comida en la mano. Luego al mediodía, ya en pleno trabajo de carga y descarga y de entrada y salida de buques, el muelle y la plaza son iguales que en cualquier puerto del mundo, con el silbido del tren, el chirriar de grúas y la presencia de toda esa gen-

LA CIUDAD DE HERCULES

te de puertos, cargadores, aduaneros, pasajeros, que van a su avío en medio de una prisa, de una bulla, de un movimiento que no se para hasta que un reloj marca una hora y una sirena da una señal para el descanso.

Por la tarde, cuando el viento indefectiblemente cambia a Poniente y vienen de bolina los faluchos de Rota con las verduras que abastecen nuestra ciudad, cambia el panorama. Es la hora en que sentado aquí cara al muelle, puede recordarse, o más bien imaginarse, lo que esta parte de la ciudad pudo representar en la historia y desenvolvimiento de Cádiz.

Ya no es el siglo XVI con sus descubrimientos ni sus empresas los que dejan en la plaza huella eterna de un pasado glorioso, sino el mismo XVII con sus piratas que rondan de continuo la boca del puerto hasta saquear la ciudad más estratégica de entonces, o el XVIII, cuando Cádiz era emporio del orbe y centro comercial de Occidente y en cuya bahía fondeaban naves de todos los portes y calibres, llevando en sus mástiles banderas de todos los países, o el XIX cuando nuevamente refugio y presencia de España, sigue con su palmo de terreno desafiando al extranjero que tiene toda la península en sus manos.

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

Tipos de hoy

JUNTO a mi mesa está la puerta del establecimiento donde entran y salen en menor cantidad que en épocas anteriores, gente de mar, carpinteros de ribera como este Juan "el Portugués", que vino a Cádiz desde Setúbal cuando niño y cuando aún podían con orgullo decir de acuerdo con la historia del arte naval, que no había desde el Adriático otros mejores maestros de bahía en los astilleros de ribera como los de las playas gaditanas.

Siguen entrando tipos que efectúan negocios raros, gente de contrabando que en todo tiempo y lugar hacen negocio, camareros y mayordomos de compañías de navegación que hacen encargos de telas, víveres, tabaco y géneros de Buenos Aires, Cuba, Puerto Rico, New-York, o Nueva Orleans; maleantes que ofrecen plumas "Parkers" y relojes, y cicerones improvisados que quieren enseñarle al turista la ciudad. Desde dentro se oye, como evocación del pasado, la guajira que se refugió en los papeles de música del piano que ahora maltrata esta maestra aburrida y que nos vuelve lánguidos, haciendo dormir hasta las palmeras de las aceras.

La plaza es un mercado universal en que la vida tiene que registrar hechos buenos y malos, pero donde no tiene cabida la leyenda, porque Cádiz es pueblo donde la historia puede mirarse y quedar retratada tal como ha sido y tal como es.

LA CIUDAD DE HERCULES

Sentimiento marinero

PARA sentir a Cádiz deberían los gaditanos llegar a él por el mar. Nuestro camino es el mar. Por allí llegan todos; por allí se van. ¡Sentimiento de Cádiz!

Yo recuerdo el primer capítulo de una obrita titulada "Dos meses en Andalucía en el verano de 1849", escrita por D. F. de Paula Madrazo. Empezaba así: "Pocos panoramas habrá más bellos en el mundo, y casi ningún cuadro en la naturaleza que cautive más a los ojos del espectador por su diáfanidad y hermosura, que el que ofrece la vista de la ciudad de Cádiz, desde uno de los vapores que hacen la travesía de Sevilla a este puerto, cuando toca el término de su expedición, a los viajeros que extasiados contemplan la linda ciudad que se levanta sobre el mar, a la manera de un palacio de plata primorosamente afiligranado".

Arribada del marino

DE cuanto se ha escrito de esta llegada por mar a Cádiz, que han sido muchas líneas siempre agradables y sinceras y que casi todas han sido fruto de las anotaciones románticas de los viajeros, queremos dejar constancia del pensamiento de un marino español. El Almirante Estrada ha escrito unas bellas líneas sobre esta impresión. El ha arribado muchas veces a este puerto y lo ha

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

ido contemplando poco a poco, desde el puente de las naves que ha mandado.

Este marino habrá entornado muchas veces sus ojos vivos ante la presencia deslumbradora de la ciudad. Este marino habrá ido recreándose lentamente a través del tubo del catalejo, sensiblemente graduado para los ojillos vivos, penetrantes, traviesos, de este hombre de mar. Digo con el catalejo, porque yo recuerdo a este respecto a un amigo mío, otro capitán de naves, que me decía que cuando llegaba a Cádiz, cambiaba los prismáticos de derrota por un catalejo bien largo.

En efecto, este puerto gaditano pide ser visto, no por unos prismáticos medidores de distancias, sino a través de ese canal de cristal y de latón y por el cual yo admiro ahora al Almirante Estrada oteando las torres, las murallas, las gaviotas que merodean en el puerto y los mástiles de buques de vela que entran y salen en las dársenas.

Don Rafael escribe sus memorias en el cuarto de derrota del puente, apoyando las cuartillas sobre las amplias cartas de navegación. Ahora bien, yo creo que estas líneas las escribió hace tiempo, quizá cuando todavía no mandase ningún barco, pero cuando bajo sus pies se dibujaba la silueta ágil, graciosa, de un navío de guerra del ochocientos, ya con su casco de hierro, pero con su arboladura imponente, con sus velas hinchadas al viento, con sus marineros duros de barba cerrada y calzón a media pierna; cabos de mar que pican la hora allá lejos en mares que ya no son nuestros. Junto a

LA CIUDAD DE HERCULES

este timón, junto a esta brújula capta Don Rafael este momento. El dice:

“Cádiz brota de la mar en forma siempre nueva y sorprendente, y no se da de golpe y por entero al navegante. Al aproximarse, si es día claro, asoman sobre el horizonte las blancas torres de sus casas, recortadas limpiamente las siluetas sobre fondo azul de estampa oriental: aislado conjunto que emerge lentamente de las aguas a impulsos de mágico resorte. Inconfundibles, hacen su aparición dos campanarios: la pareja que celosamente custodia la cúpula de la Catedral; esa típica semiesfera, semejante a dorada naranja que madura brillando al sol. Y la imaginación, en inmenso salto atrás, con espejismo anacrónico, ve las abultadas siluetas de los paganos templos rematados en colosales estatuas de un fornido Hércules o de una Afrodita que, dando frente al mar, señalaban a los navegantes con su marmórea presencia la de la fenicia Gádir que se hundió con sus templos bajo las aguas. Sobre ellas se alzó la Santa Cruz con el dorado fulgor de la bóveda y los enhiestos campanarios que aún guían con sus enfilaciones el buen fondeo en el puerto.

Al descubrirse, ya cerca totalmente, el caserío de Cádiz, se ve asentada la ciudad sobre el oscuro zócalo de sus ciclópeas murallas, y para todos, jóvenes y viejos, se ofrece nimbada de algo prometedor; de ese algo que late en las estrechas calles gaditanas, sin clara definición: vislumbres femeninos en misteriosas penumbras tras las rejas; rasguear de guitarras siempre lejanas; chocar de vasos

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

en las extabernas; olor a espliego en las casapuer-tas; pregones candenciosos y lentos que, como los pasos que se han ido, no son en esta calle ni en la de al lado; canciones de voz desconocida, que nunca acaban, y cuando lo hacen, con un lamento, no sigue el silencio, sino rumor de palmas y exclamaciones, a son de premio o estímulo... El impreciso encanto de Cádiz es más apreciado por quien a él llega viniendo de la mar”.

Lenta llegada

No hemos de contentarnos, pues, con leer las descripciones de estos viajeros a su llegada a la ciudad más blanca que la cal. Arribemos también nosotros de esta forma. Podéis escoger a vuestro antojo mañana o tarde. Veréis desfilar lentamente y quedar a estribor castillos y murallas, malecones y fuertes, rocas y puntas, hasta entrar en la dársena del puerto, donde os parece que todo os saluda y os entran ganas de corresponder. Al arribar al puerto, quiere seguir derecha nuestra proa. Llega al muelle y desea saltar sobre el malecón para seguir sobre ruedas hasta esta plaza grande, donde fondean diez galeones, tres cruceros y dos trasatlánticos. Nos la hemos imaginado así, porque Cádiz ha sido siempre enlace con nuestro imperio, andén del comercio universal y base de nuestras escuadras.

Los barcos deberían llevar a través de esos cien

LA CIUDAD DE HERCULES

metros que faltan hasta la puerta misma de las Casas Consistoriales y allí bajar el alcalde para dar la bienvenida. Así parece que va a suceder cuando desde este sitio se ven llegar, proa a nosotros, barcos de todas las naciones.

Carácter de la plaza

LA plaza es el centro comercial, social y típico de la ciudad. Sus cuatro lados representan el contenido substancial y materialista del pueblo. Del lado Oeste, el Cádiz del progreso, de la cultura, del comercio y de la sociedad. Del lado Este, el Cádiz antiguo, fenicio, típico, con sentido universal marineró; Cádiz obrero, Cádiz del abandono turístico. Nos referimos al barrio de Santa María, del que nos ocuparemos más adelante. Del lado Sur, la fachada del Ayuntamiento, donde campean las letras de oro de la "Muy Noble, Muy Leal y Muy Heroica Ciudad de Cádiz". Al fijarme en su frente, no sé por qué me imagino el despacho de su alcalde con la estatua en mármol de Balbo el Menor, gaditano; de los lienzos de los eternos protectores y filántropos de la ciudad, el matrimonio Aramburu-Mora; y el salón de la Corporación con las lápidas de nuestros hijos preclaros, bajo cuyos nombres pone en letras de oro sencillamente: "Gaditano".

Pero también me figuro, ¡cómo no!, ver entrar la masa pirata de las huestes del Conde de Essex, allá por el 1500, en sus habitaciones; volar por el

PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS

aire las actas de los Cabildos Municipales, los cuadros, los muebles, los recuerdos; pero también evoco al pueblo bajo el balcón central, las ventanas abiertas, uniformes napoleónicos que traen misivas de los generales de Bonaparte. Cádiz otra vez presencia de España, rincón de la Patria. Y aquel papel de fumar en el que el Gobernador de la ciudad contestó al francés: "La ciudad no reconoce otro Rey que a Fernando VII". ¡Fanfarrones y bombas! Hay mucho en el ambiente de las Casas Consistoriales que trae recuerdos del Cádiz ochocentista. Sólo falta un retrato de Cecilia Böhl de Faber o de una gaditana del XVIII a lo maja, que recuerde los Boleros y las tertulias célebres—románticas y clásicas—de Doña Frasquita Larrea y Doña Margarita de Morla, que tanta personalidad y vida dieron a nuestra ciudad.

El lado Norte es el puerto. Ausencia de la Puerta del Mar. Murallas despejadas. Desde el Ayuntamiento se comprueba el movimiento de los barcos como si en cada ventana que da al mar, se asomase un práctico para dar entrada a los buques, que al virar en la dársena toman como punto de enfilación la cúpula amarillenta del Municipio, bajo la cual está extática, espléndida, la figura de Hércules con sus leones y columnas.

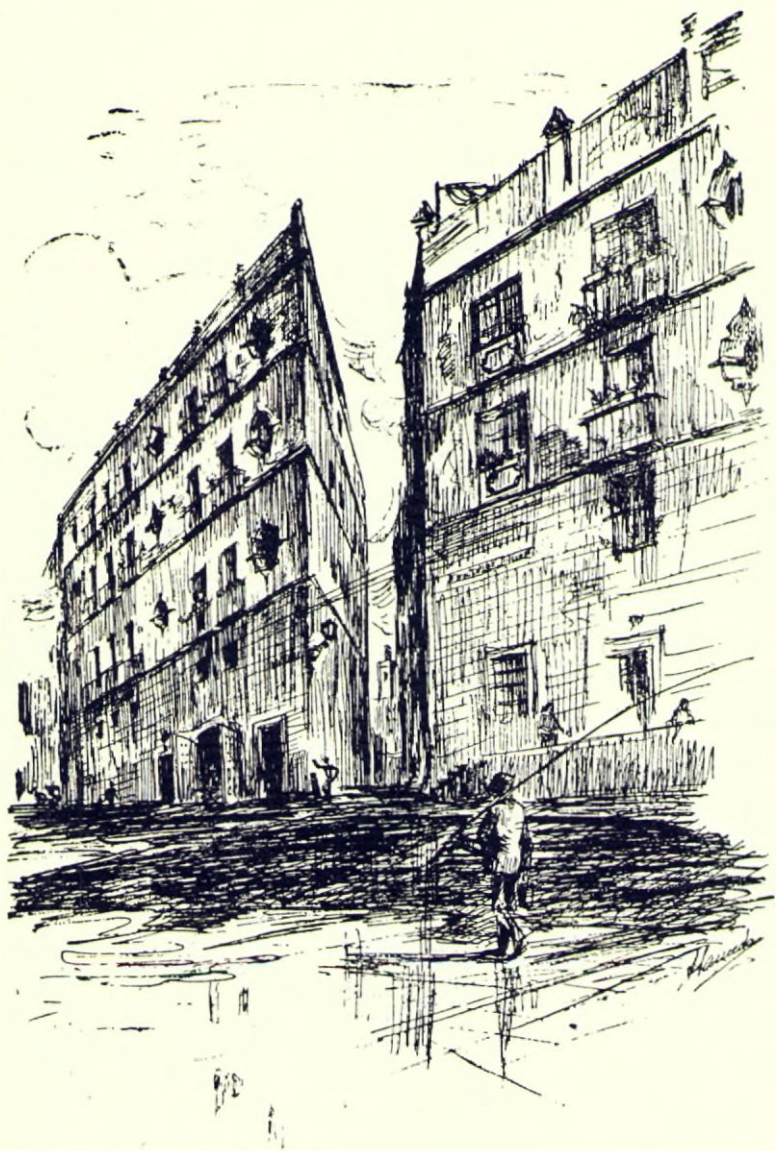
La sombra negra de un corregidor con su pergamino bajo la capa, pasa en este momento bajo las arcadas para recibir el aviso de la flota y recoger los infolios de causas que envían los magistrados de Indias para el Rey, su Señor.

LA CIUDAD DE HERCULES

¡Sentimiento de Cádiz! ¿Por qué nos refugiamos tanto en el pasado? ¿Es que vivimos como las ciudades muertas tan sólo del recuerdo?

Pero de la siempre eterna ciudad, de su presente y porvenir, hablaremos despacio en los siguientes capítulos.

BARRIO MARINERO DE SANTA MARIA



Proas cortantes de galeones son las esquinas
del barrio marinerio de Santa Maria que no
hablan de Indias.
¿Son proas que ayer hendieron profundidad
y cortaron sargazos de mares dudosos?...

BARRIO MARINERO DE SANTA MARIA

Barrio de Santa María
barrios de los Consulados
de la mar;
con sus cañas de pescar
y de geranios colgados.
¡Qué salero
el de tus viejos balcones
hervideros de canarios
orgullo del marinero!

J. Díez de Vargas.



AMOS a entrar en el barrio como se entra en un barco, por cualquier sitio de su borda; porque Santa María es un barco grande atracado al muelle, donde terminan sus calles como si fueran pasillos interiores de un buque gigantesco.

Si Cádiz es, en efecto, una nave, como aseguran los poetas, Santa María es su proa; una proa que navegaba firme en busca de algo, pero que la naturaleza, en forma de banco de arena, le hizo encallar en este extremo del Occidente, seguramente porque le destinaba para una nueva misión.

Recorramos sus calles estrechas cruzadas por

LA CIUDAD DE HERCULES

otras transversales, inclinadas en forma de una escala que se tiende de a bordo a tierra, pasarela de madera por la que bajan presurosos sus habitantes.

El pavimento tiene adoquines en sentido longitudinal, paralelos, formando como costura de cubierta calafateada, y de trecho en trecho, usillos como en los bordillos de las naves. En los días de lluvias bajan rápidas las aguas lamiendo las esquinas en que existen como guardacantones, cañones de nuestra guerra de la Independencia. Vienen con fuerzas, como si detrás las fuesen baldeando mangueras y bluses. Luego al pasar la tormenta, esas mismas aguas desaparecen por los usillos, impulsadas por rodillos y luego un lampazo gigantesco las va secando hasta dejar con brillo de metales las puntas de los chinos. Las aguas terminan en el mar. La gran cubierta de piedra huele más que nunca a marisco y a arena de playa.

Calle de Sopranis

HE aquí la calle de Sopranis, arteria vital que la une a la ciudad; es la cadena y ancla que fondea y agarra en la arena de esta costa baja. Parece haberse dado cita en esta calle todas las tabernas de Cádiz y todas las tiendas de ultramarinos de los montañeses. Pero nada como aquella en que nos hemos detenido y que hace esquina a la Plaza de San Juan de Dios—donde empieza el barrio—, llena de humo y de humanidad,

BARRIO MARINERO DE SANTA MARIA

donde todos beben en las mesas y en el mostrador, bajo la mirada del montañés de blusa blanca y tiza en la oreja, rápido para ajustar cuentas sobre la tapa de mármol.

Es posible que todas las tiendas de vinos de montañeses de Andalucía se corten por el mismo patrón; pero no todas tienen su espíritu idéntico. Aquí el montañés—vulgo chicuco—constituye institución ganada a pulso de tradición y puesto. He aquí en Cádiz hermanados en fuerte e indisoluble amistad, la alta Castilla y la baja Andalucía. Todos saben aquí ser amigos y guardar las distancias. En la tienda de cualquier montañés se bailará flamenco, pero nunca será él quien toque la guitarra precisamente. La tendrá en la trastienda y la brindará al primero que la pida. Luego se pondrá a secar vasos con una sonrisa roja en sus carrillos.

En aquella tasca se mezclaban para sus cambios de impresiones, obreros de los astilleros, marineros de oficios, pescadores y gente de la canalla del muelle. Pocas mesas, un mostrador con charcos y marcas de tiza y por encima de todo ello, un cartelito en la pared campeando sobre el conjunto: “Reservado el derecho de admisión”.

En este cartel hay encerrada una filosofía profunda abierta a todas las interpretaciones. ¿Qué significa este cartelito de reservado el derecho de admisión en esta tasca? Pero ahí está la substancia y esencia del pueblo. ¡Detente viajero! Debía de haber un cartel así de grande en cada una de las entradas de este barrio, para que no se introdujese

LA CIUDAD DE HERCULES

ese fenómeno social que se llama el progreso, el urbanismo y que se traduce en acuerdos municipales de derribo, ensanche y pavimentación.

¿Turismo en Cádiz? ¡Pobres monumentos, museos y tumbas fenicias tan explotadas! He aquí este barrio único en su género y en su ambiente dentro de nuestra Andalucía, muriéndose de risa y de pena, cantando él sólo su abandono y esperando que alguien con buenas intenciones quite el cartelito de "Reservado el derecho de admisión".

Retorno al Barrio

ANDANDO por las cubiertas de este buque encallado nos hemos encontrado de pronto con una gran puerta con su escudo nobiliario y hemos entrado en su patio. Dos brocales de pozos, cruces verdes y por fondo musical un acordeón, el primer acordeón que oigo tocar en el barrio. El acordeón es el instrumento marinero. En el muelle es fácil escuchar sus notas que saltan por las bordas al mar. Buques de Inglaterra, Holanda, Portugal, Americanos del Norte y del Sur, barcos de cien banderas llevan en sus camarotes el acordeón y la armónica. Son los instrumentos preferidos del marinero. Es posible que esta afición se vaya extinguiendo en el camarote del capitán y de la oficialidad. La radio los va desplazando, pero quedan en los sollados de la marinería, en las bodegas de los veleros, en este entresuelo chato ca-

BARRIO MARINERO DE SANTA MARIA

llado y aburrido de un barrio marinero de Cádiz, como en el último rincón de la tradición que lucha por morir.

Al salir de la casa han dado las siete y media en el reloj de la torre de la Iglesia de San Juan de Dios y una sirena en el muelle ha lanzado su grito de llegada. Ya regresan de Matagorda de trabajar en los diques, los obreros gaditanos. Casi todos viven este barrio. Vienen ligeros por las calles, porque en este barrio todo es ritmo de bulla. Todos van con prisa a alguna parte. No es barrio de alamedas, paseos ni plazas; es de tránsito, es cubierta de buque en insensante tragar de limpieza. En las primeras horas de la mañana salen de sus casas los obreros con sus costos de comida; los pescadores marchan caña al hombro, al bote con su talega. El barrio se queda solitario, como obra muerta de un buque. Ahora, cuando cae el sol, vuelven con el canastillo vacío al hogar. ¡Ved venir de frente a estos hombres! Desfile de traje de mahón azul, chaquetones y monos, gorrillas oscuras, bufandas. Gestos cansados con colillas en los labios. Caminan de prisa porque les empuja la querencia del hogar. ¡Contempladlos un momento! Entran en una tienda, se toman un púlpito de mosto y ligero a casa. Van canturreando por lo bajo, rozando las fachadas y dejando un reguero de olores de Valdepeñas. Presurosos se pierden entre las calles como el viento. ¿Por qué cantan tan bajo esos hombres? Las letras no son de alegría ni de penas; son letras suyas, carraspeos oscuros de gargantas que no se entien-

LA CIUDAD DE HERCULES

den, como si quisiesen escucharse ellos mismos su pena, su alegría o dolor y no cantársela a nadie.

Van por las aceras y pasan como exhalaciones junto a las puertas. Sin embargo, estos hombres que ahora circulan como entristecidos y agotados, vedlos un domingo cualquiera en reunión en estas mismas casas, donde alguien toque una guitarra o las palmas. De aquí el contraste existente en esas dos fases del carácter, el interno y el externo. Andalucía reservada en la soledad. Andalucía comunicativa en el exterior. Un andaluz tendrá su misterio, su sonambulismo melancólico, pero será siempre en su intimidad. Al contacto con otros, rompe el silencio de su pena, porque jamás os guardará un secreto, jamás podrá ser relicario de su propia alma. Hace partícipe a otros de sus sensaciones como si quisiera desahogarse en ellos y todo porque es el vino quien establece entre ambos esa comunicabilidad, ese rompimiento de su interior, y ese aligeramiento de peso de quien echa fuera una preocupación.

Anochece en Santa María

ME gusta deambular por estas calles de cuyas diez casas, cinco son tabernas, tres ultramarinos y coloniales de santanderinos. Calle de la Botica, de Los Escribanos, del Boquete, de La Goleta, Pes; calles hechas laberintos pero con salida al mar. En la de La Goleta hay ventanas ovaladas y redondas como simulando claraboyas de

BARRIO MARINERO DE SANTA MARIA

sollados de veleros. Son los mismos ojos de buey que encontraremos en nuestro recorrido en muchos otros sitios, ventanales abiertos a la penumbra de las calles interiores, como los portillos de los camarotes.

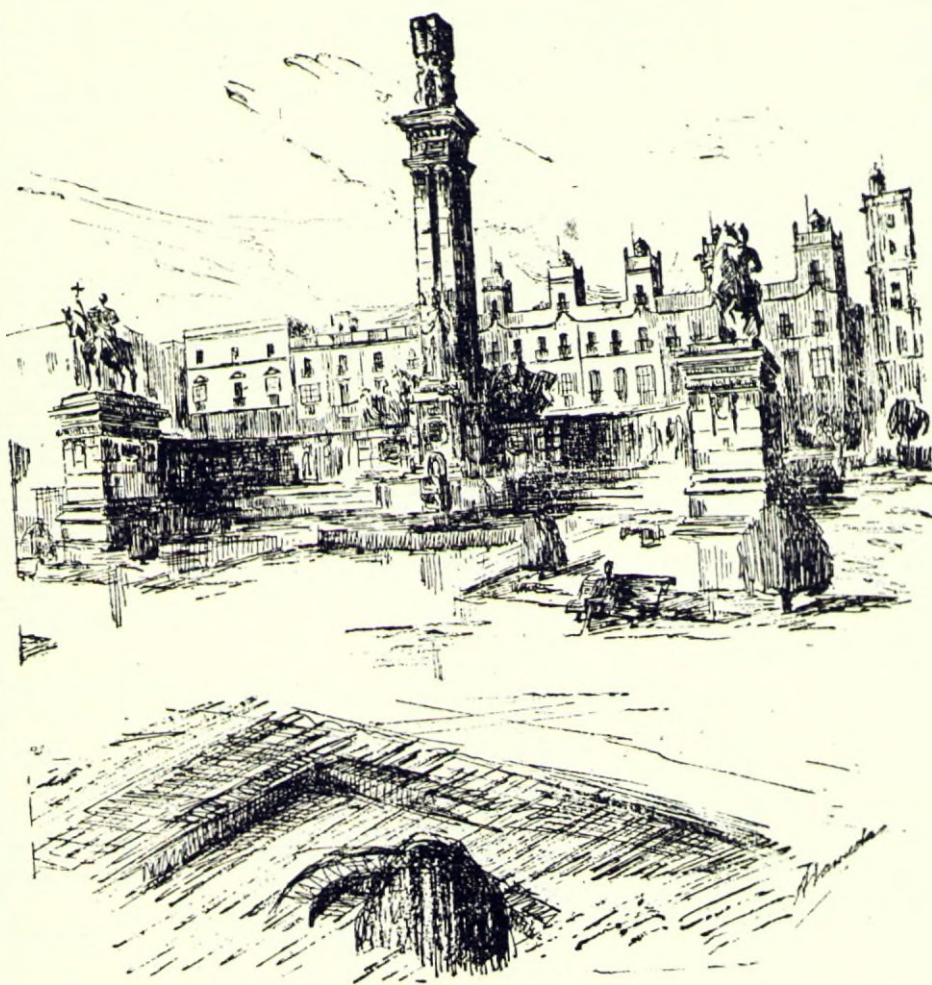
En los portales, a esta hora de las ocho y media, aguardan las mocitas a sus novios que regresan de su trabajo. Ahora se están cambiando el mono o el chaquetón, las alpargatas y la bufanda, por su pantalón azul acampanado que coja viento como los marinos, sus zapatos negros y un pañuelo de seda al cuello, pero no verde chillón como los flamencos de mediodía, sino negro, con pintas blancas. Las novias los esperan apoyadas en el quicio, los brazos cruzados y mirando de cuando en cuando la esquina.

Este barrio de Santa María, —barrio que huele a puerto y donde se respiran orientaciones marineras— haría falta estudiarlo casa por casa, piedra por piedra. Hablarían sus calles y entonces entraríamos en su corazón. En este barrio se respira la protesta contra el abandono. A Cádiz hay que levantarlo como se sube un barco en seco para limpiarle su fondo. Pero a nosotros sólo nos levanta la voz del arte, y las cuerdas de la guitarra.

¡Ay barrio de Santa María! Yo también me pregunto muchas veces si existes de verdad. Un día, ¡quién sabe! desesperado por el abandono, leves tus anclas, izes tus velas y zarpes para no volver.

Si son tan pocos los que te conocen y comprenden, ¡huye, navega! Es tu destino.

EL MAR, LA TIERRA Y EL CIELO



LA PLAZA DE ESPAÑA Y SUS TORRES

¿Para qué han servido hasta hace poco estos centinelas erguidos, eternos, que vislumbran por encima de la estructura física de las casas el más amplio horizonte azul?

EL MAR, LA TIERRA Y EL CIELO

Hay un Cádiz del suelo, ese de las calles estrechas y rectas, en cuyo lejano término se columbra el mar, como por el ventano de un camarote; y otro del aire, aquel de las azoteas, cada una con su torreta para el anteojo de larga vista.

F. G. Sánchez.

Preocupación del Mar



E vive en esta isla con más preocupación al mar que a la tierra. Representa para los escritores gaditanos el mar, la tentación constante de sus plumas. Pero no es posible refrenarla escribiendo de espaldas a él. Nos rodea, nos persigue, nos roba terreno. El suelo que habitamos pertenece al mar. Aseguran los técnicos que son rocas madreporas y moluscos superpuestos en forma de capas sobre los que se apoyan las construcciones.

LA CIUDAD DE HERCULES

Azulamiento

HAY azul que nos rodea, hay azul por arriba que se desparrama. Nos envuelve un azul constantemente. De tanto mirar al mar, a la inmensidad del azul, nos viene ese azulamiento que nos llena, que nos deleita y embriaga. Azulamiento presupone limpidez de atmósfera, y al saturarnos, al llegar presuroso a nosotros, nos obliga a vivir en un ámbito de aseo, de pulcritud; a gozar de un linaje indemne que se presta a la invitación, al acogimiento.

De color de cielo sereno. Pero, ¿qué significa cielo sereno?: Cielo despejado, apasible, sosegado. ¿Azul celeste de lapizlázuli, de mar, de montaña? No; aún más. Entonces ¿será de cobalto? Hasta aquí llegó Teófilo Gautier, el viajero más exigente captador de colores de la naturaleza. No; aún más. Azul turquí, azul marino, azul por fin. El sexto color del espectro solar se presenta sobre la ciudad más generoso que nunca, más en su papel y tiñe todo de inmaculada influencia.

Ese azulado se manifiesta en la vida de la ciudad, porque ya se adentra, inunda, transmite su sabia; ya no se contenta con representar la atmósfera, el exterior, el decorado, sino que es curioso y llega a bastidores; es observador y llega al corazón.

Existe en efecto un azulamiento constante en las calles, en el ambiente, en las cosas, en nosotros mismos. Lo notamos en la limpidez de las almas,

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

en el genio y trato franco de las gentes, en la acogida sonriente al desconocido, en la prestancia de sus habitantes de buen fondo, modestos y pulcros; en la presencia constante del vasto firmamento que nos alberga; en la falta de orgullo. Hasta en las mismas calles al recorrerlas sentimos caminar hacia el azul, azul inmaculado de lejanía, del mar, que nos espera al final de cada calle como meta ansiada de todos nuestros paseos. Al final de ellas siempre se encuentra uno con el azul.

Cielo sereno, sin nubes. Nunca más clara la definición del azul por el Diccionario: del color del cielo sin nubes. ¿Por qué no hay nubes en el cielo de Cádiz? Lo decía en el "El canto de la tripulación", Pierre Mac Orlan: "He encontrado unas camisas de seda azul como el cielo de Cádiz. Me las pondré cuando estemos en Caracas. ¿Quieren ustedes que les dé las señas?". Y seguía escribiendo sobre el sol de Caracas y el cielo de Cádiz.

Clara naturaleza

CLARIDAD, Diafanidad. El aire transmina y huele; se columbra la bahía a través de ese cristal del espacio. Fijáos qué adjetivos más apropiados: diáfano, claro, sereno, despejado. "Salada claridad" la llama Machado; salada claridad para ser columbrada, para ser oteada, para talararse. Claridad que no empaña el cristal, que no presiona, que se atraviesa sin sentir su contacto, su presencia en el rostro.

LA CIUDAD DE HERCULES

La lluvia no va en consonancia con el conjunto físico de Cádiz. En los dones con que la natura prodigó a la ciudad, no iba incluída la niebla, ni la lluvia, ni la helada. Claro que se ven a veces, de tarde en tarde, estos fenómenos, como si por deber tuvieran que hacer acto de presencia, pero sólo el tiempo necesario, el indispensable para dejar la tarjeta de visita. La aparición de las nubes es rápida pues viene impulsada por vientos ligeros. Suele descargar fuertes chaparrones pero de corta duración. No suelen ser pesadas, ni se estacionan sobre la ciudad días y días como en el Norte. ¡Qué contraste la de esta lluvia rápida de chaparrón, basta y fugaz, con esa otra que hemos contemplado en Santiago, fina, continua, entre los arcos, bajos los soportales, mientras veíamos subir por las adoquinadas calles los estudiantes de la Universidad compostelana! Pero la lluvia en Galicia es monótona durante el día, llega a cansar; sin embargo en la noche es bonita sobre un fondo de luz; es poesía, es belleza. En cambio aquí se teme a la lluvia. No hay tiempo para la contemplación. La lluvia no se mira más que como un lapsus de tiempo que da paso al despeje de la atmósfera, a la diafanidad.

Por eso después de vaciarse, se marchan las nubes apareciendo otra vez la limpidez y la vuelta al azul, a la claridad, esta vez diáfana, pura, recién limpia, recién aseada. Viene entonces la luz viva: el esplendor.

La niebla no va después de todo mal con Cádiz, porque recuerda el mar, los riesgos de la navega-

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

ción, y entonces se nos antoja la ciudad más que nunca el velero de la literatura, cauto y precavido en el tajamar, rodeado de horizontes inciertos, con la mirada oteando mares dudosos.

El cielo sereno y proximidad del mar, explica también la humedad de la atmósfera durante la noche. ¡Humedad gaditana! Charcos en las calles de la ronda por las noches, en las barandas, en las sillas mojadas de las tiendas de bebidas abandonadas en la acera, en el reflejo de la luz sobre el adoquín resbaloso.

El hombre del campo y el de la costa

PARECERÍA monótona la vida en estas calles que son prolongaciones del mar. Pero en este acomodar del mundo agitado, del vivir del mundanal ruido a la estructura ingenua de Cádiz, es lo que la hace sea interesante. El hombre que vive del mar siente algún desprecio por las cosas del campo. Sin embargo, el labrador ha sentido siempre respeto al mar y a los que viven en sus alrededores. Hay compañeros, labradores del litoral, en Rota, en Sanlúcar, que hacen su labor por la mañana en el campo y por las tardes echan sus sedales o mariscan en las playas.

Nosotros no podemos escribir sobre el campo porque no lo conocemos, y creemos que en nuestra Isla de León, donde sólo hay unas cuantas hectáreas—y esto ya en el término municipal de San

LA CIUDAD DE HERCULES

Fernando—, no da derecho a hablar de ello. Pasa algo parecido a los escritores de Sevilla cuando hablan del puerto de la ciudad. Creen que no merece llamarse puerto y prefieren hablar del río, del Guadalquivir, pero de sus barcos, de sus muelles, de su comercio, les hace abandonar la pluma. La estrechez es lo que hace que no hablen de puertos, sino de río. Por ello en esta lengua de tierra, en este brazo de arena, no podemos hablar de campo ante la presencia de llanuras sevillanas y de la campiña jerezana, que tienen como el mar la misma sensación de profundidad, de espacio sin límites, de horizontes sin fin.

Le veleta y la nube son hermanas en el océano y en la llanura. El pescador otea la mar con la misma preocupación que el campesino ojea su tierra. Olas equivalen a surcos. El barto es el arado que arranca a las profundidades el pan nuestro de cada día. ¡Castilla mira al mar! ¿Pero es que acaso Cádiz, no siente también ansias de un área de llanura?

La única verdad está encima de nosotros: el cielo, el espacio eterno que a todos nos envuelve por igual, al que nada damos y al que pedimos todo.

El catalejo

EN el escudo de Cádiz si alguna vez se pensara agregarle algo, sería un catalejo el dibujo más apropiado.

No había casa hace cuarenta años que no tuvie-

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

ra su catalejo. Era muy largo, pesado, de fabricación inglesa y lo guardaba papá en la mesa de su despacho entre el mapa de la bahía y las cartas de Londres pidiendo exportación de vinos. ¡Pobres catalejos que hoy mueren olvidados en los baratillos del mercado y en las tiendas de anticuarios! El barco de vela con su muerte terminó con el apogeo del catalejo. Desde entonces se perdió media vida gaditana; las niñas de trenzas no subirían a la torre, azoteas y miradores.

Yo recuerdo a Cecilia Böhl de Faber emocionada en la azotea de su casa el domingo 20 de octubre de 1805 viendo salir los barcos de nuestra escuadra que iban a combatir a la de Nelson en Trafalgar. El Padre Coloma detalla la escena que contemplaron desde la torre del barrio de San Carlos la familia Faber. Cecilia recibió una impresión terrorífica que le duró toda la vida. Había visto la batalla desde su misma casa, desde la azotea, desde la torre, que hasta hace poco se nos ofrecía como palco en el escenario de la historia. Sonaron los primeros cañonazos de la batalla. El pueblo gaditano llenaba azoteas y torres como si se tratase de un espectáculo teatral. Subieron varias amistades a la casa de los Faber, por dominar mayor amplitud de mar. Entonces llegó Juan Nicolás y tomando aparte a Doña Frasquita, díjole rápidamente que la torre de vigía hacía señales de combate a la vista. No pudo decirlo tan rápido ni bajo que no lo oyese Cecilia, la cual desapareció con grandes muestras de espanto. ¡Qué bien nos dice esto el Padre Coloma!

LA CIUDAD DE HERCULES

Un siglo después, en una mañana de agosto de 1936, el "Cervantes", barco de la escuadra roja, bombardeaba Cádiz. Como antaño, también subieron los gaditanos a sus torres. Se veía el crucero frente a la ciudad y los fogonazos de sus disparos. A las primeras explosiones se impuso la realidad de una nueva época y hubo que bajar a resguardarse en refugios.

El entretenimiento general de los gaditanos pasaría como la época de Cecilia a la Historia.

Nostalgia de las Torres

TORRES gaditanas! ¡Cuántas veces he escrito sobre vosotras! Mis palabras han caído cien veces en el vacío. Para los que aún piensan en el pasado de ellas, les digo que quizá sean las torres las que les traigan la nostalgia de aquellos tiempos. Sanchiz dijo que los relojes de sol armonizan con la atalaya medio derruida, vestigio de la época de los piratas, así como la torre trae la evocación de los barcos de vela. Casi todos los capítulos de este libro los he escrito en la torre de mi casa, teniendo a mis pies la ciudad como una gran tarta de porcelana. Desde esta altura parece una ciudad de juguete, con la que gusta jugar y acariciar sus piezas. Fácilmente se puede desde esta altura trazar con el lápiz sobre el blanco pastel de la ciudad, líneas paralelas que formen las calles y círculos que figuren las plazas. Se me ofrecen sus

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

casas y azoteas tan cerca, tan a la mano, que parece capricho de la providencia el mostrarnos la ciudad de esta forma, próxima al alcance descriptivo, lejano al tacto personal, porque se nota desde aquí arriba el mismo fenómeno de la distancia que en el puente de un navío. Nos parece todo muy inmediato, vecino, cercano, pero en realidad está más lejos de lo que creemos. El mar engaña mucho. Desde este puente, que como cofa de velero imaginario se vigila y atalaya el horizonte, también se decepciona el marinero al querer abrazar él solo la blanca ciudad que se le ofrece con gusto a la descripción.

He descrito, pues, a Cádiz desde una de estas torres como una nueva visión. Siempre he tenido—es justo decirlo—el acompañamiento de las otras torres. Cercanas a la mía hacían sentirme más unido a la ciudad y escoltaban mi presencia vigilando el silencio nocturno maravilloso en que se duerme la vida y la tranquilidad de sus habitantes, permitiéndome a la luz del candelabro ordenar las notas y redactar los capítulos de este libro. En la soledad sólo oía el silbido del viento en las ventanas, el golpear de la lluvia en los cristales, la llamada lóbrega y cercana del mar; los silbidos aululantes de las sirenas, cuando el levante me la enviaba desde el muelle, las luces de los barcos que entraban y salían, los pantallazos de la farola de San Sebastián que, como una saeta de luz, como una estrella que corre, iluminaba un segundo las torres y miradores. Todo, todo llegaba hasta aquí, hasta el puente de esta nave que sólo le faltaba el moverse, porque las torres de

LA CIUDAD DE HERCULES

Cádiz que como dijimos antes traen la evocación del barco de vela, sólo les falta moverse, adquirir vida, abandonando su extática presencia; sentir, en fin, el balance de los veleros en medio de una mar brava y magnífica. ¡Cómo te maltratan los elementos! ¡Cómo intentan descuajarte, lanzarte fuera de tu base! ¿Presientes ya pronto tu fin? En ese caso, los que vengan detrás también evocarán con pena el abatimiento de estos palos, el aserramiento de estas atalayas desde donde yo, al escribir estas líneas no he querido jamás pensar.

La torre de casa es la primera que se ofrece al azul, ya que edificada a finales del XIX, se levanta en el barrio más moderno y más cercano al mar abierto. Quizá cuando dentro de cincuenta años alguien vuelva la vista atrás, no encuentre a la ciudad como ahora, con la gallardía de sus torres, de sus infinitos miradores, de su eterna blancura. Quizá se hayan elevado entonces más casas, quizá no conserven ya su arquitectura simétrica, quizá en fin sea sólo una ciudad en serie, un nuevo Manhathan de escaso perímetro y de elevadas construcciones, llenándose el cielo de humo de fábricas; quizá sea una ciudad industriosa que cambie su fisonomía arquitectónica. Pero en su espíritu, en su carácter, en sus sentimientos, en su corazón, eso sí, siempre será la misma, ya que hasta el fin del mundo vivirá su vida bajo ese mismo su cielo puro, brillante y definitivo.

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

Cinco Torres

CUANDO ante la presencia del monumento a las Cortes de Cádiz, frente al mar, vemos destacarse las cinco torres de las casas de su fondo y junto a ellas las otras, en la Plazuela del Pozo de las Nieves, donde un día no muy lejano estuviese la Capitanía General del Departamento Marítimo, embarga nuestro espíritu una sensación de lejanía en el tiempo que nos hace deleitarnos por un momento en su contemplación. Porque, ¿qué han representado en la vida de la ciudad estos centinelas erguidos, eternos, que vislumbran por encima de la estructura física de las casas el más amplio horizonte azul? ¿Para qué han servido hasta hace poco de vigías permanentes de la inquietud comercial de Cádiz? Derechos, todos iguales, con su remate de garita, con su asta para la bandera, aguardarían la llegada de algún barco matriculado en este puerto, perteneciente a la flota de algún armador de la ribera. Dicho barco sería despachado por algún agente de aduanas, en esas oficinas receptoras de buques cercanas al muelle, con su mampara de cristal, su almanaque de fragata al viento y sus pagarés con un dibujo del Cádiz dieciochesco o con alguna alegoría de Neptuno y sirenas, o de variados motivos, según vinieran los barcos de La Habana, Nueva Orleans, Buenos Aires o Manila.

Hoy hemos ojeado uno de estos recibos a tinta negra, uno de estos contratos de fletamento con las

LA CIUDAD DE HERCULES

rúbricas un poco perdidas entre el amarillento color de la humedad. Las fechas—1845, 1860, 1878—están ya lejanas. El fondo dibujado es un mar proceloso, en el que un par de barcos—las velas hinchadas, tensas las vergas, firmes los stays—luchan por llevar a puerto la carga preciosa de sus estibas, que más tarde quedarán depositadas en los muelles donde dejarán un grato olor a especias de otros puertos.

Hemos dejado estos pagarés, estos contratos, sobre la mesa, junto a una linterna de buque, grandota, chata y de grueso cristal verdoso, junto a un código de señales marítimas, cercanos a una lata de cebo y un rollo de cuerdas. Hoy estos documentos no tienen ya el sabor marinero y comercial que poseían los antiguos. Ya no hay dibujos de barcos, ni alusiones de productos tropicales, ni reproducciones litográficas de puertos o ciudades. Los papeles y las rúbricas que ahora caen en nuestras manos, dejan la misma impresión de vacío que los nombres de esos barcos de cabotaje de hoy—nombres geográficos—, quizá más marineros que los otros, pero que no tienen la gracia femenina de la “Conchita”, “Luisa”, “Carmen” o “Mariquita”—fragatas de ayer—, y que han quedado sólo para las embarcaciones menores que merodean en las dársenas pesqueras. De aquellos nombres comerciales de compañías de hace setenta o cien años, pocos subsisten en la actualidad. Sólo queda, eso sí, la gracia de esas oficinas en los pisos bajos de las casas de Cádiz, que son barcos que tienen allá arriba, como puente, una torre con su garita y su asta para la bandera, un asta soli-

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

tario sobre el que jamás ondeará trapo alguno, como esos mástiles de buques hundidos que asoman medrosos entre las aguas y sobre los cuales las algas y los moluscos han aprisionado su gracia y marchitado su encanto.

El viento del Levante

PERO también será preciso que al tratar del viento de *levante*, reprimamos la pluma.

Los gaditanos queremos desahogarnos con este dichoso viento; achacamos nuestras molestias de cualquier clase a este azote. Ya hemos encontrado, en suma, el culpable de todas nuestras desdichas.

Constituye este viento nuestra constante preocupación. En calma, el levante representa la inquietud, la expectativa de grandes sucesos que tendrán lugar. Se espera a cada momento que suene la sirena, el silbido del tren, signos de que va a saltar definitivamente el "chocolatero". El azote perpetuo de Cádiz, nos hace preocuparnos de la veleta. No sólo es, en fin, el *levante*, la nota colorista de mover la ropa blanca colgada en las azoteas, ni los techos que se vuelan, ni los transeúntes femeninos desesperados, ni los sucesos de ocurrencias locales del periódico.

Yo recuerdo la Historia de España que estudiaba en el Colegio. El tercer tema trataba de los fenicios, y empezaba así: "Impulsados por los vientos

LA CIUDAD DE HERCULES

de levante, llegaron los fenicios a Cádiz". Malparados deberían llegar estos colonizadores fenicios a nuestras costas, si damos crédito a la narración de nuestros historiadores. De Sancti-Petri a Cádiz. De seguro no arribarían con muy buen humor las frágiles embarcaciones primitivas.

El levante es para el Sur, lo que la galerna es para el Norte. Ciento treinta días no se puede barquear en Cádiz por el *levante*. Este lleva en su haber bastantes disgustos y vidas que ha mandado a las profundidades, porque el *levante* va unido a la muerte en el mar. Y entre todos los dramas del mar este es el peor: la muerte.

Hay escenas que nunca presencia nadie, de las que ningún gaditano conoce, ni le dicen. Suceden entre marineros, las más de las veces del Norte, que traen sus barcos a este lugar a pescar y que luego volverán a sus puertos.

Hace dos horas, antes de llegar a la boca del puerto se ve izada una bandera en el palo. La señal es bien triste; pero, ¡ay del que se enfrente con la borrasca!

La historia siempre es igual. Habían estado pescando no muy lejos, cuando se levantó fuerte viento y se puso brava la mar. Recogieron aprisa las redes, pero un golpe de mar muy fuerte lo abatió por la cubierta y le hizo rodar hasta el cabrestante, donde se dió con la cabeza, clavándose la barra en el pecho. No vivió diez minutos. Le vieron el corazón. Era el de un hombre bueno. ¡Corazón de marino!

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

Las barquillas de Lope de Vega

ESAS barquillas que son filosofía de dramas en la dura vida del mar; ¡pobre barquilla mía!

Lope de Vega, fénix de los ingenios; esta tarde he pasado por tu calle en la misma playa de la Caleta. El nombre de la calle es bonito: "Barquillas de Lope". Viven en ella tres pescadores que conozco. Uno de ellos lleva los lenguados a casa; va todos los miércoles, el mismo día que Lope debió llegar frente al Océano. Entonces no estaba poblada aquella parte de Cádiz. Era el campo de la Jara, y hasta el agua estaba más lejos de donde llega hoy. Yo me acuerdo de tu llegada aquí, frente al mar, frente a la inmensidad del Atlántico. Fué un día tormentoso en que era difícil regresar a puerto. Había truenos y relámpagos; llovía. ¿Pero por qué vinistes aquella noche? ¿Qué te trajo hasta aquí el confín del mundo? ¡Gades, donde se quiebra el mundo! ¡Gadir, último rincón de Hispalis donde se escribieron tus mejores anacreónticas! Pero nada de esto conoce este hombre de blusa azul, que sólo sabe que su calle se llama Barquillas y lo achaca a que viven pescadores.

¿Te gustaban las olas, Lope de Vega? ¿Dónde estarán aquellas barquillas del poeta?

Pero aún quedan ahí, no en el fondo del mar para siempre, sino en las letras negras de las paredes de tu calle. Y en la imaginación calenturienta,

LA CIUDAD DE HERCULES

ávida de poesía, de los estudiantes de la literatura.

El drama en el Océano bajo la religiosa tranquilidad de los altares de Santos marineros va envuelto en aguas saladas, en pinturas terroríficas, en monstruos y serpientes con cabezas de dragones y en una imagen blanca y protectora que sale de las nubes. El escapulario del muerto llevaba la imagen de la Virgen del Carmen.

¿Cuántos votos tienes joven virgen de la Iglesia del Carmen? ¿Cuántos tú, Virgen de la Palma?

¡Cuadritos de naufragios y tempestades! Esta vez no vendrá a vuestro lado para haceros compañía el rostro del niño marinero, con corazón de hombre bueno, de aquellos quince años que se llevó el mar.

Tipo marinero

HABLEMOS por último del tipo y carácter marinero. No ha habido pintor alguno que trasladase al lienzo un hombre de mar de Andalucía la Baja, presentándolo con el mismo atuendo que un lobo cántabro. No, no puede haberlo. A nadie se le ocurriría tampoco vestirlo y cubrirlo con ropa de agua y presentarlo empuñando bichero en la diestra, brillando sus ojos de guerra, campeón de borrascas y compañero de galernas.

Al contrario; su mirada es melancólica, a veces con gesto de desafío, pero sólo a veces, cuando hay mar macho. El tipo de por aquí es una catástrofe. El pescador es pobre, más pobre que todos. Arras-

EL MAR LA TIERRA Y EL CIELO

tra una vida casi miserable. No tiene para comprarse un traje de faena; se cubre con una gorra, gorra de visera incolora. No es pictórico, no invita a su presentación. No es lobo, es un cordero que gíme y trabaja en silencio. ¿Qué queda, pues, de aquellos grandes marineros de la antigüedad? Nos hablan los historiadores de los primeros tiempos de los Fenicios y Gaditanos como los mejores marineros de principios del mundo.

Fenicios y Gaditanos unieron sus naves y unos y otros dieron vuelta a todo el orbe haciéndose ilustres entre todas las naciones con este arte. Estrabón pondera que fiados a una tabla discurrían todas las partes del mundo, Asia, Africa, Europa y por eso los llama "moradores del mar". Los gaditanos de antaño eran atrevidos y recorrían con sólo la audacia y osadía todos los mares, llevando por divisa un caballo en las proas de sus naves, en veneración de los caballos del sol a quienes adoraban.

En el momento presente, ¿cómo es el tipo marinerero?

Bajo, fuerte, pero no como un toro por el esfuerzo, sino de sufrir, de aguantar como el leño seco tormenta tras tormenta, porque también se puede ser fuerte de enfrentarse con una vida sobrehumana. Todos aquí han sufrido mucho, arrastran su vida; por ello no llevan alta la frente, orgullosa.

Carácter retraído, pero su alma ¡cuán distinta de todas las demás! No indaguéis su pasado; no ir a preguntarle el por qué de su existencia. Todos tienen un ayer borrascoso, faltos de días alegres,

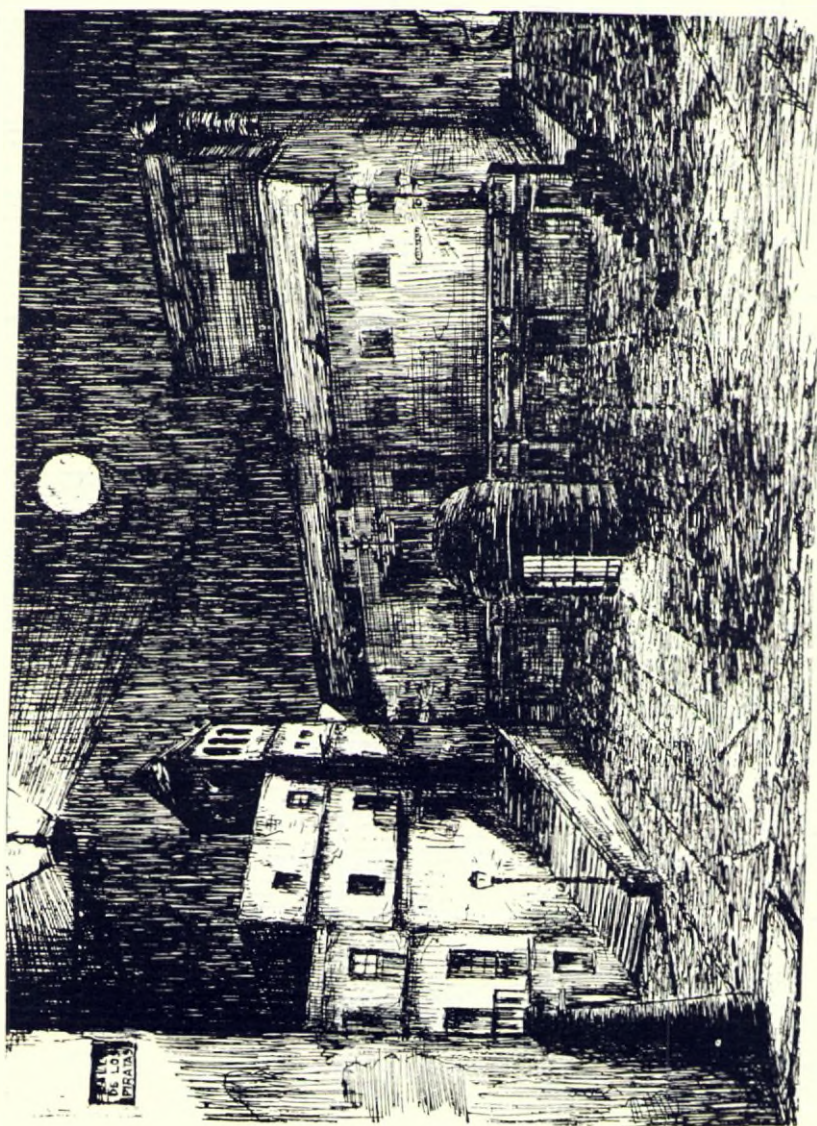
LA CIUDAD DE HERCULES

donde siempre se renegó del tiempo, de la pesca, de los vientos de levante.

Pero nadie habla de ese pasado. Todos se guardan muy dentro sus recuerdos. Sus botes y embarcaciones están carcomidos por los años, pero no le señaléis sus defectos. Ellos son viejos, como sus ropas y sus barbas, como sus barcas cada día más viejas, como sus dramas y desastres. Son leños ancianos que merecen el respeto; sagradas reliquias familiares transmitidas de padres a hijos, de abuelos a nietos; páginas anónimas de historias marinas sin cuento, pan y lumbre de una difícil existencia.

Cuando después de trabajar de sol a sol en la playa, en el muelle o en la muralla, se retiran caña al hombro a su barrio, llevan caras sombrías de recuerdos de un ayer que fué sagrado y del que no se habla. ¡No les interrumpáis en su camino! Su caña al hombro pasa por bajo del Arco de La Rosa para llegar al callejón de los Piratas o por el del Pópulo para entrar en la calle de la Merced; calles estrechas, con arcos hechos y medidos para que pasen justas las cañas de pescadores ensimismados en nostalgias.

POR LAS CALLES Y PLAZAS



*Para el escritor y poeta de Sevilla
Joaquín Romero Murube, admirador
de nuestra ciudad.*

Nocturna soledad de la
Plaza de Fray Félix

POR LAS CALLES Y PLAZAS



PESAR de estar la ciudad apretujada entre sus muros y cercada y perseguida por la llamada del mar, se siente sin embargo en ella la sensación de la profundidad. Tal vez sean sus calles largas, rectas y estrechas, las que parecen conducirnos a una lejanía que no tiene paredón, a una línea que se pierde en el aire. Gautier decía que las calles de Cádiz desembocaban en el cielo.

Cielo y mar por únicas metas. Siempre hay algo más allá en estas hileras de casas que tienen su fondo muy distante, que parecen perderse en el espacio, en el vacío, que penetran en el cosmos y continúan; calles sin principio ni fin. En pocos sitios esta impresión de profundidad.

Sensación de profundidad

SENSACIÓN de profundidad, de lejanía en estas calles genuinamente nuestras: Rosario, San Miguel, del Puerto y Plaza de Mina subiendo por

LA CIUDAD DE HERCULES

San José. Oscuridad, en sus fondos. En la penumbra de la calle del Rosario—la calle más gaditana en su carácter—, se conserva en transparencia permanente, el vaho flotante, grisáceo, que al llenarla le da calor de luz marinera y sabor de especias. Gusta atravesarla para saturarse sintiendo en esa penumbra de luz clara pero amontonada, —exceso de luz mezclada que por apelonarse se hace confusa— la sensación de hondura, de profundidad, de continuación, y en cuyo fin, allá en el fondo nebuloso, se destacan los remates de la torre de la Merced como un término de lo alto, término vago, sin posible alcance. Es la calle entre dos torres vigilada, la que hay que recorrer rastreando como si andásemos por el fondo del mar. Al subir la de la Cruz de la madera se divisan las torres de la Plaza de Mina allá al fondo, esas torres de forma de púlpitos con su escalita de madera, su pintura verde agua, su cátedra abierta al aire para hablar al cielo.

Cada calle se nos antoja con un sabor especial, aunque sean todas de parecidas líneas y paralelas direcciones. Hay calles de color rojo sangre, impregnadas sus fachadas de vino tinto, con flotante atmósfera de pesada embriaguez, como la primera parte de la del Rosario, mientras a su final se nos antoja morado, hacia la altura en que tienen sus almacenes los cosarios de los pueblos. Briznas de yerba y musgo crecen en otras como la de Diego Arias y Viudas; perpetuamente encharcadas pero nunca de barro, las del Campo del Sur. En la de Los

POR LAS CALLES Y PLAZAS

Piratas—que vive al ritmo del Océano— se acumulan arenas en sus bordillos y salitre en las farolas verdes de las esquinas. Nos recuerda la configuración de este callejón y la Plaza de la Catedral Vieja, el saqueo de 1575, entrando las huestes del inglés en son de piratería por las casas y llevándose rehenes y raptando mujeres, mientras las proas cortantes de los galeones que son las esquinas del barrio marinerio de Santa María, nos hablan de Indias y el agua de lluvia al susurrar por ellas, parece que llora nostalgia de imperio perdido. ¿Son proas que hendieron profundidades y cortaron sargazos de mares dudosos?

Mosaicos de personalidad en las calles

EN el otro barrio, el de la Viña, no son altas y cortantes sus casas, sino chatas y alargadas como un gran stock de mercancías de puerto. Tal parece así esa ancha calle de la Palma, por donde entrasen las aguas del maremoto y donde saliese el pueblo con el estandarte a detenerlas allá por el año 1755.

Algunas calles actúan como remanso de paz, desembocando en otras hirvientes, como sucede en la de los Flamencos, embudo de tranquilidad y penumbra, con sus casas de puertas tiradas a escuadras, oblicuas a la calle, de curiosa arquitectura ladeada, que vierte su tranquilidad sobre la calle Nueva, dimámica, con ritmo de bulla y movimiento.

LA CIUDAD DE HERCULES

Otras nos llevan a escuchar el mar. Son calles solitarias, calles por donde no pasan almas y que permanecen en contacto directo con Neptuno. Son más fondo del Océano que calles de una ciudad. En algunas pueden los músicos oír las sinfonías wagnerianas de la tempestad: son las de Pasquín, Puerto Chico, Cruz, La Escalerilla, mientras que en las pacíficas de Puerta de Tierra, las que llegan a la bahía con su siempre quietud de lago, sólo existe una armonía lenta, pausada: la melodía de "La Catedral sumergida", de Debussy; unas veces porque el mar en la Caleta sólo hace murmurar, otras porque es rumor de agua que choca lentamente.

Escuchemos también el mar frente a la Caleta, en las calles de San Leandro, La Rosa, del Balón, donde el agua en una tranquilidad intermedia y en horizontes sin fin, invita a pensar en lo eterno.

Paseo agradable

D. M. Contreras, escritor que se adentra en el espíritu auténtico de la ciudad, habla de los duendes de Cádiz, los duendes traviosos que se adentran por los sentidos de sus visitantes para hacerse señores de sus sentimientos.

Grata labor la de estos duendecillos gaditanos que están prestos al ataque en el balcón florido de la Alameda, en las plazas señoriles, en el recato del Parque Genovés, en la enredadera de las calles, tejidas con mosaicos blancos de azoteas soleadas, como

POR LAS CALLES Y PLAZAS

enlosado de mármol del espacio triunfal. Dice este escritor que los duendes son los mejores guías para el viajero: "Conducen a los extraños a los más bellos rincones; son los que hacen al visitante detenerse frente a la noche estrellada y le aclaran los oídos con la música de las olas que es más grata aquí que los más armoniosos acordes orquestales. Son los mismos duendes los que le hacen detenerse en las calles bravas de Santa María, en la viveza de la Viña, en la tranquilidad de Puerta de Tierra, en el estallante racimo de sol hirviente de la playa. Y luego ante la fachada del Carmen, ante la serenidad de la Catedral, ante el Oratorio de San Felipe, ante las placas conmemorativas derramadas con profusión por toda esta ciudad con la que Dios fué tan generoso en hombres ilustres..."

Por eso un paseo por las calles de Cádiz, tan limpio como esa caoba de que hablamos, tan brillante como la plata, tiene que resultar atractivo.

Pasemos pues por las calles céntricas, no por ello sometidas por completo al asfalto y carentes de personalidad. Recorramos la parte final de San Francisco con sus tiendas de estampadores, con sus litografías, sus cromos de colores, objetos de escritorio y marcos con molduras de caoba, de la caoba de Indias que tanto abunda en Cádiz.

Pasemos por otras muchas calles, todas heterogéneas, en que las banderas—infinitos balcones con banderas de consulados—y las lápidas—también infinitas de hombres ilustres y filántropos—, ponen un sello inconfundible de historias y hechos,

LA CIUDAD DE HERCULES

junto a la ya de por sí variada arquitectura de las casas; un paseo por los barrios marineros con su penumbra especial, el esbatimiento de unas casas sobre otras, el sombreo de toldos imaginarios que llenan de umbría las calles, tiene que resultarnos también curioso, llamativo, penetrante. Nos tiene pues que llamar la atención las delicadas tiendas de escaparates con la baraja que cierra, los hierros de los toldos, los guardacantones en la acera, de cuando circulaban los carros por estas calles del comercio, estrechas pero bien delineadas: calle de la Carne, de la Pelota, de la Compañía, con sus tiendas de tejidos, de muebles de mimbre y los almacenes de coloniales y santanderinos en cada esquina, donde espera diligente el chicuco de "baby" aceituna, pelo al rape y tiza en la oreja, sobre un fondo de estantes divididos en cajetines donde se encuentran los productos de ultramar, esos géneros que llenan con su olor característico las calles y los barrios embalsamando a la ciudad y recordándole al viajero esa frase que ya ha dado la vuelta al mundo y es de Don Federico García Sanchiz, último Teófilo Gautier que hemos saludado en Cádiz: "Las calles de Cádiz huelen todavía a bodega de bergantín, no habiéndose disipado el vaho de las especias que antaño poblaban los almacenes". El bergantín y su vaho de especias se guardan hoy en estas tiendas de ultramarinos; por eso la abundancia—más profusión que en ninguna otra parte—de estos almacenes, dan carácter a estas calles donde huele a canela y café.

Ese olor que se aspira con ganas, que nos delei-

POR LAS CALLES Y PLAZAS

ta, que cautiva nuestros sentidos, es el mismo que se aspiraba hace cincuenta, cien, doscientos años, al pasear por las aceras,—las diminutas aceras—de estas calles con este comercio tan casero; calle de la Carne, de la Pelota, de la Compañía, del Fideo; las que rodean el Mercado o la Audiencia, la mayor parte de ellas en las esquinas sobre el chaflán un cartel de madera en que hay dibujada una fragata al viento sobre un mar color verde y con rótulo debajo: “Almacén de ultramarinos y coloniales”. Otros tienen como alegoría una plantación de café donde trabajan negritos con blusa a rayas y un gran sombrero de palma como en los anuncios de cacao. Siempre la presencia de Cuba, Puerto Rico ¡Ultramar!

Nombres evocadores

DE los nombres de nuestras calles anotados en los libros románticos de los viajeros del XVIII se perdieron muchos, pero aún quedan bastantes. Las calles exaltan al recuerdo. Sus nombres evocadores nos traen sus hechos, sus personajes. Escojamos uno cualquiera, el de esta misma calle por donde paseamos. Al mirar su rótulo “Flamencos borrachos”, recordamos su historia. La recoge en su libro el P. León y Domínguez con detallada minuciosidad e ingenio, porque León y Domínguez es un señor catedrático del noventa y siete, canónigo de la Catedral, con misa de siete en las Des-

LA CIUDAD DE HERCULES

calzas y tarde de maitines en el coro, viviendo en un piso claro cuidado por criada canónica en donde examina después de almorzar la administración de sus tierras en Chiclana. En el retrato que conocemos está sentado frente a nosotros; es grueso, lleva roquete y esclavina, tiene el brazo izquierdo apoyado sobre una mesa con un crucifijo; la mano blanca y regordeta caída en vertical, en abandono, como en los cuadros de Madrazo; los ojos un poco pícaros, de quien cuenta anécdotas burlescas; gafas tan pequeñas como las de las costureras. Sonríe y esto no es extraño, pues debió reír mucho durante su vida con el conocimiento de tanta gente popular. Él empieza así sus capítulos: "Retózame aún la risa en el rostro..." La sonrisa respira un aire de simpatía que le va muy bien con el título de su libro "Recuerdos gaditanos" de pasta grana y título en oro y que relata muchas cosas curiosas y anécdotas amenas. Él lo había dicho en la portada: "Si queréis ser leídos, sed amenos". Amenidad en sus capítulos: "El nacimiento de la Tía Norica", "Las empanadas del tío Mendoza y los vascos asustadizos", "Las preguntitas de D. Pedro el Cruel".

Se nota asimismo empeño en dejar para la posteridad estos recuerdos impresos para hacer más fácil la tarea de los que viniendo detrás estudien la época. Por eso junto a los cuadros de costumbres y las historias deliciosas, se hallan los capítulos de retratos del muy ilustre tercero Marqués de Ureña, de quien dijo Ponz: "Era caballero de fino gusto e inteligencia en las bellas artes"; del gadi-

tano Don Servando Arbolí, orador y escritor público, de "La Real Junta de Damas", del "Excelentísimo Señor Marqués de Casa-Iglesias, supremo imperante en Cádiz" etc., etc.

Pues este simpático sacerdote aboga en el capítulo "Tres tipos callejeros", porque se vuelva a poner el nombre de "Flamencos borrachos" a una calle de Cádiz y se bautice otra con los nombres de "Cáncamo, Ñoto y Yesca" sus tres héroes, a la verdad simpáticos tipos del Cádiz del 64. Leed la descripción detallada de sus hazañas: Cáncamo, aprendiz de herrero en sus mocedades, se convirtió en "Atacante" digna figura para el lápiz graciosísimo de Figal. Ñoto vendía despojos de cerdo por las casas como si se tratase de un producto de la tierra y en esto me recuerda los vendedores de mariscos de Los Puertos—la blusa blanca, el pantalón a media perna, descalzos, la barba negra, la voz ronca—que van por las casas ofreciendo la mercancía de sus canastos, "cigalas, gambas, cangrejos y burgaillos". Yesca, el último, persona fina y en el hablar comedido, a no ser que las libaciones de Baco le calentaran la mollera. Podría contaros muchas cosas agradables. Sin embargo no acaba aquí todo. Él quiere terminar eficazmente y vuelca en su razonamiento final la gracia de su ironía y el desenfado de su argumento. Y dice así: "Y digo yo ahora, señor director, ¿por qué estos tres héroes, tan populares y legendarios, no han merecido que alguno se acuerde de ellos, proponiendo que se bautice con los nombres de Cáncamo, Ñoto y Yesca alguna calle de Cá-

LA CIUDAD DE HERCULES

diz? En esto me ha de conceder Vd. que es injusta la generación presente, y que las anteriores tuvieron algún más sentido práctico. ¿No llamaron los tiempos de Maricastaña con el nombre de "Flamencos borrachos" a la que hoy lleva el apellido de Argantonio? ¿Y se sabe quién era éste? Un caballero particular, muy conocido en su casa, y que aseguraran unos fué rey de esta parte de Andalucía y otros de España. Eso hace muchísimo tiempo que pasó, y después de todo, puede ser que sea mentira. Y en cambio ¿no fueron estos tres héroes flamencos? ¿No está probado hasta la evidencia que también fueron borrachos?"

Don José escribía estas historias deliciosas y estos argumentos ingeniosos cuando terminaba su hora de maitines y se sentaba en "La Flor Marina", café típico del muelle, junto a su amigo el chanfre Añeto y consumían cara a los muelles un café modesto.

Anochece en las callejuelas

MANTENIENDO siempre la línea recta, se acusa variedad de estilo y configuración en las calles. ¿No hay nostalgias de tiendas árabes en los callejones del barrio de la Viña? Estas calles en perpetua sombra, con piso para andares apagados, por donde borriquillos de aceituneros y panaderos desfilan con prisa; estos callejones del Cardoso y María Arteaga hasta la plaza de la Cruz

POR LAS CALLES Y PLAZAS

Verde, nos traen por fuerza alguna similitud con otras de Marruecos, con sus tiendas, pequeñas y pobres, obscuras, de estereros, babucheros, tiendas de un metro cuadrado en las que se compra sin entrar y en cuyo interior de penumbra se adivina el árabe hundido y serio.

Cuando pasemos a la caída de la tarde por las calles interiores, las que encerradas en el corazón de la ciudad llenan su vida y su ambiente con sólo la penumbra y la luz mortecina de la bujía, podremos contemplar su encanto y su secreto. Veremos encender las candilejas de las tiendas de los callejones de la Viña, los farolillos de acetileno, de aceite, que cuelgan sobre el mostrador, sobre la mesa o tabla de despachar; los de carburo en el espejo de las barberías humildes, el quinqué de petróleo sobre la mesa del zapatero. Veremos también esas pequeñas tiendas, esos cuartos pequeños, oscuros, en que hay un mostrador de pino y una vieja con un pañolón negro, torpe, que os vende cosas variadas, absurdas, de todo; esas panaderías—mostrador con tapa de mármol, muchachas con delantal blanco, estantes blanqueados y un perfume harinero delicioso y apetitoso que os impulsa a adquirir un pan blanquito—; esas hueverías con su enrejado y sus huevos con un cartelito clavado sobre la paja que se pega a la cáscara; esos cestos de naranjas al borde de la calle, muchas y grandes naranjas con su cartón indicador del precio, clavado como una daga en el corazón; las carbonerías con otro cartel, esta vez más grande, con letras negras, puesto en el

LA CIUDAD DE HERCULES

dintel de la puerta, con varias escobas de pie, juntas, apretadas, enlazadas por un junquillo. ¿Pero qué hacen estas escobas en las carbonerías? ¿Por qué se venden estos artefactos de limpieza precisamente en el lugar más sucio?

Aun queda en nuestro paseo por estos callejones—típicos y de un cierto y atractivo encanto en el atardecer—las tiendas de ultramarinos, almacenes de coloniales, en cuya entrada en el mismo borde de la calle, está expuesta la gran caja redonda repleta de sardinas arenques, prensadas, iguales, rectas como radios que salen del centro de una circunferencia y forman una rosa de los vientos.

Cuando hemos llegado al final a una pequeña plaza, hemos encontrado algunos grupos de muchachos en las esquinas. En aquel chaflán, chicos tocan y se jalean con las palmas. En aquel otro, en un cañón que hincado en tierra sirve de guardacantón, se apoyan dos hombres, las manos en los bolsillos, la pierna doblada y apoyada en la pared, el cigarro en la boca, las gorras caladas. ¿Qué hacen, de qué hablan? De pronto tres muchachas desembocan en la plaza. Van ligeras, sonrientes. ¿Soledad, Carmen y María? Yo no sé sus nombres. Sólo sé que por la plazuela ha corrido una sensación de escalofrío. El grupo de muchachos ha roto la conversación y han mirado a las muchachas. Los dos hombres han sacado sus manos de los bolsillos y se han puesto derechos. Al pasar por delante, uno de ellos le ha dicho un piropo. El otro se ha contentado con levantarse un poco la gorra y rascarse la cabeza meneándola

POR LAS CALLES Y PLAZAS

de un lado para el otro. El taconeó ha hecho que Juan y José que tomaban vino en el mostrador de una tienda hayan salido con un palillo en los dientes a la puerta, y Juan—las manos en el bolsillo y su palillo moviéndose entre los labios—, ha siseado al grupo. Una de ellas sin detenerse ha vuelto la cabeza y ha sonreído.

—Adiós Soleá.

—Adiós hombre.

¿Quién era Soleá? ¿Quién era Juan? Toda la pequeña plaza que como patio de vecinos permite la más pequeña de las indiscreciones, ha empezado a comentar el hecho. ¿Qué habrá entre Soleá y Juan? ¿Desde cuándo la conoce? ¿Por qué no la sigue? ¿Por qué se han sonreído? ¿Por qué tiene esa suerte Juan? Y envidiosos y malas lenguas, los grupos han hecho entre sí los más atroces comentarios...

Gracia de las casas

¡QUÉ melancolía debe sentir el que llega a esta última ciudad de Occidente en la que reposa entre sus viejos muros todo un pasado de la historia patria! Le debe extrañar estas calles tan rectas, tiradas a cordel, con rara tranquilidad dentro de su movimiento, de su bulla. Debe sentirse extraño ante este contraste tan diverso. Junto a calles bulliciosas, llenas de vida y luz, esas otras indecisas como la de la Manzana, del Carbón,

LA CIUDAD DE HERCULES

del Molino, del Calvario y Amargura. Junto a esas plazas grandes soleadas, abiertas a la luz y al movimiento, esas otras pequeñas indiferentes, llenas sí de sabor del barrio, pero sin vida y presencia física: el abandono de la de la Oca, la obscuridad de la de las Tablas, el murmullo apagado en la de las Canastas, la soledad del Pozo de las Nieves como bocana de puerto. Le debe resultar curioso esas casas tan altas, centenarias casas blancas con cintura verde u obscura levantadas sobre una piedra dura con sabor a mar. Sobre este lecho de rocas sobresalen las ventanas enrejadas—hierros verdes con moho de salitre—donde está el visillo discreto que describiese Don Teófilo Gautier. Pero, ¿por qué son tan altas las casas de Cádiz? García Sanchiz lo explica: "Acaso tal vez se extrañe la altura de las casas. Sí. Andalucía, Marruecos, América son apaisadas; Montevideo y Buenos Aires europeizantes constituyen la excepción. La brevedad de la base impuso el crecimiento vertical y he aquí por dónde Cádiz viene a ser un antecedente de Nueva York. Cádiz resulta gracioso, ungido por la gracia al lado de la monstruosidad neoyorkina, como un modelo en pequeño junto al monumento que lo desarrolla colosalmente".

Plazas de Mina y Candelaria

LAS plazas de Cádiz representan cada una épocas distintas, ambientes diversos. A pesar de las continuas reformas, que han servido más para

POR LAS CALLES Y PLAZAS

desfigurarla que para embellecerla, sigue siendo la de Mina, con esos mármoles italianos, la plaza aristocrática, de una elegancia fina que si ya no es exclusiva de sus concurrentes, vive en los parterres, en las balaustradas, en los bancos; los mismos bancos en fila de San Fernando, Puerto de Santa María, donde el ambiente francés, culminado en Puerto Real—el Versailles gaditano—, dejan nostalgias de sombrillas, de romanticismos y elegancia de fin de siglo.

Se ha dicho algunas veces que las plazas de Mina y Candelaria son hermanas. Pero la primera es la coqueta, la alegre y bulliciosa, la novia de marmórea gracia, la del piso de patín, propenso para el desfile de mujerío en tanto se oyen las notas de la Banda del Municipio, mientras que la de Candelaria, rodeada de un convento y una casa de ancianos, es la seria, la conventual, la plaza de la vocación, donde impera una beatitud real y tiene unos deliciosos árboles color verde agua que apenas se mueven para contribuir a ese silencio permanente. En la primera se oye la música clásica. En la segunda, ¿no os parece que hay continuos rezos de beatas a media voz?

Al desembocar de la ajetreada calle de Columela y dirigirnos a esta plaza, notamos el contraste y nos sorprende la candidez y soledad. El pavimento, los parterres, los árboles, duermen; sólo algunas flores acá y allá, tan sobrias, tan escasas, hacen que nos parezca un jardín aburrido, una plaza de cualquier pueblo en la que no hay vida; un meian-

LA CIUDAD DE HERCULES

cólico y abandonado jardín. Luego si marchamos a otra plaza, la del Mercado, surge la diáfana claridad, el esplendor del sol, de la luz.

Plaza ideal esta de Candelaria, para ver caer las hojas otoñales. Tal es su calma, interrumpida de tarde en tarde por la herradura de un caballo o el caer de una hoja seca, mientras os miran girasoles, geranios y flores de un color apagado—de gastada juventud—que ya no encontramos en los demás jardines de la ciudad. Allí el parterre lo circunda todavía los arcos de hierro entrelazados, por donde corren caracoles y cochinillas. La pérgola no ha hecho su aparición con su columnata de mármol o de piedra. Aun están allí las farolas de verbena, los bancos cuyas patas pintadas de un verde algo feo sostienen viejos, políticos y cocheros adormilados, a los que acompaña un guarda jurado de traje de pana y placa que aparta con su bastón algunas puntas de cigarros de los arrietes.

¿Por qué hay plazas muertas de soledad en las ciudades? ¿Cómo no han sido absorbidas por el ruido y el movimiento loco de sus habitantes? ¡Milagro de la Providencia! Aun existen plazas tranquilas, muertas, como ésta. La gente pasa por medio de este paseo olvidado como por una calle, sin detenerse, porque se tarda en atravesarla el tiempo justo para pasar una cuenta de rosario, pero de puntillas, porque tiene mucho de patio de convento, de siestas profanas dormidas en verano con moscas, de reloj de un tiempo que no anda. Jamás buscarían esa soledad los novios para sus idilios, ni los niños al-

POR LAS CALLES Y PLAZAS

borotarían con sus gritos, porque no es escenario de sus juegos. Hasta el Ayuntamiento se olvida de que existe. Entre el bullicio de las calles adyacentes, ¡qué oasis de calma duerme bajo unas palmeras tan universales!

Por eso Castelar, erguido en su centro, no ha contemplado desfile ni manifestación alguna, como lo ha hecho Moret en San Juan de Dios y los Diputados de 1812 en la plaza de las Cortes. Castelar duerme con su fogaза oratoria su sueño de bronce, en medio de la plaza que parece un pedazo de su época arraigada en la nuestra. No se puede pedir mejor marco para su descanso, aunque su dedo índice continúe alto aboliendo la esclavitud. A pesar de ello estamos en deuda con el más famoso orador de todos los tiempos y la levita abierta del coloso de la oratoria, invita siempre a que plumas y vates de alcurnia den a conocer de una vez a las generaciones modernas la historia de este gran hombre gaditano.

Se marcha la Tuna

HAY una plaza que tiene tristeza una época del año. Es la plaza de Fragela, donde está enclavado el Gran Teatro Falla y la Facultad de Medicina. En los ventanales, siempre abiertos a la amplitud de la plaza, repasan sus textos los futuros médicos. Allí están sentados en sus banderolas los meses del curso, entre clase y clase, con

LA CIUDAD DE HERCULES

el libro entreabierto en las manos y la mirada fija en la plaza, atentos al requiebro de las mocitas del barrio del Balón. Cuando llega diciembre se forma la Tuna Universitaria, y allá van por las calles y plazas, por los pueblos de la provincia, muy lejos del libro y del aula.

Sola, sola,
sola se queda Fragela
triste y llorosa
queda nuestra Facultad,
y los libros empeñados
en el Monte de Piedad.

Ya no hay estudiantes que se asomen a las ventanas de los pasillos, ya no se repechan sobre el balcón, ya no hay sombra de alegría en sus puertas; en su jardín, el milenario drago está solitario. Las mocitas que pasan día por día por la acera del edificio saben que durante algún tiempo, mientras la *Estudiantina* recorre ingenua su camino no habrá quien les eche flores desde el balcón juvenil.

Soledad nocturna de Fray Félix

¿Y en la noche?
El paseante, el viajero curioso que quiere vivir la postal nocturna de Cádiz, pasea por una serie de calles y plazas que parecen puestas expresamente para gustar de la emoción callada, de la impresión sentida que la nocturna soledad le ofrece. Nocturna soledad de la plaza de Fray Félix,

POR LAS CALLES Y PLAZAS

con iluminación que parece estudiada para causar el efecto del claroscuro, para resaltar los remates de la Catedral Vieja sobre el cielo, para acusar las sombras y las zonas iluminadas por la luna en las torres, en las paredes, nítidas de cal.

Vayamos en efecto a la plaza de Fray Félix. Vayamos a ella entrando por el Arco de la Rosa, torciendo por la calle de los Piratas, para desembocar de lleno en la solitaria plaza.

Al llegar plañirá una campana en el campanario como tocando a recogimiento. Entonces entraremos en ese portal grande, profundo, rematado por un escudo en su dintel y en el que nos vamos a sentir muy contemplativos. Contemplaremos, pues, desde nuestra obscuridad acogedora, seguro tras su puerta de roble, la soledad escénica del conjunto.

No hemos ido para contemplar su presencia física y arquitectónica. No nos interesa a esa hora la escalinata, el brocal del pozo subterráneo que se yergue en medio de la plaza, el Palacio Episcopal, el Callejón del Padre Ventura, el imponente escudo de la casona en que nos encontramos. Eso queda para la visita de la mañana, con la plena luminosidad del día, llevando en la mano la guía artística o el "baedeker" del viajero. Ahora sólo tenemos tiempo para el mudo examen, para el recogimiento. Tendremos tiempo y espacio para que vague nuestra imaginación, saturándonos del conjunto a nuestras anchas.

Y entonces, cuando ya gozando de la luz verde, ténue y pálida, que nos embriaga y nos deleita, nos

LA CIUDAD DE HERCULES

acordamos de que tenemos que marcharnos, entonces querremos seguramente que algo rompa el silencio de la noche, que algo rasgue el firmamento, que taladre la calma. Querremos seguramente oír otra campana, escuchar el rumor del mar contra la muralla o el silbido del viento en las callejas. Querremos que un último pantallazo de la farola de San Sebastián asaetee de luz las espadañas de la Catedral y una estrella corra en los espacios. Necesitamos, en fin, que algo viniendo en nuestro auxilio, evite la monotonía maravillosa del conjunto y rompa la dulce armonía de la plaza que nos detiene, nos embarga e impide nuestra marcha.

Lluvia en la ciudad

EN la noche lluviosa las calles se llenan de saetas de luz sobre el asfalto y la humedad conserva almacenada en los bordillos partículas luminosas sobre los adoquines brillantes y relucientes. La lluvia en donde más deliciosa se presenta es en la Feria del Frío decembrina. Es lluvia fina, embalsamada por el humo azul de los puestos de castañas, la blanca de los tejeringos, la de pólvora, y la taladran la gritería y el pregón de los vendedores, las vociferaciones de los que anuncian el circo o la caseta misteriosa, la potente voz de los discos de gramolas. Todo ello lo veo ahora muy distante, como si fuese hace mucho tiempo; como cuando me marchaba de la plaza en que se levantaban las ca-

POR LAS CALLES Y PLAZAS

setas, y oía poco a poco una musiquilla cada vez más perdida, cada vez más lejana...

Contemplación del Romántico

EL paseo por las calles termina siempre en el exterior, en la muralla que circunda a la ciudad. Allí llega también el viajero que la visita, el escritor que la describe. Nos apoyaremos sobre ella y contemplaremos el mar. En Cádiz, todo termina siempre de la misma forma: contemplando el mar.

Sobre esta muralla hemos evocado a los que gozasen de este escenario. Pensamos que aquí mismo se habrán apoyado después de otros paseos, muchos otros paseantes. Las olas tras romper en la zapata habrán caído disueltas en espumas sobre la capa y el bastón de Gautier, la levita primorosa de Dumas, la fina camisa de Byron, captadores de estas impresiones naturales del Océano, que luego han de comunicar a sus amistades, más o menos así:

Señora mía:

He visto en Cádiz romper las olas contra las murallas que la defienden. No hay palabras con que expresar a Vd. la impresión subjetiva que me embargaba cuando pasaban raudas las gaviotas rozando las crestas de las olas. Es hermoso este pájaro marino. He mandado disecar una de estas aves y se la enviaré con el próximo correo. Tengo que mar-

LA CIUDAD DE HERCULES

charme con nuestro cónsul a la Posada de La Alianza, donde me hospedo. Le dejo, pues, hasta mañana. Su más devoto servidor.

Para estos viajeros contempladores del mar, existe en Cádiz el pretil de las murallas. Varios kilómetros de pretil invitan a la contemplación del mar. Azorín, en su libro "Valencia", habla de sus paseos por la ciudad. Fijaos qué parecido. Se apoya en los pretils del Turia, gozándose en la contemplación del río, porque Valencia es ciudad de pretils. El lo dice: "Los pretils tienen su encanto. Valencia cuenta con cinco antiguos puentes y diez kilómetros de pretil". Nosotros contamos con siete kilómetros de murallas que rodean la ciudad y la defienden del mar. En sus pretils—como balconada que da al Océano—hay muchas personas, tantas quizás como las que se apoyan en los del Turia, en los del Sena en el sitio donde él iba a la caza de libros viejos, o tantas como las que están de pecho sobre el Arlanzón de Burgos. Más que todas éstas quizá; porque las casas de Cádiz todas tienen azoteas y en cada una de ellas hay también un pretil más delgado—como puente de fragata que se vuelca sobre la calle—, para que se apoyen los talles esbeltos de las muchachas de cutis fino y pálido que suben a tomar el sol.

POR LAS CALLES Y PLAZAS

Personalidad de las calles

DE este recorrido urbano de la ciudad, conservo dos imágenes. Una es la de las calles luminosas cercanas al mar, las abiertas al puerto y están en contacto con él, de donde reciben su aliento y su vida; calles donde viven los marineros, pescadores, mariscadores; calles para el comercio, la navegación, la industria marítima, las que miran al Océano como si fuesen siempre derechas a su encuentro o aguardan su trabajo. Y estas son las eternas, las que nunca cambiarían su espíritu, su sabor. La otra imagen, la componen las calles pequeñas interiores y las plazas grandes abiertas al cielo, a la inmensidad del cielo. La mayoría de estas calles que parecen ocultarse o pasar desapercibidas, se cobijan en otras, y son las que tienen esa penumbra, esa sombra, que invita al contraluz, al ángulo muerto. Ya es más fácil así imaginarse las tiendas, los almacenes, las pequeñas casas de los barrios con la puerta entreabierta, el interior oscuro, en consonancia con la calle, oasis de calma, distinta de las otras, no muy lejanas, pero en donde reina la luz cegadora. Estas calles que forman en las ciudades esos barrios misteriosos, propensos al descubrimiento literario y que buscan viajeros y escritores, llevan nombres evocadores, porque es costumbre en Cádiz ponerles el nombre del negocio o del asunto más importante de ella. De aquí los rótulos: calle de la Caoba, del Molino, de la Man-

LA CIUDAD DE HERCULES

zana, de la Botica, de la Carne, del Baluarte, del Veedor; y aquellas plazas de la Oca, Viudas, de las Tablas, de las Canastas, del Mentidero. Habréis observado que cito nombres originales, y es que en la ciudad se rinde culto al pasado respetando los nombres tradicionales, y aunque hoy lleven otros rótulos de más ostentación en letras modernas, tienen a su lado en loseta blanca el antiguo, el vulgar, por el que se les denomina comúnmente. Os habréis figurado lo que os digo, porque Cádiz se presta como ya he dicho anteriormente, al recuerdo, a la nostalgia, a la evocación. En estas páginas habréis observado mucho de ello. Es quizá su principal personalidad literaria; el viejo espíritu evocador que se siente al recorrerlas.

Evocación urbana

ESPÍRITU evocador cuando al encontrarnos ante una de estas fachadas que nos detiene en nuestro paseo y nos hace meditar la evocación que nos sugiere, nos hallamos más compenetrados en su ambiente y nos introducimos más en su carácter.

¡Qué evocación más maravillosa ante la fachada de una de estas iglesias gaditanas de estilo colonial! Con sólo contemplar la arrogancia y altivez de los torreones aztecas del Carmen, apuntalando en el azul el juguete maravilloso de su estilo colonial, comprendemos la gran epopeya de la evangelización española.

POR LAS CALLES Y PLAZAS

Su presencia arquitectónica nos sugiere la visión de otras iglesias del Perú o Chile similares a esta, que también levantan sus esbeltas fachadas, y tienen sus torres más derechas y más valientemente erguidas que ningunas otras, como si hubiesen sido hechas a golpes de espadas toledanas, teñido sus relieves con sangre generosa de empresas duras, y fundidas sus campanas con los escudos, las corazas y los petos de los conquistadores. Miran al mar estos torreones afiligranados como si quisiesen otear más allá de la línea del horizonte azul a sus hermanas, para llevarles el mensaje hispano de nuestra historia o el recuerdo del pasado. Enclavada esta iglesia al pie de la muralla en la que el mar rompe a diario su inquietud, pensamos por un momento en la situación de las otras iglesias del trópico, por cuyas puertas pasan tipos diferentes, pero que hablan, eso sí, la misma lengua, significando una vez más el capricho y la heterogeneidad de nuestra ciudad única en su diversidad y evocadora de tantas ausencias, como si hubiesen tenido empeño en sentar cada pueblo el paso de su cultura y de su presencia, para que esta surgiese con su recuerdo a cada paso, invitando a pensar en ellos.

Yo me siento embriagado en el espíritu de estos barrios al recorrer sus calles en esta hora de la noche, cuando paso por delante de las puertas de estas casas que tienen un pasillo oscuro, estrecho, largo y en cuyo fondo se adivina un amplio patio, un patio de vecinos de enlozado de marmol con un pozo en su centro y en donde se oye lejana las cuerdas

LA CIUDAD DE HERCULES

de la guitarra, esa guitarra que siempre oímos al extremo de una calle, en los fondos de los patios, en las trastiendas de las tascas. Yo me siento embriagado en este encanto ambiental de Cádiz, a través de estas calles, en las que cada día se encuentran cosas nuevas, en la que se oye el chocar de vasos sobre el mostrador de mármol y se ven blusas blancas de mariscadores con sus cestos de gambas, cigalas, langostas frescas, recién cocidas, que piden buen vino para acompañarlas.

En algunas de estas tiendas hay gente aglomerada en la puerta. Sentimos la atracción de acercarnos. Veremos entonces muchachos en el mostrador, unos cantando, otros bailando al son de palmas. También las palmas las oiremos jalear con primor cuando nos crucemos con grupos de chicos, de muchachos, que se expansionan recorriendo lentamente estas calles, estas plazas, tocando las palmas y arrancándose a bailar cuando le dicta su conciencia, mientras los demás le hacen corro.

Muchas otras calles, muchas otras plazas tienen su carácter, su personalidad. Tendríamos en ese caso que extendernos mucho; tendríamos que hablar detenidamente de esas calles lejanas, difuminadas, de Puerta de Tierra, de San Severiano, de la que sólo conservamos una impresión borrosa; tendríamos que recorrer las de San Carlos, —calles, plazuelas y casas del XVIII—, con ese corte clásico de una época perfectamente delimitada, que se acusa cla-

POR LAS CALLES Y PLAZAS

ramente de fines del setecientos, época de litografías, grabados, de edificios grandes, espaciosos, hechos por Carlos III; tendríamos que recrearnos en las calles modernas céntricas; tendríamos en fin que llegarnos al mercado, circular entre sus puestos, pasear por su espalda ya libre de baratillos y tinglados y seguir por Desamparados hasta el Campo del Sur. Todo y mucho más podría describirse con gozosa sensación de intimidad.

Dejemos pues que la imaginación de cada cual vuele por ellas, y capte la impresión como quiera, embriagándose en su ambiente y en su espíritu.



CAMPO DEL SUR

El mar cae rendido en ansias de poder, al
pie de la Catedral.

LA CULTURA Y EL PUEBLO

*Para mi amigo el erudito gaditano
Augusto Conte, que guarda en su magnífica biblioteca los tesoros del saber.*

LA CULTURA Y EL PUEBLO

"Es pues la gente gaditana apacible de ingenio y entendimiento claro. Dispuestos sus naturales a toda arte de letras. Su lenguaje político castellano y muy cortado. Deseosos de noticias inquieran con curiosidad y solicitud lo que pasa en otras partes."

(Fray J. de la Concepción en su obra "Emporio del orbe").



E ha hablado y se ha escrito mucho sobre la cultura del pueblo gaditano. En muchos sitios se conoce esta tradición cultural que se remonta a la noche de los tiempos, desde que Tartessos, primera gran civilización que conociese la península rigiese y propagase la cultura a los demás pueblos del solar ibérico. Orgulloso pues se muestra Cádiz de su formación cultural. Hay períodos en que la historia de Cádiz se encuentra llena de lagunas y sobre la que no se posee dato alguno. La ciudad debería estar entonces deshabitada o convertida en nido de piratas o pescadores. Ni un ápice de cultura poseería en estas circunstancias y nada quedaría de pasados flore-

LA CIUDAD DE HERCULES

cientes. Pero esta ciudad se reconstruye espiritualmente muy pronto, se renueva a menudo fácilmente, y siempre se conserva un fondo, una base, que podemos atribuir a su vida y al contacto continuo con el mundo, con gente de todos los sitios que van y vienen por el camino de la mar, y que hacen renacer en él, savia nueva, modernas influencias. Hay en el fondo de todo gaditano una inquietud, un impulso por conocer las cosas y adentrarse en sus problemas. Quizás sea fruto de la expansión misma que debe sentir un pueblo cercado, limitado por el mar que lo rodea y que necesita de cuando en cuando amplitud de horizontes espirituales. Será debido a ese contacto que le obliga a prestar atención al que pasa y le compra, le habla y le pregunta; al viajero en suma: es posible. Sólo podemos asegurar que se nota, se palpa, la presencia cultural en cualquier lugar de la ciudad en que la busquemos.

Pueblo marinero, al contacto con los que llegan de lejanas tierras y al visitar éstas en los continuos embarques que sus habitantes hacen—las más de las veces por sus profesiones o carreras de vida marítima—, forman a través del tiempo una base de conocimientos, de aprendizaje, que le colocan en un plano superior a los de tierra adentro, los cuales no tienen más horizontes que sus pueblos o campos, siempre con las mismas compañías, las mismas costumbres, las mismas sensaciones.

Puede decirse que este marinero, este embarcado, ha tenido un trato continuo con el mundo. Todo ello contribuye a un despeje de inteligencia, a un

LA CULTURA Y EL PUEBLO

tratar a gente de diferentes rasgos y costumbres, a un enterarse de cosas nuevas, de distintos hábitos. Todo ello influye luego en el círculo familiar, en los amigos, y se va diluyendo poco a poco por el contacto entre todos, contribuyendo a la formación del pueblo, que de tantas cosas como va conociendo y escuchando va formándose. En Cádiz como en todas partes, existe la clase rica, la clase media y la clase pobre, pero en cuanto al nivel cultural puede decirse que existe una clase media en todos los pobres muy numerosa y que desde luego pocas ciudades, muy pocas, podrán ufanarse de poseer un pueblo tan culto, tan formado, tan dispuesto al conocimiento y tan amigo de la cultura.

Don Federico Rubio

DICE don Federico Rubio respecto al nivel cultural de la ciudad: "Los barrios céntricos, los mejores, suman una población mayor que los de Santa María y la Viña. Este hecho por sí solo, demuestra la superior cultura gaditana; porque, no digo en Madrid, en París mismo, en el mismo Londres, si se estudia por barrios su número de habitantes, se verá que los barrios pobres, ocupados por gente poco culta y de imperfecta educación, suman mucho mayor número de personas que los otros. Haciéndose ese cómputo estadístico, se podrá averiguar la cultura relativa de cada población, asegurando desde luego, que Cádiz no resul-

LA CIUDAD DE HERCULES

taría desventajada (en España, no hay que decir) ni aun en parangón con Marsella y París”.

Me hubiera gustado haber conocido a este doctor gaditano, don Federico Rubio, cuando escribía su obra póstuma “La mujer gaditana”. Me hubiera gustado hablar con él, escuchar sus palabras. En ese espléndido libro del que no ha mucho escribió Azorín un ensayo interesante, se habla de muchas cosas además de la mujer. Yo interrogo a don Federico—caballero de barba blanca partida en dos mitades, de ojos pensativos, coagulados en lejanos pensamientos, de cara bondadosa, sublimemente bondadosa, apacible—sobre la cultura gaditana. De esto hace sólo cuarenta años.

—¿Para qué modalidades del arte presenta el pueblo de Cádiz aptitud?—le preguntamos.

—Aptitudes las hay, y muchas; pero no pueden desenvolverse en el sentido de la escultura, ni de la arquitectura, ni de la música, ni de la épica. La escultura carece del desnudo. La arquitectura, de espacio y ocasión. La música, de temas, fuera del silbar del viento, de los rumores y rugidos del mar.

Así, pues, el arte no se manifiesta más que como puede manifestarse. Por la *elocuencia*, en primer término. Por algún que otro registro literario. Llamó la atención sobre este punto. ¿Quiénes han sido los mejores oradores de nuestra época? Seguro que a la evocación de la pregunta surgirán varios nombres: Castelar, Moret, Echegaray, entre los coetáneos; Istúriz, Galiano, en la anterior generación. Pues nótese que Castelar, Moret, Istúriz y Galiano

LA CULTURA Y EL PUEBLO

son de casta gaditana, nacidos en Cádiz o de madres o padres gaditanos. Tal aptitud para la oratoria proviene étnicamente del elemento *helénico*, que domina en Cádiz todavía.

—No deja de ser curioso que de los tres pedagogos de nuestros días, Manjón, Giner de los Ríos y Eduardo Benot, uno sea gaditano; y otro, si no gaditano, de la misma provincia.

—La pedagogía puede considerarse como la última evolución de la cultura. Por eso, los catedráticos de la Escuela de Cádiz, variando, como es natural, sus aptitudes, instrucción y talento, pero nivelados en muy parecidos grados de cultura, son, por lo general, excelentes pedagogos. Enseñan bien; poseen el arte de transmitir cuanto saben.

—La *cultura* constituye, pues, la tinta común; el fondo general de hombres y mujeres gaditanos; hasta el punto de que, sin más que ella y un regular sentido, les baste para alcanzar los más altos lugares.

¡Con qué agrado le damos las gracias a Don Federico!

Tertulias

BUSQUEMOS, pues, la cultura de Cádiz. ¿Dónde podremos encontrarla?

Cádiz no es ciudad de café ni de tertulias. Para más concretar, podemos decir que en Cádiz no hay un café a donde ir. Porque no es ciu-

LA CIUDAD DE HERCULES

dad de campo, porque no es sitio de negocios, ni de tratos, no existen esos cafés grandes, espaciados, rebosantes de gente de la campiña que afluyen a ellos para comprar y vender. No es lugar de ferias ni de mercados, ni de romerías. Su negocio es bien distinto; quehaceres marineros del trajín del muelle, exigen la presencia en el puerto de la gente de mar durante todo el día, conforme entren los barcos, sin horario determinado. Ello motiva el negocio de oficinas, de despachos, de ventanilla, de mucho papeleo, de mucho intercambio. Los cafés del muelle son apeaderos donde se nota un incesante movimiento durante el día. Sólo en la noche, llega a ellos la calma, pero entonces ya no hay nadie, pues todos se han ido a descansar.

En cuanto a las tertulias de ambiente intelectual, tampoco hay ocasión para formarlas. Ciertamente han existido muchas y muy célebres, pero era en casas particulares, donde una señora muy fina, generalmente también muy rica, reunía lo más selecto de la sociedad. Hoy no hay ambiente de tertulia. Precisamente el por qué se debe a la misma cultura. Hablaremos despacio de ello.

En Cádiz, como en toda ciudad que tiene una base cultural bien cimentada, existen numerosos museos y círculos culturales. El Museo Histórico Municipal, el Iconográfico, el Arqueológico, la Biblioteca Provincial el Museo de Bellas Artes...

Existen también la Real Academia Hispano-Americana, la Casa Museo de Rivadavia, el Ateneo Científico Literario y varios casinos. Todos ellos

LA CULTURA Y EL PUEBLO

tienen buenas bibliotecas y excelentes ficheros. Deberían estar llenos de personas leyendo, consultando, investigando. Pero, sin embargo, no es así. Entrad a cualquier hora y podréis contar con los dedos de una mano las que hayan. No es por sus signos exteriores por lo que se puede juzgar el ambiente cultural de este pueblo.

En esos casinos o ateneos no encontraréis tertulias literarias, ni habrá grupos enfrascados en conversaciones de ambiente artístico. Pocos habrán escudriñando en las bibliotecas. Entonces preguntaréis, ¿para qué hay, pues, tantos organismos culturales en Cádiz? Si es inútil que vayamos a estas sociedades en busca de esos grupos de caballeros que dirigen la marcha cultural de una ciudad y que orientan y señalan los caminos de la investigación, ¿dónde, pues, hemos de buscar esa savia, esa raíz que debe encontrarse en alguna parte?

El afán de saber, el afán de poseer cultura se manifiesta en cada uno en el ansia de adquirir para sí todos los medios necesarios para ello, disponiéndose a tener a mano cuanto necesita. Los museos, las bibliotecas, los documentos, las colecciones están en el interior de las casas, en poder de los aficionados y particulares.

El erudito

Yo he ido a muchas de estas casas, en la que mora un señor respetable, ya maduro, que vive de sus rentas o de administraciones cómo-

LA CIUDAD DE HERCULES

das, seguras. Yo he entrado en su entresuelo, o en su despachito, en donde las paredes tienen un magnífico forro: los libros. Libros en los estantes, encima de los estantes alineados sobre armarios, sobre las sillas, en los rincones. Muchos libros. Yo he ido a muchas de estas casas. He visto hombres ricos con espléndidas bibliotecas, ocho, diez, quince mil volúmenes encuadernados, seleccionados, bien conservados. Son estos hombres los que el pueblo llama eruditos. Hombres bien formados culturalmente, a los que consultamos, a los que vamos en busca de un libro, de un dato, de un consejo. Estos señores apartados, individuales, son los que llevan la vida intelectual de la ciudad. Podrán o no formar parte de los Ateneos, de las Academias, de las Comisiones, de los Jurados de concursos. Podrán ser hombres cenobitas, que salen poco, sin vida social, sin contacto, sin afán de publicar o de ir en busca del éxito. Sólo los encontramos de cuando en cuando en las librerías, en los anticuarios, en el rastro, a la caza de algo interesante para sus colecciones. Pues estos señores que parece que viven una vida reposada sin tener mucho que hacer, siempre los vemos ocupados entre montones de libros, de ficheros, de correspondencia. Cuando es necesario organizar algún acto cultural, escribir algún documento importante para la ciudad, hay que acudir a ellos como si allí se encontrara la fuente de donde emana la directriz organizadora y encauzadora. Strabon decía de ellos: "Los gaditanos son los hombres más

LA CULTURA Y EL PUEBLO

eruditos de toda España" (Et hi omnium Hispanorum doctissimi judicatur).

Hay muchos de estos señores en Cádiz. Son los que al morir tendrán su lápida en el cementerio con su nombre y su fecha como todo cristiano, pero además tendrán otra en la casa en que vivieron; ésta será una lápida rectangular, con letras negras o verdes, en las que dirá: "En esta casa nació Don Fulano de Tal, culto erudito e investigador gaditano; la fecha y debajo el Ayuntamiento de tal año".

Cuando paséis por debajo de una de estas lápidas no preguntéis a nadie nada relativo a la vida y hechos del personaje. Nadie os dirá quién fué. Muchas de estas lápidas contemplaréis en vuestro recorrido. ¿Quién fué aquel caballero llamado Don Ramón Ventín? ¿Quién aquel otro Don Adolfo de Castro? ¿Y aquel Don Rafael de la Viesca?

Hay quien fué diputado a Cortes y tendrá su lápida "Tribuno". Hay quien será notable orador y tendrá la suya "Polemista". Y mezcladas a estas lápidas, las otras, las de los muchos hijos de esta tierra célebres, ilustres. En esta plaza, encima del portón reza la siguiente: "En esta casa nació Manuel de Falla". A dos pasos que andemos, bajo un cierro, encontramos otra de José María Pemán. Un poco más, en otra plaza, junto a un balcón, hallamos otra: la de Emilio Castelar. Cuando dentro de 25, 50 ó 100 años se pase por debajo de estas lápidas conocidas de Falla, Pemán, Castelar, Moret y Columela, servirán para recordar gaditanos ilustres que dejaron obras eternas para gloria del arte y

LA CIUDAD DE HERCULES

de la ciudad, pero cuando los nombres no nos sueñen tanto, tendremos que preguntar: ¿quién fué este caballero llamado Don Cayetano del Toro? ¿Qué hizo aquel otro, Don Federico Rubio? ¿Quién aquel sacerdote León y Domínguez? ¿Quiénes fueron estos caballeros respetables, serios, con barba, que tienen tantas lápidas, tantos recuerdos, tantos agradecimientos por parte del Municipio?

Y luego que recorramos estas lápidas, nos pararemos ante la fachada del Oratorio de San Felipe, toda una fachada llena de lápidas de todos tamaños cual cementerio urbano, con los nombres de los diputados de las Cortes. Nombres de diputados hispano-americanos entre orlas, escudos, guirnaldas, con ese color verde con pátina de polvo y nido de golondrinas que ya no se ven en las nuevas aureolas.

El pueblo

PERO junto a estos hombres, ¿qué ansias de cultura tiene el pueblo?

Si entráis en cualquiera de estas casas, de estos pisos modestos, en donde vive un empleado de Banco, un funcionario de Aduanas, de Correos, un dependiente, un agente comercial, os hará pasar a su despacho, un gabinete pequeño donde encontraréis una mesa cuadrada con un hule negro en el centro y encima un cenicero, un pisapapeles y un tintero con roja pluma de ave. Por los lados estanterías llenas de libros, bien colocados, muchos en-

cuadernados con buenas pastas. Sobre el enlozado blanquinegro, una pequeña alfombra se extiende bajo la mesa. En el rincón habrá una repisa o una estantería con macetas y retratos familiares.

Esta buena persona, modesta—yo conozco a muchas de ellas—, recibe revistas de música, arte o literatura, adquiere libros a plazos, presta o recibe de los amigos otros en intercambio. Le gusta leer, en suma. Yo he hablado con uno de estos hombres amables, sinceros y cultos. He gozado hablando con estos individuos afables, acogedores, de buen trato y conversación. Este hombre modesto muestra con orgullo sus libros. ¿Cuántos hay en estos estantes barnizados, limpios, brillantes, sin pátina de polvo? ¿Trescientos, cuatrocientos, seiscientos? Yo he ojeado sus cantos. Están los clásicos. Hay también obras filosóficas, teológicas, científicas. ¿Por qué tiene una costosa edición de lujo del Quijote? Muchos libros, todos, reciben al apuntar el día la caricia de la limpieza, cuando la sirvienta pasa el paño de polvo sobre sus cantos, y sus pastas. Todos están brillantes; los suyos, los que fueron de su padre o de su abuelo.

Estas bibliotecas particulares de los ricos eruditos, y estas otras de la clase media, curiosa y con afán de saber, motivan la ausencia en las corporaciones intelectuales de la masa de lectores. ¿Por qué tenemos que encontrar solitarias las bibliotecas oficiales? ¿Por qué presentan ese aspecto tan triste, tan de abandono en que es difícil encontrar un par de habituales concurrentes?

LA CIUDAD DE HERCULES

Biblioteca Municipal

TENEMOS respecto de estas bibliotecas solitarias el testimonio de un personaje célebre que nos ha visitado no ha mucho y del cual la prensa se ocupó varias veces al comentar su visita a Cádiz. León Trotski estuvo en nuestra ciudad en 1916. Para concretar más: el día 28 de noviembre de 1916 consultaba libros en la Biblioteca Municipal. Yo he tenido entre mis manos su ficha de petición. La cartulina rellena por la letra corriente y ladeada del lector, ha pedido la "Histoire de revolution" de Chapeler, edición 1830, tomo III.

Para ver estas fichas—hoy documentos—hemos ido a la Biblioteca Municipal. Hemos visitado ese caserón que describe Trotski. En 1916 dice era "un viejo edificio de fríos y mohosos escalones, entarimados deslustrados y sin lectores ni sol". Por curiosidad vamos a ver quién estaba aquel día en la sala de lectura leyendo. Consultamos las fichas de peticiones: Don Antonio Bonora, que más tarde sería médico forense, leía "Nobiliario Español" de Piferrer; don Emilio de Medrano, telegrafista, consultaba "Escenas Matritenses" de Mesonero Romanos, y don Rafael Vera, el conserje de la casa, "La Historia de España" de Lafuente. Estos tres lectores, un policía que se sentaba frente a él vigilándole y el bibliotecario don Fausto Martínez del Arco, que de cuando en cuando se levantaba de su despacho y daba unas vueltas por las salas vacías y los

corredores, eran los únicos habitantes de aquel caserón. En este conjunto tenía que desentonar la personalidad de León Trotski. Junto a estas plácidas obras, leídas con la calma de un conserje, con la curiosidad de un telegrafista y con la paciencia genealógica de un árbol de nobleza que estudiase el caballero grave médico forense, tenía que desentonar el revolucionario.

Cinco días estuvo consultando la Historia de la Revolución de Chapeler, tres otras del mismo título de autor desconocido, impresa en París en 1830. Cuatro días una obra de Merhiac, "De la liberté des mer" de 1878. Un día una de Quizot, "Cours d'histoire moderne". Pero lo más interesante fué la ficha que rellenó el siete de diciembre de 1916: "Castilla la Nueva" de la Fuente, tomos I al 12 de 1886. ¿Castilla la Nueva? ¡Rutas del Quijote! ¡La Mancha! ¿Por qué este contraste?

Treinta años después este caserón del siglo XVII está más destartado que antaño. Las paredes tienen largas y enormes hendiduras. El mármol de la escalera está desgastado. Las vigas muestran su podredumbre, las losetas mal encajadas provocan ruido al pisarlas, como el chasquido del cristal al romperse. Las grietas del suelo se pierden bajo los muros. Un paraguero de hierro, se aburre en un rincón. Hemos atravesado por un pasillo con estantes repletos de libros que se ven polvorientos tras las rejillas de gallinero que los guarda. Libros viejos de pergamino, de colores amarillentos, requemados por el sol de anteriores bibliotecas, apolillados mu-

LA CIUDAD DE HERCULES

chos de ellos, libros provenientes de antiguos conventos cuando la ley de la amortización. Libros grandes que no pueden abrirse, abarquilladas las páginas que se caen al pasarlas, destruidas por la polilla muchas de ellas. Libros grandes que habrán estado abiertos en atriles de iglesias, de conventos y contemplados desde la sillería de los coros cuando la comunidad estuviera reunida. Estos libros nos evocan tantas cosas...

Libros donados

¿DÓNDE han estado estos otros libros? Sus títulos son raros, escritos en griego, en latín, en lengua muerta y no nos orientan nada. ¿Serían de alguna antigua rara biblioteca, perdida, o de alguna persona de la que nadie recuerda su nombre y profesión? ¿O fueron de ese caballero de bien cortada patilla, que nos mira desde ese cuadro con la banda de María Cristina al pecho y cara de militar bondadoso? Yo siento verdadera veneración por estos libros viejos de pergamino, olvidados en los empolvados estantes de las bibliotecas solitarias, que fueron de propietarios desconocidos, y que tienen títulos absurdos que no entendemos. Preguntaremos, pues, a ese caballero cuyo retrato cuelga en la sala y que se llama don José Manuel Badillo, que es intendente y tiene un vistoso uniforme azul con calzón blanco y apoya su brazo sobre la mesa, en la que reposan dos libros. Le pre-

LA CULTURA Y EL PUEBLO

guntaremos pues por qué se desprendió de 8.528 volúmenes de su biblioteca y los donó a esta otra, en donde duermen tranquilos años y años. ¿Por qué estudiaba Vd., don José, estos volúmenes tan raros?

Hemos ojeado algunos de estos libros que donara don José. Espléndidos libros de pergamino, algunos muy valiosos, se alinean rígidos, comprimidos en estas despensas grandes, antiguas, defendidos por una tela metálica. Todos llevan la etiqueta en que se detalla el rasgo generoso de la donación. Veamos los títulos: "Lex Mercatoria", Londres 1813. Hasta aquí su profesión de intendencia puede estar justificada. Pero luego leo: "De Tribus Generibus Instrumentum musical veterin organical", Roma 1742; "Pausaniae Graciae descriptio accurata", Lipsiae 1696, con un caballo alado en la portada, obra escrita en griego; "Dioscoredes" y otros títulos de obras escritos en latín, como las del judío Flavia Josephi, allá por 1726.

A este caballero le acompañan otros donadores de bibliotecas: Don Miguel Mancheño Olivares, caballero militar y académico, de bigote blanco, cejas y barbilla también muy blancas como si tuvieran un retoque de cal. En otras paredes, don Diego Liñán, presbítero, un deán de la Catedral en 1912, y otros cuadros que no llevan rótulos y de los que nadie sabe darnos razón. ¿Quién será ese sacerdote de mirada pensativa que se encuentra sentado y os mira con melancolía? ¿Y ese otro caballero de fruncido ceño que empuña un libro con un poco de egoísmo? Cuando me encuentro ante estos cuadros de señores gra-

LA CIUDAD DE HERCULES

ves, de los que nadie recuerda sus nombres, siento una pena y un desconsuelo muy grande. Ellos se encuentran allí, olvidados, abandonados de los hombres. ¿Qué hacen, pues, aquí colgados estos varones de quien nadie sabe nada? ¡Cultos eruditos, hombres de buen saber, investigadores, filósofos! ¿Cuál será vuestro pensamiento? ¿Qué habréis podido contemplar vosotros, ilustres académicos? ¿Habrán pasado muchos lectores—cientos, miles—bajo estos lienzos, y no se habrán preguntado lo mismo?

Trostky y el Conserje

CUANDO hemos llegado al salón de lectura, con un espléndido artesonado que contrasta con el desastroso suelo de ladrillos rotos, hemos sufrido una decepción. Sabíamos que a causa de ese fomento de bibliotecas particulares íbamos a encontrar pocos lectores. Pero no es que eran pocos: es que no había ninguno. Y hemos preguntado, ¿dónde está esa masa de lectores, dónde está esa cultura tan pregonada? ¿Nos han mentido las estadísticas del Instituto del Libro Español que definen a Cádiz como la ciudad que más lee en España? ¿Haremos caso del coeficiente de lectura que nos mostraron? Varias mesas largas muestran su soledad. Soledad en las mesas de lectura, en los ficheros. ¿En dónde estarán esos lectores? ¿Podemos encontrarlos, hablarles y preguntarles por qué leen tanto?

Nos hemos llegado al conserje. Trostky decía: "El único bibliotecario y el único guardián no cuentan entre los dos menos de ciento cincuenta años". Ya murieron aquellos viejecitos. Ahora hay otro con un guardapolvo amarillo y con una cara bondadosa, seria. ¿Cuántos años tendrá éste? ¿Cincuenta, sesenta, setenta? Nos hace rellenar unas papeletas indicando el libro que queremos y nuestras señas. Como nos atrevimos a preguntarle un detalle en voz alta, ha puesto su dedo índice en los labios y nos ha recordado que no se puede hablar en alto. Ha cogido la papeleta y de puntillas ha ido a buscar el libro. Coge una pequeña escalera y con mucho cuidado la ha colocado delante de un estante. La ha abierto asegurándose que estaba bien asentada. Luego ha subido dos escalones y se ha ido a la tabla C. De allí ha extraído un libro y ha abierto su pasta. Ha ojeado su portada, ha soplado un poco el polvo y ha bajado. Me lo entrega. Por su pensamiento habrá pasado la pregunta de todos los bibliotecarios: ¿Por qué querrá este señor leer este libro tan raro? ¿Qué trabajo, qué proyecto, pretenderá hacer este lector?

Cuando llevábamos unos minutos ojeándolo, sentado en nuestra mesa, hemos oído a nuestra vera el susurro de una voz. Es él. Trae en la mano la papeleta que rellenamos. Y nos dice como en los secretos, que no hemos puesto el segundo apellido. Y con muy pocas ganas rellenamos la omisión. Luego continuaremos leyendo y cuando tengamos que tomar una nota, retiraremos un poco el libro, sacaremos papel y lápiz y con la mano sosteniéndolo abierto empeza-

LA CIUDAD DE HERCULES

remos a escribir. Pero entonces vendrá otra vez. Vendrá otra vez con una regla en la mano y poniéndola sobre las hojas del libro os brindará su idea, útil, para que no se os cierre y podáis cómodamente escribir. ¿Pero por qué hace esto este viejecito? ¿No sabe él que lo que queremos es tranquilidad? Cuando hemos querido agradecerse lo ha esbozado una sonrisa y se ha marchado de puntillas. ¡No escribáis sobre el libro! ¡No paséis con velocidad sus páginas! ¡Rellenad por entero y rubricad la papeleta! Tened en cuenta que siempre que vayáis a esta biblioteca solitaria, os vigilará desde cerca un viejecito, que no hace nada, que se viste con un guardapolvo y que tiene unos ojillos vivos a los que no escapa detalle alguno.

Soledad en la sala, en los pasillos, en los cuartos profundos, semiobscuras, que se adivinan repletos de libros, con fondo de paredes cuyo empapelado cae dejando al descubierto las vigas. Nos entra pena el contemplar estas grandes casonas del XVII que encierran tesoros, que guardan cientos, miles de libros empolvados, que duermen su época, su secreto, entre las viejas alacenas. Sentimos rencor, sentimos pena, mucha pena, el dejarlos tan solos, tan abandonados. Siento profunda tristeza por estas bibliotecas solitarias, por estos bibliotecarios con guardapolvos, que hablan en voz baja y a los que nadie comprende. Me gustaría tener un rinconcito en una de estas bibliotecas grandes, vetustas, frías, húmedas, y repasar en el atril estos libros grandes, catedralicios, que hablan de épocas tan agradables que no conocimos.

Tío Perico

YA que no hemos encontrado a nadie en las bibliotecas serias, viejas, de organismos oficiales, hemos encaminado nuestros pasos a aquellos lugares de esparcimiento social, en que se reúnen los caballeros de la ciudad.

Hemos ido, pues, a una de estas bibliotecas de casinos y círculos, donde hay también libros, muchos libros. Ricas bibliotecas, magníficos autores, lujosas encuadernaciones, se alinean tras los cristales de los estantes barnizados. En estas bibliotecas de estos caminos espléndidos, hay cómodos sillones. Hay también muchas mesas individuales con flamantes tapetes rojos y con una buena luz encima; recado de escribir, fichero, todo muy completo. Pero, ¿a dónde han ido los lectores? ¿No vamos aquí tampoco a encontrar a esos caballeros, a esos muchachos, a esos jóvenes que sienten ansias de lectura?

Nos dirigimos a uno de los directivos de estos casinos que arrastran un siglo o más de existencia y entre cuyos muros se ha desarrollado la mayor parte de la vida de la ciudad. Preguntaremos, pues, a uno de estos caballeros de finos modales y espléndida cultura, si podemos visitar la biblioteca. Dos de estos señores se brindan a acompañarnos. Ellos hablan ahora entre sí. Dice uno: En esta mesa se sentaba Tío Perico a leer "The Times". Yo he mirado la mesa, una cuadrada, no muy grande, pero sí lo justa para que encuadre a la medida las am-

LA CIUDAD DE HERCULES

plias hojas del "Times" abiertas al espíritu y curiosidad de Tío Perico. Pero, ¿quién era Tío Perico? Yo me supongo un caballero de mediana altura, pelo y barba blancos, ojillos muy vivos, manos muy finas con una sortija en el meñique. Yo me supongo este caballero que desde luego se educó en Inglaterra y sabía llevar el negocio exportador de vinos por procedimientos ingleses, vestido de levita ajustada, corbata de lazo y pantalones estrechos que no llegan a caer sobre sus botines. Pero esto no importa, porque yo estoy ahora viendo a Tío Perico sentado tras la mesa inclinado sobre el rotativo inglés. Yo me lo veo ahora leyendo la sección comercial, las fluctuaciones de la bolsa londinense, la lista de los últimos barcos llegados a la gran ciudad. Yo veo con qué suavidad pasa las páginas y lo deja bien doblado sobre la mesa. Veo también cómo recoge sus lentes y los enfunda. Veo, al fin, cómo se levanta, cómo coge su bastón y se marcha. Yo me supongo de esta forma a ese caballero que estos dos directivos recuerdan con familiaridad. Mientras me hacía estas cavilaciones, ellos han estado hablando apoyados sobre la mesa. Uno de ellos dice: —Desde entonces nadie se ha vuelto a sentar en esta mesa. El otro, el más joven, no ha dicho nada, como si estas palabras encerraran una filosofía profunda de las que se sacasen conclusiones definitivas. Pienso si estas palabras responderán a un criterio que no conozco y en el que no he podido penetrar; pienso si después de este caballero que se llamaba Tío Perico, ya no puede sentarse nadie a leer o a escribir en esa

LA CULTURA Y EL PUEBLO

mesa. Me doy cuenta que en la vida de esta ciudad, en el carácter de sus habitantes, en la visión de sus ciudadanos, hay un culto al pasado, a la historia, a la tradición, que dependen de la continuidad de un hecho o del respeto a la memoria de ese hecho. ¿Por qué al siguiente día de la ausencia de Tío Perico no fué a esa mesa otro caballero a leer el "The Times"? ¿Por qué uno de estos socios, cualquiera de los que se sientan en estos salones, no se dirige a ese rincón y se sientan en ese sitio? ¿Por qué queda perenne el recuerdo y se esparce la consigna de que "allí se sentaba", con una casi religiosa prohibición? Misterio. Y, sin embargo, hay muchos de estos casinos, muchas de estas casas, calles o plazas, que guardan un recuerdo, una memoria de algo pasado, nebuloso, sagrado, que no invita a la continuación.

Me da que pensar estos caserones, donde hay un cuarto, un cuadro, una mesa o un armario que nadie toca, que no se limpia, por temor a que desde el otro mundo venga un caballero respetable y os diga: ¡Quieto! ¿Qué hacéis? ¿Quién os ha dado permiso para tocar eso?

Cultura interna

Yo he visto sobre las mesas de estos casinos revistas numerosas que yacen en agradable abandono. Periódicos ingleses grandes, enormes, semanarios franceses, revistas americanas coloris-

LA CIUDAD DE HERCULES

tas, publicaciones técnicas, literarias o artísticas, dentro de cartapacios de cartón con un membrete de plata que reza: "L'Illustration", "La Esphère", "The Economist". Los pocos socios que arrellenados en sus butacas se encuentran en la biblioteca leen estas revistas. Pero, ¿y esos libros, esos espléndidos libros con ricas encuadernaciones—apetecibles encuadernaciones—? Diez, doce, quince, veinte mil volúmenes perfectamente encuadernados duermen en los estantes. Pero cualquiera de estos caballeros que leen las revistas tendrán en su casa muchos de estos libros. Aquel caballero que lee con atención la revista "The Saturday Evening Post", tendrá dos, tres, cinco mil volúmenes, y es médico. Aquel otro, abogado, puede tener otros tantos sobre las materias que le interesan. ¿Les preguntamos?

Tendremos, pues, que ir a buscar esos lectores a sus casas, en las calles, en las plazas o paseos, en el pueblo mismo. En cada habitante, encontraremos pues directamente lo que buscamos. Penetremos en su carácter, preguntémosle a su inteligencia. Allí está la cultura. Él hablará; nosotros escucharemos. Y entonces veremos una amplia formación cultural, veremos qué temas escogen, veremos en fin que todo está presente, a la mano, sin que tengamos que ir investigando por sitios como quien va en busca de la piedra filosofal. Esta naturalidad, esta franqueza, se lleva en la masa, en el pueblo, como una característica, como una propiedad, como algo innato; al ser parte integrante de su formación espiritual, no se le da por tanto la importancia

LA CULTURA Y EL PUEBLO

que a otros actos llamativos y relumbrones que destacan en un momento, que llaman la atención a primera vista.

Es necesario pues dialogar con uno de estos caballeros eruditos, es necesario pues que charlemos con estas personas de la clase media, es necesario que oigamos contar a un hombre de los barrios marineros cualquier cosa. Es necesario en fin, que conozcamos la sustancia espiritual del pueblo de Cádiz, sin duda alguna, en proporción a sus habitantes, el más culto de España y desde luego uno de los más eruditos y mejor formado intelectualmente en el mapa de Occidente.



EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

Tradicional despacho
de caoba gaditano

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA



NTE mis ojos tengo una espléndida vista de la ciudad de Cádiz de 1870, hecha en la litografía Alemana y está tomada desde la bahía, desde la boca del puerto.

La litografía está un poco desteñida y unas manchas amarillas de humedad o grasa van extendiéndose poco a poco. Hemos rescatado a tiempo la vista antes de que terminara de pudrirse en uno de los montones de papelotes que teníamos arrumbado en el archivo. Cuando ha caído en mis manos y la he limpiado un poco, he experimentado una grata sensación ganada a la indiferencia en que años antes pudiera haberme causado. Se vé un amplio panorama de mar y de cielo. La ciudad está al fondo, casi en su totalidad rodeada por la línea de sus murallas. Se ven las torres destacando sobre el conjunto. Se vé la catedral con su cúpula anaranjada. A su lado, se levanta la torre vigía de Tavira con su mástil, de donde cuelga una bola negra anunciando la entrada de algún barco.

LA CIUDAD DE HERCULES

Pero lo que más nos interesa es el primer plano del conjunto, ese trozo de mar en donde se ven barcos—numerosos barcos de todos los portes y calibres—, que dan a la vista la vida y el movimiento. Barcos pequeños como los faluchos, las balandras, las chalupas y los botes, los hay a docenas. De mediano calado, hay un bergantín-goleta, airoso y juguetón que serpentea entre otros barcos para entrar en la dársena. De gran calibre vemos un par de fragatas, una de ellas a todo trapo que dobla la canal levantando un airoso bigote de espuma con su branque haciendo huír a las lanchitas de pasajeros y a las múltiples canoas que se acercan a la otra gran fragata que tiene recogidas las velas y descargando especias, y metiendo en sus bodegas botas de vino, sal, aceite, naranjas y otros productos. Lo que más nos ha llamado la atención son esas lanchitas de pasajeros con uno o dos remeros, que llevan en su popa un techito de lona muy blanca, bajo la cual se adivina una mujer con una sombrilla y la barba bien cortada de un marino de levita, con ojos muy vivos y relucientes. En el muelle centenares de botas de vino embarcan en lanchones para atracar a los barcos grandes, y candrays de los caños vienen llenos de sal y se disponen también al embarque.

Ante esta vista tan singular, ante este conglomerado de barcos y mercancías que entran y salen, hemos sentido necesidad de pensar un poco en el comercio de antaño; hemos querido evocar a través de ese grabado los negocios gaditanos, las indus-

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

trias, los establecimientos, aquello que pudiera tener relación con lo que vemos a través del velo amarillento que cubre la estampa.

Hemos ido a varias casas comerciales gaditanas, hemos preguntado por muchas cosas, pero hay algo en que no habíamos caído, algo que de tanto verlo no se nos había ocurrido, algo de que ya están saturados los gaditanos; eso que todos tienen por herencia, por tradición. Lo hemos visto al recorrer las calles; al entrar en las casas, al penetrar en los despachos. Nos referimos a la caoba, ese oro marrón de que está Cádiz cubierto, saciado, impregnado, desde mucho tiempo acá, desde que la ciudad era emporio. Caoba de Indias que tanto abunda en Cádiz; caoba para consolas y cómodas de casas humildes, para camas de alto penacho y perillas estilo Vitoria; caoba para arcones de marineros y muebles en las tiendas de anticuarios.

Oficinas Comerciales

LA caoba en los despachos gaditanos en esas industrias tan genuínas de Cádiz, que constituyen su esencia y personalidad. Caoba en las mesas de escritorio de bodegas, de casas de banca, de monedas, de efectos navales, de consignatarios de buques, exportadores de vinos y corredores marítimos, en cuyos cajones se guarda con religiosidad los gruesos tomos color violeta del "London Directory" de 1895, "The Bamker's almanaks", y

LA CIUDAD DE HERCULES

el "Lloyd's Register" de 1867. Por las paredes marcos también de caoba que encierran fotografías amarillentas de los fundadores de la casa comercial, con cuello duro recortado, corbata de lazo y chaquet ajustado. Caoba en el zócalo del despacho del gerente con el "private" oblicuo en el cristal verdoso adivinándose en su interior el suelo de madera, la mesa de escritorio, el timbre de campana, el reloj de péndulo y al fondo un estante con libros empolvados; en el rincón la funda de latón para los mapas y en la pared un almanaque de un buque de vapor a vela de "T. Wingate and S". Glasgow, casa constructora de buques mercantes, y un plano de la bahía de Cádiz, en amarillo los faros, en rojo las boyas, en penumbra la tinta negra de las profundidades. Despachos viejos de caoba que guardan soleras con muestras de vinos, cual semillas de experimentación alineadas sobre los altos zócalos color marrón oscuro. Despachos en que aun se habla como negocio habitual del café del Brasil, del tabaco cubano, de la canela y la vainilla, como si estuviesen sus gerentes esperando la llegada de la fragata de velas y ruedas de tambor que nos envían nuestros paisanos afincados en Ultramar. Despachos que hasta hace poco, ayer mismo, cerraban a medianoche los días últimos de mes, cuando las casas de intercambio, los consignatarios, los representantes, los agentes de aduanas, las tiendas de géneros de ultramar, hacían balance de los productos tropicales: de la piña de La Habana, del cacao, del café de Puerto Rico, de las cajas de guayabas, cocos y dá-

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

tiles, de la caña dulce y demás especias coloniales que arribaban a nuestro puerto, precisamente en la tarde del último día. Las casas de cambio de monedas, de banca, también retenían a su personal hasta la madrugada, para enviar pesos a La Habana en pago de las letras coloniales, francos suizos para las telas bordadas, los encajes, y los artículos de fantasía de la república helvética; francos franceses para pagar huevos a Tánger. Había que esperar pues a conocer el cambio oficial enviado desde la capital para proceder a su liquidación, porque Cádiz era entonces sitio de llegada y puerto de partida del comercio con ultramar y con otros países de Europa. Por aquí embarcaba en intercambio sal, vino y licores mar adentro hacia el país del dólar, el peso o la libra; libras relucientes, recién puestas en circulación, con igual destello que el oro que nos enviaban en moneda desde La Habana. Moneda de oro en cajas y dentro de barrilitos de vino de una arroba, que llegaban y había que custodiar en las cajas fuertes esa noche, hasta su envío a la Corte por ferrocarril.

Si queremos en este ambiente nostálgico recordar el Cádiz de hace sesenta años a través de sus negocios con Hispano-América, nada mejor que ir a uno de estos despachos de caoba cuando no haya nadie. Vendremos pues a visitar las oficinas gaditanas en donde se encuentran todavía la mesa grande cuadrada que no se riden ante el bureau de baraja, el estante con las revistas inglesas, el "The Times" bien doblado sobre el hueco de la ventana.

LA CIUDAD DE HERCULES

Abriremos el último cajón de la estantería de la izquierda, el de abajo, donde junto al plumerito verde para el polvo se encuentra el viejo catalejo en su funda roja. Luego cerrándolo cuidadosamente iremos al rincón y tomaremos en nuestras manos la larga funda de latón de las cartas marinas de la bahía, pretendiendo encontrarle su finalidad en nuestros días. Curioseemos el barómetro del alcohol, alto, delgado, parado generalmente en "Muy húmedo", acomodado en un rincón junto al estante de libros en los que destaca un grueso volumen marrón "Diccionario Spanich-english", unos tarros con semillas amarillentas con un papel cuadriculado dentro, donde algo se lee en letras borrosas por el tiempo. No sabemos por qué se han de encontrar estos tarritos con semillas en estos despachos de sabor marinero, comercial, tan lejos del campo a donde no dirigen sus miradas. Sólo pensamos que están allí encerradas en su mutismo, quizás porque en otras épocas ya lejanas fueron traídas o fueron llevadas en barcos o bergantines de una a otra parte del Océano para su aclimatación.

No sé también por qué tengo entonces que alzar mi vista al encuentro del cuadro de uno de los fundadores de la casa, cuadro grande con excelente marco de caoba, fotografía amplia, tradición de la casa, un poco perdida por la acción del tiempo, un poco apolillada por sus picos, pero que no quita un ápice a la pensativa mirada, al noble y acusado gesto, a la personalidad definida del comerciante, ya con pelo blanco, más bien calvo. Por su fija mira-

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

da, por su tipo seco, debió ser alto, espigado: un gentleman. Fotografía de tiempos de los grandes inventos del XIX, del fonógrafo, del gas, de la fotografía, de las grandes exposiciones, de tiempos del viaje de novios de nuestros abuelos. Este color difuminado, borroso, que hemos visto en este despacho y que nos trae el recuerdo de esas épocas de la litografía, lo hemos visto también en muchos otros sitios; en las casas humildes, en los pisos modestos, en algunas sociedades recreativas, en algunos puestos o baratillos, pero en ninguna parte tiene ese sabor de encanto, ese encuadre tan propio, tan apropiado, como en esas paredes de los despachos, seis dedos por encima del alto zócalo, junto a esos mapas verdosos impresos en Amsterdam con las rutas rojas de las carreras marítimas, junto a esas fotografías en colores de barcos mercantes que salen de un puerto escoltados por innumerables gaviotas y remolcadores; barcos de cuatro chimeneas negras, altas, una de las cuales traza su estela de humo negro y discreto.

Examinemos luego el barco mercante que traía las duelas para las bodegas del Puerto y Jerez y que ahora encima del estante lleva 50 años durmiendo dentro de su urna de cristal, el sueño de sus ya lejanos viajes. Pero estos barcos aprisionados se encuentran con más frecuencia en los despachos de los consignatarios con su sabor marinero situados en el puerto o en sus proximidades, recibiendo del mar su caricia, pareciendo que circula bajo las ventanas lamiendo con su lengua blanca de espuma la

LA CIUDAD DE HERCULES

fachada. Yo recuerdo siempre aquel despachito de una casa consignataria de buques y agentes de aduana, muy evocadora de aquella presencia que se conserva en estos museos; en estos pequeños museos marinos—salas expositivas de una tradición, hoy ya en las últimas—, esperando recibir el golpe definitivo del progreso y del olvido. Me gustaba entrar en aquella casa, empujar la puerta de cristal grande ribeteado, y saturarme de su madera, de su sabor a caoba, papel y humedad. Me gustaba sentarme en esos sillones de cuero repujado oscuro, viejos, que tienen un sello inconfundible de ancianidad respetada, testigo mudo de transacciones y ventas y de un desfile incesante de actividad comercial. Pero lo que más me gustaba era su ventana media abierta con vista al mar, junto a la mesa y teniendo delante su catalejo sobre un trípode, apuntando su largo tubo a la entrada de la canal, por donde tenían que entrar todos los barcos. Aquel trípode llevaba allí plantado noventa años; noventa años de contemplación mirando a América. Para mirar hay que agacharse un poco; es una postura un poco incómoda, pero no importa. En la vida de la ciudad es corriente ver cosas como esta. Es el respeto y el culto al pasado, a la tradición, y aunque luego vengan otros adelantos, en muchos lugares se conserva como oro en paño el tesoro de la herencia. Habrá mejores aparatos ópticos, será incluso más cómodo mirar con unos prismáticos más rápidos y de mejor colocación, pero entonces se perdería la gracia y personalidad del catalejo, colo-

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

cado sobre el trípode que un día, hace noventa años, orientase el fundador de la casa.

El idioma tradicional

PRECISAMENTE por ese respeto debido a la continuidad, por esa transmisión de nuestros mejores recuerdos, es por lo que esta ciudad, en medio de la vida dinámica y loca de un mundo de progresos acomodaticios, conserva su don agradable peculiar que la hace tan cierta, tan independiente, del resto de las ciudades andaluzas. Estas oficinas de rica caoba—forrados sus muebles, como dicen con orgullo sus dueños, de billetes de banco—, están hechos al estilo británico de hace 100 años. Yo creo que la tradicional costumbre de enviar a los jóvenes gaditanos a Londres a estudiar comercio, tenía más finalidad que la de saber “llevar el escritorio” y continuar la tradición de seguir las huellas de los fundadores. Estos muchachos volvían de Inglaterra sabiendo hablar correctamente el inglés, traían métodos, costumbres, tradiciones que harían encajar o continuar a través del tiempo en las fluctuaciones del negocio. Esta lengua inglesa sería la que se hablase con frecuencia en la casa, porque es quizá nuestra provincia el lugar donde se hable más inglés en la península. En las casas de Cádiz, Jerez, Puerto de Santa María y Algeciras, se habla aquel idioma con verdadera profusión y se transmite de padres a hijos como se heredan las cualidades.

LA CIUDAD DE HERCULES

Por eso cuando entramos en estos sitios tan fuera del programa del baedeker del viajero, comprendemos mucho de esa personalidad característica de la ciudad, desapercibida para los que sólo contaban con la presencia exterior, magnífica, de la naturaleza que rodea a Cádiz. ¡Qué lejos están estas muestras pequeñas, modestas, que quedan por descubrir, del sol, la luz y la literatura de color! Y sin embargo, mucho podemos estudiar de la esencia comercial gaditana con sólo contemplar desde uno de estos sillones de cuero rojo, estos deliciosos despachos de caoba, hermanos de los que en Londres, en un paseo por cualquiera de las calles comerciales, podréis encontrar.

Así son las oficinas de Cádiz, las casas comerciales de nuestros abuelos, que hemos evocado de paso al tratar de la caoba, relicario de madera que guarda y conserva como archivo nostálgico el recuerdo de tiempos de emporio.

Hasta los cascos de galeones se revestían de aquella madera que vino de Indias durante tres siglos y quedó guardada entre el fango de los caños de La Carraca. Es la caoba que viste las camaretas de los buques que se botan en los astilleros gaditanos, los armeros, los modelos en miniatura del Museo Naval. Menos fuerte que el guayabatán para los codastes, las ruedas de timón y la caja de cadena de los veleros, la caoba se emplea como solidez y basamento. De una viga enorme sacada de estos caños se construyó el magnífico "paso" y canastilla de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Buena

EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA

Muerte, que pasea por Cádiz en la madrugada del Viernes Santo, su trágico dolor, y en los caños de La Carraca, envueltas en relicario de barro, muchas vigas de caoba aguardan revestir los barcos de nuestra Armada como antaño forraban las costillas de los galeones.

Hemos vuelto a coger la litografía cuidadosamente. Mañana pienso, quizá le ponga un cristal y un marco. Ahora la vamos poco a poco retirando de nuestra vista. La poca luz que va quedando sobre la mesa de trabajo la envuelve y nos la presenta cada vez más nebulosa, más en sombra. Cuando las dos manos ya extendidas dan en la pared, ya no la vemos. Entonces la colgamos y estando satisfechos nos vamos al balcón.

Y pensamos; pensamos en ver surcar por la bahía muchos barcos con velas desplegadas. Pensamos en tener un despacho de caoba. Pensamos también en que quizá en el mismo desván en que hemos hallado esta litografía, encontremos a su lado algún retrato de un antepasado nuestro, alguna fotografía amarillenta, casi perdida, de algún abuelo, encerrada naturalmente en un marco de caoba, en un espléndido marco de añoranza.



TIENDA DE ANTICUARIOS

Tiendecitas oscuras casi en la misma c...
donde en confusión y penumbra se adivi...
los objetos más variados de influencia m...
nera y colonial.

ANTICUARIOS GADITANOS

*Para Alvaro Picardo, celoso aficiona-
do a las antigüedades.*

ANTICUARIOS GADITANOS



NTICUARIOS gaditanos. Tiendecitas obscuras casi en la misma calle, donde en confusión y penumbra se adivinan muebles antiguos de caoba, reproducciones de barcos en miniaturas y crucifijos de marfil. La plata, el carey y la caoba en profusión. Por las paredes, cuadritos con ilustraciones de buques de guerra del bombardeo de El Callao, la colección de grabados de marinos ilustres, de la llegada de Isabel II a Cádiz...

La historia de la marina de ochenta años acá, en estas tiendecitas de penumbras, donde sólo entra el progreso eléctrico por veinticinco bujías melancólicas.

¡Comprad ese fanal de cristal con un coral rosa precioso! Sus brazos cortados como árboles sin ramas, apuntan sus muñones a todas las estrellas de los mares del Sur. ¡Comprad esa última botella con un barquito dentro y un pueblecito al fondo! No está hecho en los muelles de Barcelona, ni en Pal-

LA CIUDAD DE HERCULES

ma de Mallorca. Es de los auténticos, de los que hacían los prisioneros franceses en su nostálgica prisión de Southampton. Ese pueblecito, esas cuatro casitas y esa torre delgada de la iglesia que predomina en el conjunto, ¡ay!, es un pueblo cualquiera del mediodía francés.

Vistas de Cádiz de la edición Gautier en colores; colecciones de puertos del mundo; el castillo del Morro en la Cuba del desastre; vistas de La Valetta con miradores como los nuestros. Y allá al fondo, en la trastienda, después de pasar por un pequeño corredor negro y húmedo, hay un retrato de un marino sin nombre, que mandaba no se sabe cuál fragata, de cualquier año de mil ochocientos, pero con un gesto señorial magnífico, en uniforme de gala y con un marco de caoba más magnífico aún.

Mis amigos los anticuarios. Me gusta conversar con ellos. Yo creía que todos los anticuarios del mundo eran iguales y vendían lo mismo. Estos de Cádiz están de acuerdo con que lo que les interesa vender son estas cosas que están en el primer cuarto, en la entrada, en esa mesa en la que en desorden y polvo se ven relojes de sol, brújulas, catalejos, el diario de navegación de un abuelo marino, pisapapeles de cristal, y dos velones con pantallas de cartón coloreados, con dibujos de puestas de sol, que al encender las velas hacen un rojo verde precioso. Pero estas cosas sin importancia convendría verlas, no sólo por los matrimonios forasteros que vienen acaparándolo todo, porque otra vez vuelven a estar las

ANTICUARIOS GADITANOS

cosas antiguas de moda, sino por nosotros, aunque tengamos que esperar que Don Juan, viejo libralote de barba blanca que se pasa todo el día recorriendo las tiendas de curiosidades, nos permita pasar y mirar a nuestras anchas.

Las cosas y sus historias

¿COSAS antiguas? Simpáticos anticuarios de Cádiz. Los que vivís en esas calles tan gaditanas, Veá-Murguía, Enrique de las Marinas, rodeando mi casa. Yo sé lo que hay allí al fondo de vuestra tienda, en la semiobscuridad. ¿Son en verdad aquellas marinas auténticas de Ruiz Luna? Aquella Virgen es de barro colonial; pero aquellos abanicos, ¿son isabelinos?

Vuestras tiendas están como hace un año, diez, cien, doscientos años. Nada en ellas varía. Es la lucha constante para no acomodarse a lo que hoy se llama una tienda de anticuario. Y en la calle, sin rótulos ni llamadas comerciales, la puertecilla de madera con la modestia de lo callado, como los artistas pobres y románticos, con la similitud exterior de un gheto alemán, con el silencio y la pobreza antigua—la decente pobreza comercial—de los anticuarios gaditanos.

Con la historia que cuentan cada día podrían llenarse muy bonitos libros. Muchas son verdades, otras tal vez no lo sean, pero merecen serlo. ¿Véis aquel loro disecado, viejo, empolvado, que vejeta en

LA CIUDAD DE HERCULES

el rincón? Cualquiera de vosotros podría atreverse a decir que murió de tristeza, de aburrimiento. Pero él no lo cree así. Le atribuye una popularidad encantadora. Era propiedad de un cura mejicano y lo trajo a España allá por el setenta. Luego volvió a América, hasta que regresó de nuevo. Casi seguro que lo ha adquirido a algunas de estas señoras tristes, vestidas de negro, que guardan luto al marido que murió en Cuba o en Filipinas; una de estas señoras menudas que viven muy modestamente, una de estas señoras a las que si visitamos nos entrará mucha pena al ver sobre la alta cómoda la fotografía de la "Nautilus", sobre cuya toldilla con la gola puesta, el brillante oficial de Marina montaba guardia aquel día. Sobre las vitrinas del rincón también encontraremos los abanicos japoneses, que él trajo al terminar su vuelta al mundo. Por último, tendrán guardado en esa misma cómoda un valioso mantón de Manila, en el último cajón, bien doblado, sin polvo, pero que al cogerlo desprende de su seda multitud de nostalgias.

La compra

LA compra es siempre igual, regateando. La venta suele ser de cosas interesantes, más o menos buenas, pero que exigen una explicación. Así por ejemplo, al comprar una marina, un florero, unas joyas, un rosario de marfil, o una mesa de ébano, se habla de quien se la vendió, por qué causa, y luego se habla del precio como cosa última.

de menos importancia. Y es que estos anticuarios entienden de todo, y en su mirar por encima de las gafas de concha, calan si se trata de un matrimonio catalán que busca antigüedades, un viejo caprichoso que mira y no compra o un gaditano amante de las cosas antiguas de la ciudad.

Luego hay el corredor de anticuarios que va a diario a ver la gente bien, indicando que en casa de Sebastián hay un abanico antiguo con varillas de carey muy apropiado para el santo de tal señora, o una vajilla de plata preciosa, que sería un detalle para la casa de los futuros esposos de tal y cual. Luego me los encuentro por la calle, y me paran sabiendo mis aficiones.

—Don Alfonso, sé de un catalejo muy bueno y que puede venirle a Vd. muy bien para su torre. Está hecho en Londres en 1867. ¿Sabe Vd. cuánto piden por él? Era de la viuda de un marino que murió en Cuba y lo tienen ahora sus hijos...

Todos estos marinos que murieron en Cuba, marcharon a América o estaban viviendo en Puerto Real o Chiclana y fueron trasladados a otros sitios, levantaron sus casas, y son los que abastecían estas tiendas que les compraban aquellos muebles, aquellos cuadros, que no podían llevar consigo.

Recuerdos de otros mares

¡CUÁNTOS recuerdos de Filipinas pueden encontrarse sobre esta primera mesa, la de la entrada! Seguramente que aquella concha grande,

LA CIUDAD DE HERCULES

hermosa, la trajo de allá lejos y sirvió para pila de agua bendita de alguna de sus hijas, como las que traía Méndez Núñez para las iglesias de Pontevedra. Y aquel sable, aquellas medallas, aquella reproducción de la fragata "Asturias", aquel cuadro de un atardecer en el puerto de Málaga, debieron de pertenecer a un marino ante de ir rodando hasta llegar a este sitio, donde quizá pueda encontrarse con sólo mirar esa mesa, como en archivo nacional, testigos mudos de la historia de la marina española.

Muchas tardes voy a dar una vuelta por las tiendas de anticuarios. Son tardes húmedas de invierno, cuando la luz va cayendo y hay que sacar a la puerta el grabado de marina para verlo bien sobre un fondo azul, de humo de castañas, en la esquina. Me gusta ir a esa hora—hora marinera—, porque después de salir de estas tiendas, siempre es interesante ir a pasear al borde del mar, cuando vuelven las gaviotas a sus nidos en los pinares y pasan con los gurripatos aleteando ansias de descanso por encima de las torres de la ciudad. ¡Qué dulzura se siente al salir de estas tiendas después de escuchar con deleite las historias de los anticuarios! En la tienda todo es propenso al recuerdo, a la vuelta a épocas olvidadas, a la aflicción y congoja que sentimos al ver algo abandonado a la pública venta y que constituyen sagrados relicarios de familia, muchos de ellos de gente conocida.

ANTICUARIOS GADITANOS

Encanto y misterio

EL misterio de encanto de estas tiendas, de estos géneros, escriba en la invitación que se os ofrece, porque en el interior de ellas no es posible el lento recreo, la muda contemplación. Es preciso moverse, tocar los objetos, preguntarlo todo, romper la curiosidad, la duda que os embarga. Luego vendrá la historia preparada de antemano por el anticuario, con su mirada desvaída, huidiza, por encima de los lentes, como de quien cuenta algo que le avergüenza comercialmente. Y esto lo veréis vosotros mismos, aunque quedaréis encantado de ello —yo os lo prometo—, porque es tan delicioso, es tan simpático el relato y la procedencia de todo lo que preguntéis, que es seguro compraréis lo que os guste. Y esto lo veréis a menudo, porque muchos géneros tienen carácter marinero, colonial, gaditano, de otras épocas, y la buena venta se saca atribuyéndole historia, leyenda o suposiciones a todo aquello en que mostréis interés. Yo os garantizo, pues, una buena compra en las tiendas de los anticuarios gaditanos.

El cierre

PASARÁN meses y meses, años y años; surgirán nuevas costumbres y nuevos comercios. Pero siempre al borde de ellas, como hace un siglo,

LA CIUDAD DE HERCULES

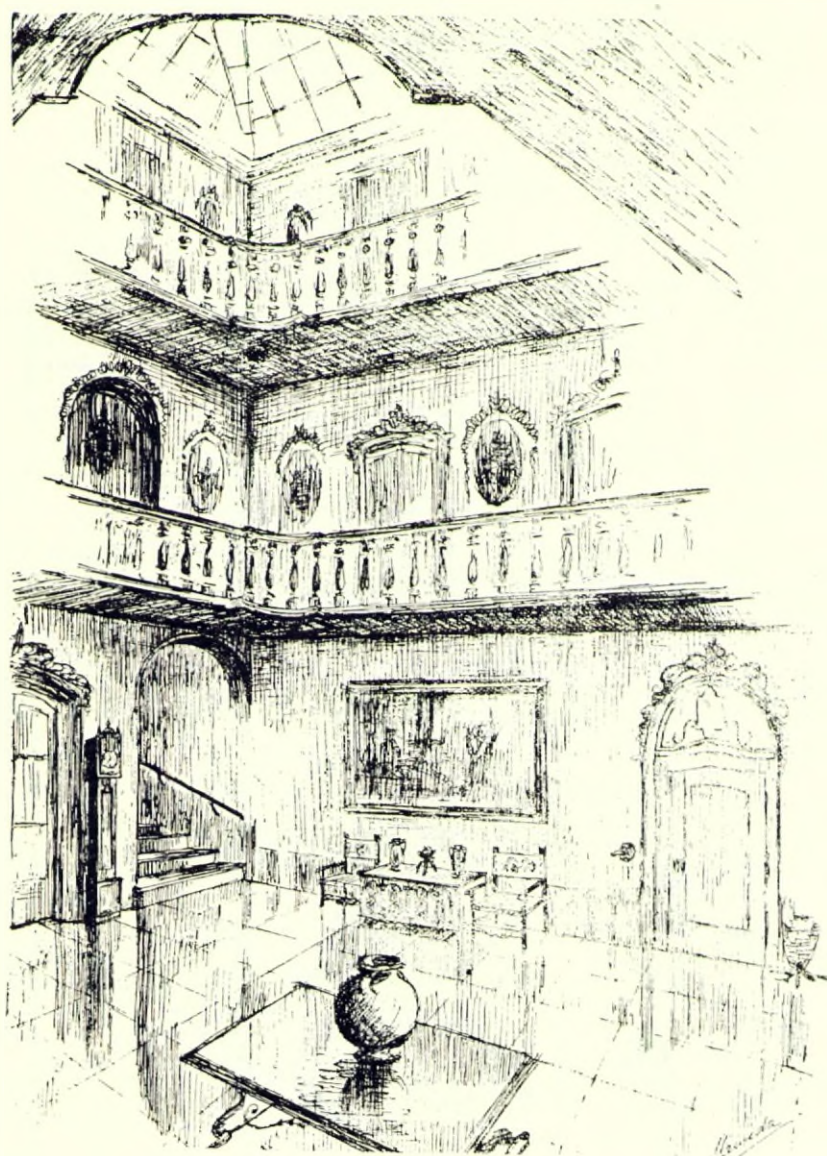
como ayer, como siempre, habrá una tiendecita de penumbra donde esté sentado un anticuario viejo desafiando el tiempo. Tendrá unos ojillos vivos y os contará unas historias deliciosas. No podrán arrebatarle su maravillosa paciencia.

Yo no sé cómo serán las tiendas de los ricos anticuarios de las grandes ciudades. Yo no sé cómo venderán, ni los precios más o menos fabulosos que pedirán por los cuadros, los muebles, las cosas finas y delicadas.

Pero estoy seguro que no tendrá su venta el encanto de estas tiendas, pequeñas, húmedas, con un sabor delicioso y donde se escuchan historias curiosas, anécdotas simpáticas y por donde vemos desfilar tanta gente de fuera que vienen de muchos sitios para comprar y quedan prendadas de su encanto.

Ya es casi de noche. Este hombre guardará los lentes y dejará en cualquier sitio el libro de las láminas que ojeaba; uno de esos libros grandes, que ya hemos visto en estas tiendas, de cubiertas oscuras, de cantos dorados, de hojas amarillentas con manchas de humedad y en donde aparecen grandes y preciosas láminas de cuadros, de retratos, de paisajes. Lo dejará, pues, encima de cualquier mesa cubierta de polvo y de cacharros y se marchará a descansar, porque ya es la hora marinera en que el azul deja paso al negro de la noche. Es la hora en que cierran sus puertas los anticuarios de Cádiz.

LA CASA Y LA FAMILIA



A mis padres

**Patio Isabelino de
una casa gaditana**

LA CASA Y LA FAMILIA



UANDO paséis por delante de una de esas grandes casapuestas—portal en otros sitios—con portón de caoba y piso de mármol, entrad y llamad al timbre. A! abrir os dará en el rostro una oleada de claridad marmórea, como si entráseis en las entrañas de una montaña de sal. Un amigo de muy lejos me escribía: Cada vez que entro en una de estas casas tan claras, me parece recibir una lechada de cal en pleno rostro.

Yo he ido a una de esas casas amplias y claras. Aún quedan muchas en Cádiz.

La blanca luminosidad estallante de los patios —jaulas de cristal—, generalmente encerrada dentro de una arquitectura isabelina, descendía de un límpido cielo que para esparcirse en el hogar, tenía que atravesar los cristales de la montera, como filtro puesto expresamente para atrapar impurezas.

Es exigente la luz gaditana por ser clara, diáfana; pero al llegar al suelo aún es más exigente el ciudadano que la necesita. La montera de cristales

LA CIUDAD DE HERCULES

la deja pasar traslúcida, recogiendo su calor en invierno para repartirlo por patios y corredores y para no dejar entrar la lluvia que resbala por el cristal y la azotea camino de la aljibe.

En el patio suele haber en su centro una palmera, una estatua, nada; las losetas genovesas—grandes piezas de mármol—es un magnífico decorado también.

¿Recordáis las popas de los galeones? Aquellos dos y tres pisos de barandales que se vuelcan sobre el timón, vienen a nuestro recuerdo ante la presencia de los corredores de estas casas, con sus columnitas blancas simétricamente alineadas. Listas para zarpar estas popas de veleros que dejan su estela invisible allá muy arriba en la torre con su asta para la bandera, su vigía en el mirador con su portillo para el antejo en los tiempos lluviosos, como si oteásemos el horizonte desde el cuarto de derrota; la veleta con su gallo negro o la fragata de casco rojo girando más loca que en medio de la tempestad; su antena para la radio en guardia, para recoger llamadas de socorro de navegantes, y su escalera de madera con ventanas, siempre mal encajadas por donde entran rachas de aire salado que pide traje de aguas.

Costumbres

Si ya habéis entrado en la casa, si ya conocéis muchos de sus secretos, os conviene conocer la familia gaditana. Yo no sé si os la voy a descri-

LA CASA Y LA FAMILIA

bir con exactitud, pero ya juzgarás mañana cuando acudas a otras para convencerte. Desde luego te recomiendo no entres en verano, pues las playas o las fincas de Puerto Real o Chiclana, reclaman a la familia gaditana.

La familia en invierno recogida en el gabinete—cuarto de estar en otros sitios—se sienta alrededor de esas mesas braceros, grandes, con un grueso paño rojo y otro blanco encima con encajes en los bordes y en el centro, hechos por la dueña de la casa como planta para que encuadre la redondez de esos reverberos de caoba o cristal—cuello de cisne y amplia pantalla de un color amarillo—que acoge bajo su protección al grupo familiar, mientras reparte un tono isabelino de limón en el cuarto.

Si váis a una de estas casas una noche de invierno, no muy tarde, por ejemplo, a las ocho, os pasarán antes a ese salón grande, empapelado de rojo, recortándose en las paredes las molduras doradas, iluminando las arañas los cuadros y las marinas.

Os sentaréis sobre uno de esos muebles cubiertos con fundas, pero que si tenéis la curiosidad de levantarla veréis el forro limón, la pata elegante de caoba, que invita a la caricia de la mano sobre su curva, con parecida sensación de cuando rozáis el brazo caliente de una mujer con vuestros dedos.

La familia gaditana se componía hasta hace poco generalmente, de un padre que se pasaba el día en la oficina y en el casino, que recorría anticuarios y baratillos los domingos, que coleccionaba porcela-

LA CIUDAD DE HERCULES

na y gustaba de la música y del arte, que se educó en Londres y leía las amplias hojas de la prensa inglesa. Las madres continúan la tradicional educación gaditana del ochocientos y enseñan a sus hijos hablar inglés y estudiar perito mercial, aunque luego elijan distintos caminos. Las señoras de Cádiz llevan aún la presencia física y los modales de una reina. Recordad si nó la conocida y deliciosa anécdota de Isabel II, cuando vino a nuestra ciudad, allá en el XIX: "En Cádiz las señoras parecen reinas y las criadas, señoras".

La copa

LA educación es esmeradísima; todas dominan un par de idiomas, casi siempre inglés y francés que transmiten a sus hijos, junto con una especialísima devoción al Rosario y al brasero, que no sé por qué aquí en Cádiz tiene que llamarse copa. Copas grandes en las casas sentados en tertulia a su alrededor; copas pequeñas en las camillas—porque así se llaman aquí a esas mesas redondas con un orificio para el brasero—de los párrocos, en las sacristías. Copas desnudas, sin mesas, en los puestos de las pequeñas tiendas despachadas por mujeres, en los estancos, en los puestos del muelle, en los conventos de monjas. Copa, en fin, en todas las casas en el invierno. Cuando llega una visita a una tertulia se le brinda un sitio en la copa. Al que llega de la calle, con frío o mojado, le representa un re-

LA CASA Y LA FAMILIA

medio, una satisfacción, dejar caer el paño sobre sus rodillas e introducir los pies bien dentro de la camilla.

Junto a esas copas acogedoras, la señora de la casa hace "crochet" o encajes. Aun conserva la afición a los encajes que les legase Doña Margarita de Morla y se cubren los hombros con la toquilla de lana que sacan del armario el primero de noviembre y tenían guardaba junto a la alhucema—traída de los pinares de Villanueva—, que desparramada sobre el brasero, llena con su olor característico los recién alfombrados salones y que esparce por toda la casa en grisoso color flotante, un aromático y hogareño sabor. Alhucema que sube al techo, que traza volutas y sumerge los cuadros, que embriaga las estatuitas y los candelabros, los farolillos del piano, que escala adormeciéndolos los relojes ingleses de péndulos altos y delgados como los turistas, y que en los rincones de todos los salones gaditanos podéis encontrar profusamente.

Fondo cultural

EL hijo mayor de la familia, por lo general, es marino. Hereda la tradición gaditana de que el primogénito siga la carrera de las armas. Los otros seguirán derroteros diferentes. Uno el escritorio, otro la medicina, otro la abogacía; pero, eso sí, todos habrán aprendido inglés, muchas veces porque fueron a Londres a educarse, y desde luego, poseerán el título de perito mercantil.

LA CIUDAD DE HERCULES

La carrera de comercio había sido siempre la distracción de nuestros abuelos. Hoy como tradición forzosa, sus nietos que podrán estudiar una carrera u otra, habrán cursado las asignaturas de comercio y conocerán cómo se exportan los vinos, cuál es el cambio de la libra y leerán a diario "The Times" como índice y alfabeto del saber.

Lo que poseen la mayoría de estos jóvenes, es un índice de cultura, una base de conocimientos bastante bien sedimentada y eficiente. Se les nota en seguida al hablar con ellos, en los temas que escogen para llevar la conversación por derroteros bien encauzados, huyendo de la idea peregrina, pasajera, de conversación sin substancia, para adentrarse en el fondo del asunto, investigando y denotando una base intelectual, fruto de mucha lectura, amor al arte y conocimiento de la historia. No se dan pues por aquí afortunadamente determinados tipos de los señoritos andaluces fanfarrones, amigos de correrías con toreros y de continuas juerguecitas, que sólo piensan en disfrutar de la vida flamenca.

De la espléndida obra "Lola se va a Los Puertos" de los hermanos Machado, entresacamos dos aspectos: los tipos y el escenario. Los tipos no son nuestros. Huyen de Los Puertos hacia arriba. Van buscando el argumento del cortijo, de la navaja, de la lucha entre el amo y el hijo, la presencia del novillero de moda. Preferimos quedarnos con el segundo aspecto: el escenario de Los Puertos, el embarque de Lola para América, las "alegrías" que se cantan en serio o el baile por chufra del "tango" de "Las Viejas

LA CASA Y LA FAMILIA

Ricas". Dentro de este marco encaja bien un tipo nuestro, el del botero, perfectamente retratado; uno de esos boteros que vemos en las escalas del muelle —Pepe "el tuerto" es uno de ellos que describí en otra ocasión—, con su bote de vela latina terciada a la espera, su mirada permanente en el malecón.

Preferimos, pues, el escenario natural y el exterior sin importancia, antes del argumento propenso al tópico. Dejemos, pues, quieto allá lejos como telón de fondo, tras los picos de la sierra, al *señorito* andaluz.

La mujer

LAS hijas son altas con talles de palmera; los ojos negros, la boca pequeña, el cutis fino y pálido, el pelo negro, que luego en la vejez se transforma en blanco, pero de un blanco sedoso, no de cal: un blanco de plata recién limpia. La pierna delgada, el pie muy pequeño.

Las muchachas de Cádiz y las de San Fernando conocen el escalafón de la Armada mejor que los propios marinos. Desde hace muchas generaciones, pasean junto a los uniformes azules con doble hilería de botones de oro. Casi todas están casadas con ellos. Antes tenían todas los ojos negros como el pelo; hoy empiezan a salir más claros, azules, verdes. Algunas tienen en los ojos una deliciosa neblina coagulada, verdosa, color agua marina, como el ostión recién abierto, fresco y apetitoso, y al mirarlos parece que se contempla el fondo del mar en días claros.

LA CIUDAD DE HERCULES

La mujer anda con desenvoltura, Federico Rubio nos detalla la causa de ello: "El cuerpo esbelto, flexible, alto de pecho y ancho de caderas, procede del pavimento desprovisto de cuestas, hoyos y tropiezos". Después nos habla del pie "breve y alto de empeine". La actitud y el andar gracioso, provienen según él: "de la buena educación que induce al buen trato social y del pavimento y anchura de caderas, ya que emplean en aire y gracia de movimientos lo que no tienen necesidad de gastar en esfuerzo para vencer obstáculos y guardar el equilibrio".

Conocí a Luis de Andrade Filho, cónsul brasileño y alguna que otra vez le acompañé en sus paseos por la ciudad. Hablábamos también de la mujer gaditana, porque Andrade era poeta y gustaba del piropo que había aprendido en su larga permanencia por estas tierras. Claro que era un piropo arrasado, inenteligible, como su habla melosa de Río, lenta, pausada, brasileña, que contrastaba con la viveza y la ligereza de ardilla del marchar gaditano, sólo posible a la sonrisa breve, a la palabra fugaz, al requiebro del momento. Como no tenía éxito, se iba a su casa y componía versos:

Por entre o mysterio da mantilla
jorra de corpete o rubor dos cravos,
como o de seus labios que pedem beijos.
Aquella alegría rythmica
a toda o meu pensamento.

A Luis Andrade de Filho le pasaba lo que a todo extranjero contemplativo; el verse sorprendido ante la rápida aparición de la mujer, de su pasada poco duradera como invitando a la lisonja, a la celebración de su atractivo y de su gracia.

El archiduque Maximiliano, cuando viene a Cádiz, contempla de cerca a la mujer sin dirigirle la palabra. El 13 de septiembre se embarca para Sevilla; allí hay también una gaditana sobre cubierta. Fijaos cómo la describe: "Pálida y soberbia que, con los ojos cerrados e inmóvil, estaba pintorescamente instalada en un sillón, medio acostada, medio sentada y nos dejaba contemplar a nuestras anchas su admirable y blanco rostro y su porte elegante; como estaba casi sin respiración y sin movimiento, le dimos el nombre de la bella muerta".

Luego describe el tipo de la mujer: "Casi todas visten de negro, color que hacer resaltar mejor su belleza femenina; el velo cae con elegancia sobre sus hombros y se une graciosamente a la mantilla prendida del rodete. El abanico está siempre en movimiento entre los lindos dedos, finos y ágiles".

Otra vez la mantilla, otra vez el abanico, con la palidez de un rostro en un cuerpo acostado, abandonado. Cuando pasa por la calle no reaccionan estos viajeros ante el desfile de la mujer. Ellos tienen que examinarla en la quietud, en el reposo, para recrearse en ella, como cuando contempláis el dormir de una gacela, de una liebre o de cualquier animal nervioso, rápido y huidizo.

LA CIUDAD DE HERCULES

Lord Byron

YA que hablamos de atractivo, de gracia rítmica, no voy a terminar el capítulo de la mujer gaditana sin dar entrada en el comentario y oír su parecer, a uno de los escritores que más ha escrito sobre ella y midió sus armas ante su belleza, porque Lord Byron pidió hasta clemencia, suplicó emocionado, la atención de una bella gaditana, que no sabemos cómo se llamaba, pero de la que nos imaginamos su tipo, su presencia y sabemos el color de sus ojos y su vestido.

Lord Byron me ha prometido contarme lo que le pasó en Cádiz con una mujer. Tenía que ser precisamente con una mujer gaditana con quien fracasase este Don Juan forastero.

Lord Byron llegó a Cádiz bajando por el Guadalquivir camino de Gibraltar. Su faz de romántico atormentado, huido, deja paso a la limpia sonrisa y empuña la pluma para dejar en "Childe Harold" los pensamientos más delicados sobre la mujer gaditana. Conocemos de George Gordon, un retrato del lord de medio cuerpo en que está de lado, cubierto con una capa, dejando ver el cuello de su camisa abierto, destacando su perfil de Apolo, la blancura de su rostro, en el que ojos azules, más bien grandes, tiene actitud pensadora bajo las largas pestañas. Su cabello cae hacia adelante, la larga patilla termina cuidada como un rizo juguetón; la nariz

bien perfilada, los labios pequeños pero perfectos en su pincelada; amplia la barbilla.

Junto a este cuadro he entablado un diálogo con míster Byron. Le llamo míster en vez de lord, porque me ha permitido le trate como amigo y me concede toda su confianza.

—“Yo no sé a qué comparar la gentileza de las mujeres gaditanas, cuya sola presencia agita el corazón. Yo no he visto cosa alguna semejante. ¿Se parece a un corcel árabe? ¿A un ciervo majestuoso? ¿A un caballo berberisco recién domado? ¿A una jirafa?

—¡Pero, míster Byron, formalidad por favor! ¿Os ha parecido tan alta la mujer gaditana? ¿O es que, acaso, os habéis contagiado de la exageración andaluza? Admito que se asemeje a una gacela como seguíis asegurando, pero ¿es que realmente os pareció tan hermosa que os valiese en vuestro “Childe Harold” y en “Don Juan” tanta literatura de expansión?

—No, nada de esto es comparable a la arrogancia de aquella mujer.

—¿Qué mujer, míster Byron? ¿Quién sería aquella dama con aquel atavío, con aquella mantilla? ¿Era acaso alguna de las que entraban en la tertulia de los Retortillo, de cuya casa fuísteis expulsado por no haber sido presentado? ¡Ah si míster Byron tuviera que contarme todo lo que le sucedió!

—¡Qué pie! ¡Y qué garganta de aquel pie!

—Han dicho sus colegas contemporáneos que son para pisar puentes de navíos y esquiarse hielo de sal, míster Byron.

LA CIUDAD DE HERCULES

—Doy gracias a Dios, porque no tengo a mano unas cuantas metáforas.

—¿Pero no habéis dicho ya bastante, señor romántico?

¿Ha terminado de hablarme? No, es que está recitando en voz baja:

No me habléis del frío del Norte
no me habléis de inglesas damas
no habéis visto, no habéis visto
a la gentil gaditana.
No es cerúlea su pupila
ni atormenta al que la ama...

No ha llegado todavía al final místico Byron. Falta su última afirmación. Se acerca más a mí. Me roza el oído con sus largas pestañas. Se lleva la mano al corazón:

—No, no hay como la mantilla gaditana para herir a traición a un alma.

—¿Pero no habéis quedado que la mujer gaditana no atormenta al que la ama, que es fácil y sonríe al piropo?

¡Pobre místico Byron! Se contagió con aquella luz. Tuvo que ordenar a su musa más prudencia, más honestidad. La mirada de aquella dama le trastornó.

Al lado de estos pensamientos no se puede dejar pasar el hecho ocurrido en Cádiz con místico Byron. Traía el poeta no muy buena fama por sus disgustos en Londres y por la vida de Don Juan que venía

haciendo en su recorrido. Deseoso de relacionarse con la buena sociedad gaditana, preguntó dónde solía ésta reunirse. En la calle Isabel la Católica número 12, tenía su tertulia la familia de los Retortillo, a donde acudía lo más selecto de la ciudad. Pero esta selección fué lo que le costó la broma al poeta. Encaminóse hacia allí. Damas con mantillas que tanto admirase entraban en los salones.

Yo no sé cómo sucedió, pero me imagino su llegada a la casa. Su presencia elegante y su fama habían empezado a correr entre los asistentes. Entregó su capa al portero, se arregló su fina camisa de Holanda y subiendo al salón, atravesó entre la concurrencia hacia el estrado de la señora de la casa. Yo no sé tampoco lo que le diría. Supongo que sencillamente se inclinó sonriente esperando la blanca mano de la dama para besarla.

—Señora, soy Lord Byron.

Pero aun siendo Lord Byron, no tenía derecho a entrar sin ser presentado debidamente como marcaban las costumbres sociales de entonces. Por eso fracasó Lord Byron, porque creía que su presencia y fama eran billetes de entrada en todos los sitios. La dama de la casa no se molestó en dar su mano.

—Lord Byron, siento decirle que en mi casa no entra nadie sin ser debidamente presentado.

Yo he vuelto a mirar al cuadro. ¡Qué gesto tan terrible debió de poner el lord! Su rostro pálido, de porcelana, debió tramudar el color. ¿Qué hizo mister Byron?

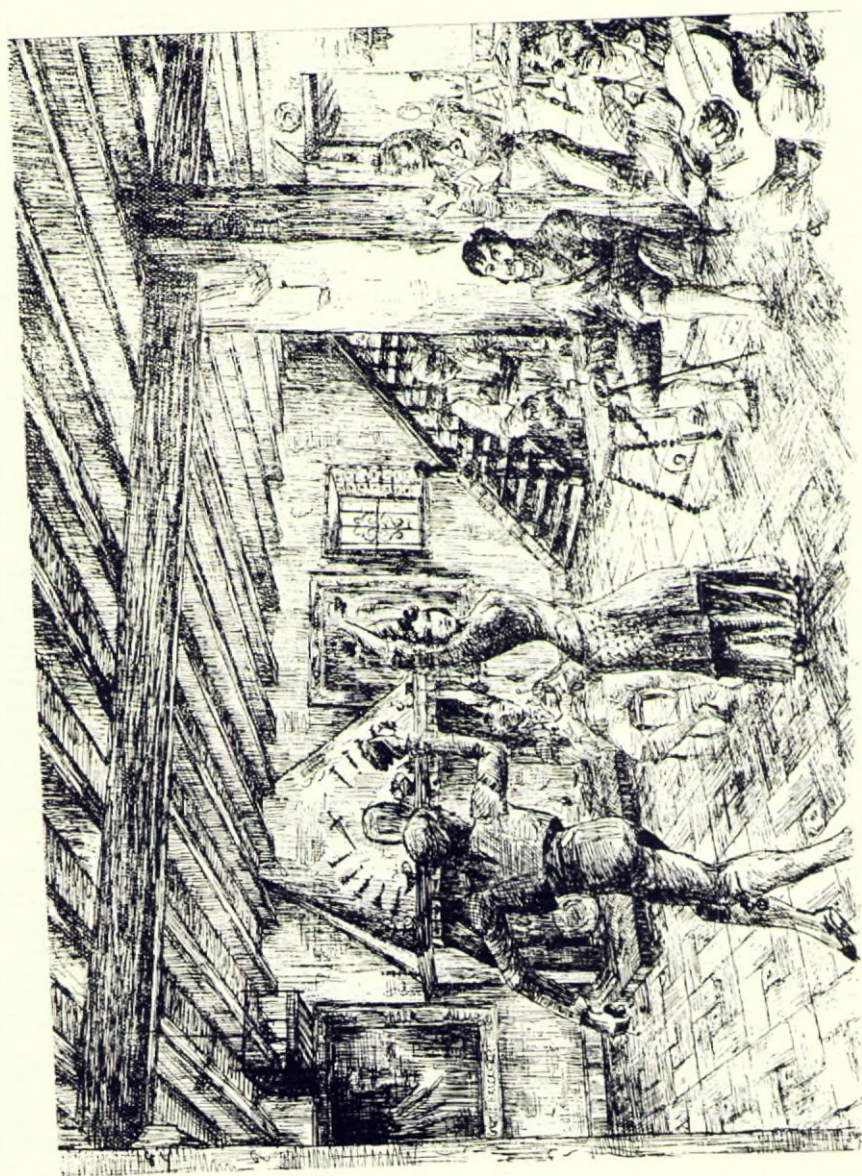
Sin embargo, no guardó rencor a Cádiz. Justo

LA CIUDAD DE HERCULES

es decirlo: estamos en deuda con míster Byron. Son muchos y deliciosos los versos que lleva a sus obras. Sin embargo, ¿qué ha quedado de su paso por la ciudad? ¿La anécdota de su fracaso que ya hoy se comenta con rubor?

En la casa donde antaño se reuniese la tertulia de los Retortillo hay una lápida. Dice escuetamente que allí nació el gran poeta español Don José María Pemán. Junto a ella falta otra lápida que anuncie, que allí entró durante su estancia en Cádiz el insigne poeta inglés Lord Byron. Sin más comentarios.

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO



*A la sección de folklore y tipismo del
Ateneo Gaditano, rectores del alma y
sentir popular de esta ciudad.*

*Para Aurelio Sellés, intérprete de
este sentimiento y supremo entendido en
la materia.*

Tertulia folklórica en la
Venta «El Chato», presi-
dida por Fernando VII

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO



AMOS a escribir un poco, por cronología, sobre las bailarinas gaditanas. La historia nos ha dejado huellas sobre esta materia. Deben ser huellas muy profundas porque trátase de la Roma antigua quien nos da los datos, datos hechos mármoles y noticias que vienen directamente de los escritores romanos.

Ricardo Ford al hablar del baile en Andalucía, dice que "en España a cada momento se encuentra uno transportado a la antigüedad, y así tenemos que en las mismas orillas del Betis se ven aún a aquellas bailarinas de la libertina Gades, que se exportaron a la antigua Roma con el atún en escabeche, para delicias de los malvados epicúreos y horror de los buenos padres de la iglesia primitiva, que las comparaban con las cabriolas ejecutadas por la hija de Herodias".

Sus danzas fueron prohibidas por Teodosio, porque según San Juan Crisóstomo, "en ellas nunca le faltaba al diablo una pareja".

LA CIUDAD DE HERCULES

La conocida estatua del Museo de Nápoles, dice Ford, llamada la Venus Calípiga, es la representación de Telethusa o alguna otra danzarina de Gades que asombraba y escandalizaba—estas son las palabras—a la Roma de los césares.

Había algunas que se acompañaban de castañuelas según unos versos en los que se detalla que un ciudadano romano había conocido a una tal Thelesina.

“Edere lascivos ad Boetica cruzmata (1) gestus,
Ed Gadit ani laudere docta modis.
Tendere cuæ tremulum Pelian Hecuboeque maritum
Posse ab Ètoreo sollicitare robos.
Uxit, et exeruciat dominum Thelesina priorem,
Vendidi ancillan, nunc redimit dominan.

Hay autores que al traducir las “memorias” de Marcial hablan de Telesitha—hábil para inflamarse de voluctuosidad al ritmo de las castañuelas de la bética—; otros le llaman Thelesina. Campo de investigación para los historiadores. Para nosotros los admiradores de estas danzas que nos siga vibrando el cuerpo todo cuando suene el repique glorioso en las manos de nuestras mujeres.

Os he citado varias veces a Marcial, porque confiesa en sus escritos que “entre las bellas romanas, italianas de Roma o bárbaras de nuestras provincias hay algunas que quise mucho. Telesitha, por ejemplo, la danzarina de Cádiz”.

Marcial tiene cierto cariño a Cádiz y dice cosas

(1) Cruzmata significa en nuestro castellano, castañuelas: instrumento musical de forma de conchas marinas.

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

tan preciosas para nuestras canciones como éstas: "Un hombre lindo es aquel que dispone con arte los rizos de su cabellera; que huele a bálsamo y siempre al sinamono; que tararea canciones de Egipto o de Cádiz". Menéndez Pidal en su libro "Poesía árabe y poesía europea" habla también de "las graciosas coplas gaditanas, *cántica gaditana*, que los jóvenes romanos a la moda no se cansaban de repetir".

Las antiguas gaderitanas, la de los tiempos de la extraordinaria Gadir, han pasado a la historia. Cádiz ha dejado su puesto en la supremacía de la danza femenina. Su fama decreció desde que Teodosio el Grande de un plumazo sobre el pergamino, aboliese el culto a los dioses. ¡No bailarían más escenas lascivas las escandalizadoras gaditanas! Sólo nos quedarían de ellas las descripciones de Juvenal, Estacio, Marcial y Petronio. Dos poblaciones se disputan la palma de la danza en la mujer: Sevilla y Granada.

Bailadores

SIN embargo, en el hombre continúa como antes, mejor dicho, mejor que antes. Sin discusión, los gaditanos son los primeros en el baile flamenco, como también los primeros en el arte de tocar las palmas.

No hay quien baile, con música o sin ella, como estos que viven en los callejones del Barrio de la Viña o en las calles de Santa María.

LA CIUDAD DE HERCULES

¡Bailadores gaditanos, los reyes de la danza andaluza! ¿Quién no ha visto bailar a los hombres de esta tierra? Hay todo un capítulo de gran belleza en el libro de Henry Swinburne, "Voyage en Espagne en 1775, et 1776" cuando dice: "A l'instant chaque individu, come s'il eut été tiré d'un sommeil enchanté par le pouvoir de la baguette d'une fée, se levoit en pied, et la salle entière retentissoit du bruit des coups de pieds et des claquements de mains et de doigts. Les deux sexes sont également habiles a la danse, et ils chantent les seguidilles d'une maniere gaie on tendre qui leur est particulière".

Y la descripción de los bailadores, físicamente: "Les hommes sont grands, bien batis, ils ont le teint basané, l'air renfrongé, et une boucle de cheveux qu'ils laissent tomber au bas de l'oreille, ce qui augmente encore le sombre de leur traits".

Pasado a cualquier hora del día por las puertas de las cuevas Sacro-Montañas granadinas donde la cal, el humo, los chinos y el polvo ocupan el fondo de este gran ambiente en que baila la mujer. El mismo espíritu, pero con muy distinto ambiente, son estas calles estrechas con pálida luz y pisos húmedos, en los que baila el hombre. En la puerta de una carbonería mientras aguardan la cola del picón, una niña le jalea con palmas a su hermanito—cuatro años no más—para que éste, sucio y semi-desnudo, haga esos movimientos que la literatura no acierta mostrar como es en la realidad del arte del flamenco y del sentimiento.

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

Historia, arte y música en estos chavales sucios de una cola del carbón; chavalillos que nacen al son de palmas de tango.

El toque de las palmas

NADIE en Andalucía como los gaditanos de los barrios del Mentidero o La Viña para tocar las palmas. En este difícil arte del baile flamenco en su jaleo de manos, Sevilla para repiquetear los palillos y Granada con sus gitanos para hablar y sentir a través de lenguaje incomprensible de los dedos en las más quejumbrosas y traducciones de la zambra. En Cádiz se tocan las palmas al par que se hace son con el pié, con una maestría singular y popular. Todos saben tocar las palmas y bailar el “tanguillo” o la “alegría” a su son.

¿Quién no se ha creado su arte propio sin necesidad de música de guitarra? Es que Cádiz se ha trazado su camino en el flamenco de esta forma y no es extraño que por las calles pasen por las tardes grupos de marineros y por las noches por los barrios sean los flamencos, los majos de los callejones los que pasan jaleando. ¿Aplaudiendo? No, no es ese el verbo lector amigo, se llama simplemente *tocando las palmas*. Pero será necesario que hablemos despacio de esta modalidad del arte.

Jaleo de Cádiz, derivación de las Seguidillas jaleadas, modalidad gaditana que revoluciona la danza andaluza, es típico y genuinamente de nuestro

LA CIUDAD DE HERCULES

suelo. Aporta las palmas y el baile de tacón a la música, suprimiendo en muchos casos la guitarra. El coro de palmas, jaleando—esta es la palabra—si se lleva con acierto el compás, hace innecesarias las cuerdas de tripa. Es el llamado *son*, música más sentida, más popular, ¡que arrastra más que la guitarra!

Palmas en las reuniones de las tabernas de los barrios, palmas en la cubierta alta del vaporcito del Puerto, palmas en los trenes de tercera cuando se desplazan los gaditanos en excursiones domin-gueras a los pinares de Puerto Real, o a la feria de Jerez; palmas en esos grupos que van por las calles cuando ya calló la tarde formados por marineros, obrerillos de los Astilleros, que encuentran en ello alegría y que reparten el *son* llenando las calles con su armónico sabor.

El son

PERO es difícil llevar ese *son*, porque todos quieren intervenir en este acompañamiento y no se cojen a un tiempo. Por eso, los cuadros flamencos llevan generalmente un guitarrista que abre la música, dando entrada a las palmas, —primer tiempo de ésta que se llama saque,—y el mismo bailaror comienza a hacerse el *son* con sus manos y el golpe de tacón o suela en el pavimento. Luego se arranca de la silla como un meteoro y se lanza adelante ¡fuente de inspiración! y abre su

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

baile que nos capta y emociona al instante. Es el primer punto emocionante del momento. ¡Difícil compenetración! Fijaos un momento en su rostro: arrebatado del ingenio; la sangre que se aviva y que ha actuado como fuerza irresistible. ¿Mandato del corazón? ¿De dónde sale esa fuerza, esa energía, parte principal de toda la danza?

Sin embargo no hay pincel que capte ese loco fulgor que se escapa por sus ojos. No os lo sabrían explicar ellos mismos, de seguro. Ellos bailan porque "les sale de dentro". Ni los doctores de nuestro flamenco han encontrado las palabras precisas y justas para definirlo. ¡Cuánta diferencia entre lo hondo y lo fino! Nuestros bailes sociales, faltos de inspiración "de dentro", se basan en influencias e imitaciones. Hemos llegado en nuestra última década, a imitar hasta las razas de color en sus estrambóticos movimientos. El baile flamenco no tiene tiempo, preparaciones, ni principios. El momento está cuando quiere el protagonista, el hombre; cuando su sangre se lo ordene. No es posible el baile en frío, en cualquier instante, cuando a uno se lo pidan. Si hablamos de considerarlo como un arte hemos de suponerlo producto de la imaginación. El ambiente influye, ¡qué duda cabe! Pero esta exteriorización no puede ser fijada; no es posible hablar de luces y sombras, de alegría o desgracia. Hay momentos felices, hay otros de desahogo de penas que sirven de pretexto sordo.

Lo único cierto que existe en el baile de Andalucía, es la sangre ¡cada vez más hirviendo en nuestras venas!

LA CIUDAD DE HERCULES

La alegría

PARA bailar la alegría no hay que ir con prisas de viajeros ni ansias locas de vivir el momento en un instante.

La alegría no es ni mucho menos una danza más o menos sensual como dicen algunos al ver los movimientos y expresiones. En la alegría se da rienda suelta a toda clase de inspiraciones. Se crea en cada baile un nuevo paso, un nuevo fruto de la pasión, del arte. Es la exteriorizaciónailable de lo que pasa y se siente. Ir a la Cuesta de las Calesas y calles adyacentes. Preguntar en cualquier puerta por uno que baile. La "alegría" encontrará en él una manera, imitando los tranvías que bajan veloces, el conductor, el cobrador, el que sube andando al vehículo, la campanita de parada, el freno, y luego terminará con una nueva marcha en furibundo zapateado.

En cada barrio encontraréis un ambiente. Ese ambiente está recogido por la alegría. Yo he visto a un muchacho bronceado de una de estas calles hacer una magnífica creación del "picador". Salía a caballo imaginario al tablado llevando el compás de las palmas con un estudiado taconeo y un movimiento de cuerpo imposible de describir. Los cabellos negros caían sobre sus ojos. Eran ojos que brillaban como espejos donde se reflejan las estrellas de la noche. Su tez podía ser negra, quemada o de aceituna. Era una estampa viva del arte de la alegría. Yo recuerdo otra vez a Mister Henry Swim-

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

burne cuando describe a los bailadores gaditanos. La frase imposible de traducirse tan bellamente, en francés dice así: "L'air renfrongé, et une boucle de cheveux qu'ils laissent tomber au bes de l'oreille, ce qui augmente le sombre de leur traits".

Y cuando iba alzando sus brazos con mirada de fuego al toro idealizado... ¡que mi pluma resista la tentación! ¡Qué compás, qué armonía este de las palmas con el taconeo! Saque, palmas de contra-tiempo... Cuando se perdía el compás una voz salía:

—Muchacho, lo perdiste, ¡cógete!

Todos le acompañan formando corro. Es el mismo que el de ayer. Mirad de reojo los rostros: yodo, sal y pelo. ¡Qué contraste de este tostado con el de los campesinos de Castilla! Gorras hundidas en vez de boínas, olas en vez de trigales.

Recuerdo por último a un buen amigo sevillano que hablaba conmigo sobre el baile flamenco. Cuando en aquellas tardes primaverales recorríamos juntos los jardines de Sevilla hasta apoyarnos en el repecho del Guadalquivir, hablábamos largamente y despacio sobre el baile flamenco. El era concurrente asiduo a la Alameda de Hércules, "Las Siete Puertas", la casa de Joaquín o "La Europa" donde los flamencos se reúnen muchas tardes: una especie de cátedras públicas del cante y del baile. Pero lo que más le llamaba la atención era un grupo de gaditanos que se jaleaban con las palmas y la guitarra y que de cuando en cuando alguno se arrancaba de la silla como obedeciendo a una llamada extraña e impositiva, y empezaba un taconeo rítmico, preciso y

LA CIUDAD DE HERCULES

ajustado, no a normas fijas y determinadas, sino sólo a impulso de la inspiración, a la llamada de la sangre que le hervía en su interior y le disparaba su cuerpo ebrio de dicha indefinible. Aquello era el arranque de una vida contemplativa a una agitación de frenesí. ¡Qué impulso, qué mandato este arranque del baile!

Yo he visto también ¡qué estampa!, la cara bronceada de otros bailaores gaditanos: Caracol de Cádiz bailando por bulerías, también digno para el lápiz de míster Swinburne; y por último he visto también al Chaqueta, meteoro de sal y de locura del baile y del zapateado.

Hemos oído tocar la guitarra, ¡prodigio de arte!, a Servando y Capinetti, resbalando las manos sobre la sonanta con la caricia de plata de una ola de espuma. ¡Cómo suenan los latidos de estas cuerdas en las noches gaditanas! ¡Cómo se lleva el mar las notas de fuego que salen de estas manos y las apaga poco a poco entre sus aguas!

¿Dónde mueren esas llamadas de anhelo incontenido, que como dardo lanzado llega siempre demasiado pronto a nuestro interior, de los *soleares* de Aurelio. ¿Por qué desaparece tan rápida y fugaz la imagen viva y radiante de una mujer que baila por alegrías o por tangos? ¿Por qué nos deja prendados de un indeciso sabor cuando estábamos más que nunca llenos de un encanto indefinible?... Allá al fondo en el mostrador, el montañés de blusa blanca prepara la carná para los anzuelos de su caña de pescar. Cuando cierre la tienda dentro de una hora,

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

antes de irse a dormir, irá a apoyarse en la muralla para echar un ratito a ver si coge algo para casa.

¡Esencia de Cádiz! Tu folklórica vida me entusiasma.

La alegría en el cante

LA letra de las alegrías son en su mayoría gaitanas. Estamos pasando una época en que en las letras flamencas actuales se habla mucho de Cádiz, de sus murallas, sus barquitos de vela, su bahía—que tanto trasmina y huele—y los dos millones de mariscos que dicen hay de San Fernando a Cádiz. Y es que al venir a Cádiz se oye las alegrías. Y el noventa y nueve por ciento de sus versos hablan siempre de cosas locales.

Sí, señores. No tenemos historias de celos, asesinatos y “la maté porque era mía” y “por un querer traicionero” y otras demostraciones más o menos calenturientas del amor no necesitamos exteriorizarlas. ¡Quédense para el flamenco del campo!, como decía un amigo mío.

Nuestra alegría tiene letras tan inocentes como esa que asegura que está llorando Manuel a la orillita del río “porque se le ha caído al agua pluma, tintero y papel”. Y ya esto es un gran motivo para la expansión. Luego cambia el segundo cuarteto y habla de otra cosa, al asegurar que la niña a la botica no debe ir sola, porque el boticario gasta

LA CIUDAD DE HERCULES

pistola. Y para terminar la canción hay que citar como sea al marisco de la tierra o a las murallas, que en estos años es el pan nuestro de la tertulia.

Unos aseguran que le van a poner banderas a las murallas de Cádiz el día que ella la quiera; otros se lamentan ¡dicen están derribando las murallitas de Cádiz! y canta diciendo que “las murallas las derribaron un día y en todo el mundo no hay quien calme la pena mía”.

¡Hay que nombrar a Cádiz! Y Aurelio Sellés, uno de los mejores cantadores de soleares y alegrías que existe en la actualidad, tiene que terminar forzosamente:

Las murallas junto al mar
viva Cádiz porque tiene
las murallas junto al mar.

Ya hay un motivo suficiente para nombrar a la Tacita de Plata, al cachito de tierra y alabarla por dentro y por fuera.

Yo he oído muchas veces a Pericón, otro cantador de esta tierra, repiquetear los dedos sobre la mesa de madera, tocar las palmas y cantar alegrías. Me parece ante su repertorio exclusivo de cosas de la ciudad, que este hombre realiza más labor cantando sobre Cádiz, que muchos de los que entran a diario bajo las arcadas del Municipio.

No hay dolores, ni penas, ni desconsuelos en las alegrías. El pueblo gaditano ríe en las horas amargas, y quien supo desdeñar las bombas de los

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

fanfarrones de 1812 cantando y riendo, ¿cómo va a hacer llorar por fuera lo que tiene en su corazón? Nuestro desahogo son esas penas o esas desgracias traducidas al exterior en contraste muy diferente: ¡en alegrías!

La procesión va por dentro, se dijo muchas veces al referirse al sufrimiento, pero en el exterior, ¡la risa clara de nuestra aurora incomparable! Y, ¡ay del que no le corra la sangre calentándole las venas y le impulse el cuerpo en un ansia de llegar y subir y salirse al exterior en ese sublime momento de expansión incontenible! ¡Ay de quien no le brille los ojos y no sienta en su interior ese inexplicable y magnífico fuego de la presencia real andaluza, que nos hace elevarnos hacia un ideal tan soñado y ardiente como nuestra exagerada imaginación!

Pero que esto continúe en nuestra tierra siempre para esencia y desahogo de nuestras vidas. Y para que el espíritu nuestro se manifieste al exterior, porque el hombre de esta tierra necesita muchas veces, ¡casi siempre!, expansión en su sentir.

Expansión

¡E^XPANSIÓN! Frecuente es ver en las tiendas de vinos un cartelito sobre el blanco de la pared: "Prohibido cantar desde las once". A las once horas del invierno, en efecto, se termina la expansión del pueblo en los barrios de la ciudad.

LA CIUDAD DE HERCULES

Hasta las once horas precisamente, se desborda el corazón de los hombres en los mostradores de los colmaos. Como si el reloj marcara el final del desahogo, a la hora exacta pierde vida la ciudad. La gente se encierra en sus casas. Nadie circula por las calles. Ciudad hecha para la vida diurna, se acoge al calor del hogar antes de medianoche. Los que quieren continuar cantando llaman a un coche de caballos y marchan al extrarradio, a sitios apartados, donde sus voces y sus jaleos no turben el sueño de la ciudad; descanso alimentado por el dulce arrullo del mar que acaricia su cintura.

Los tangos de Cádiz

JUNTO a este *tanguillo* bailable y estas *alegrías* también para bailarlas, pero mejor para escucharlas, está presente el tango de los coros carnavalescos, más conocidos por los "tangos de Cádiz".

¿Qué es el tango de Cádiz? ¿Qué diferencia, qué frontera, lo separa del *tanguillo*? He aquí dos preguntas que admiten por lo pronto una respuesta inmediata: el tango de Cádiz es un caso que precisa la salvación por encima de todo; un naufrago de nuestros días que queda olvidado como un problema más de la ciudad que por no poder llevar carácter municipal no puede obtener el apoyo que necesita.

¿Consistió en llevar el flamenco a la música o fué una aportación de la música al espíritu fla-

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

menco? No, el tango no es flamenco. Sus letras, su música no denotan nada de cante hondo. El tango supone el coro, las varias voces altas o bajas.

El *tanguillo* es son, el tango es música. En el primero sirve de acompañamiento las palmas y tiene por objeto el baile y a veces un recital. El otro, instrumentado, cantado a varias voces, anula las palmas y lleva la guitarra, los ralladores y las mandolinas por acompañamiento. Sin embargo, entroncado con el flamenco, tiene compases de *tanguillo* que pueden bailarse con un sencillo arreglo. Pero nadie lo baila; el tango fué hecho para cantarlo y el *tanguillo* para bailarlo. Desahogo frenético es la individualidad del *tanguillo*, es *son* de fuego para que se marchen los pies sin permiso, para que llamando a las cuerdas del alma invite al desahogo y a la expansión. ¿Qué dicen esos recargos arabescos que se trazan con las manos como preguntando la causa que le mortifica o le alegra? ¿Qué inquietud le hace atrapar algo con sus dedos, retorcerlo y lanzarlo con fuerza? El *tanguillo* es algo sublime como baile en el hombre. Esto es lo que necesitaba Andalucía para dar rienda suelta a su carácter reservado, a su sentir interno, de ese excepticismo misterioso con refrán a labio.

Junto a este desahogo, disciplinar la individualidad del hombre en coros de tangos, es sujetar la fachada de los sentimientos profundos en corazones fáciles al primer golpe de diapasón, porque el andaluz es eso: secreto y misterio interior, que a la primera llamada de un vaso de vino quiebra la mem-

LA CIUDAD DE HERCULES

brana de su corazón, descubriendo íntegro a todos, sus penas o alegrías.

Y ahora sigamos con los coros de los tangos. Limpiemos el polvo que los cubre.

¿Pero es que este olvido del tango es definitivo? ¿Es que hemos de hablar de una restauración? El tango no ha muerto: duerme. Está durmiendo porque le han dado un fuerte golpe: el Carnaval. Durante aquellos días de fiesta, las comparsas compuestas por los coros carnavalescos que recorrían en carrozas de un extremo a otro la ciudad, llevaban de un lado a otro la gracia y la picareza de cada barrio, porque el tango es eso: gracia y pimienta.

Ambiente espléndido de expansión. Vibraba la ciudad bajo las voces roncadas, las guitarras de arrastrada resonancia y los disfraces absurdos pero de efecto y consonancia, de los componentes de cada coro. Fijaos los títulos: Los Pamplis, Las Viejas ricas, Los Médicos modernistas, Los Anticuarios. Oid los animadores: El tío de la Tiza, El Troni, Cañamaque, el Batato. Cuando iban a pie, la comparsa se llamaba *chirigota* y la guitarra dejaba paso al pito de caña, y las expresiones que acompañaban al canto no eran ya tan elegantes, comparadas con el gesto señorial y recalcante que les hacía parecer oradores con desenvoltura y escuela, de estos coros, que al terminar sus canciones marchaban abriéndose paso entre el gentío y que en los tiempos aún no lejanos de niño, dejaba un vacío en el corazón que nos impulsaba al seguimiento...

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

Las letras

LETRAS antiguas, letras nuevas; la pimienta que llevaban estas canciones tenían doble finalidad. De un lado era el portavoz de las necesidades de un barrio, de una ciudad, de un pueblo, de una inquietud nacional. Del otro la gracia picante de una crítica, de hechos y casos curiosos, como salsa de boca en boca que todo lo descubre, lo señala y lo define.

En el primer caso tenemos el tango municipal o el patriótico. En el segundo, el sentir popular en su carácter andaluz de la exageración y el señalamiento, de la rebeldía social y de la fama. Este tango que vino de Cuba como la guajira, la milonga, la colombiana, embarcado en veleros, echó pie a tierra en los muelles de Cádiz infiltrándose en el flamenco en la forma que buenamente podía. El tango es el que menos ha podido injertarse en el carácter andaluz, quizá porque apenas llegó, cayó en manos de unos "cooperativos" que aprovecharon los carnavales para lanzarlo quizá sin limarlo un poco. Lo que nos sorprende aún es lo bien que ha podido anclar en el carácter andaluz, individualista, tan poco propicio al cante de masas. Pero esa es otra victoria de este pueblo que acoge y encaja las más variadas influencias. Junto a esta expresión honda, personal, del flamenco, esta otra del grupo, del conjunto, que es naturalmente el único caso de coro de Castilla abajo.

LA CIUDAD DE HERCULES

Nos hacen llorar con su nostalgia las viejas letras que no por ser viejas se olvidaron. Siempre se recuerda que el tango vió desde las murallas marcharse aquellos soldaditos de Cuba de cara ingenua, de ansias prometedoras; en su boca, la sonrisa todavía clara y despejada. Con un pañuelo, esta vez muy triste de las despedidas, así cantó en aquella ocasión:

Al grito de Viva España
desde los muros de esta ciudad
a la ingrata Manigua
cincuenta mil hombres
se han visto marchar.
¿Cuándo volverán?
¡Sólo Dios lo sabe!
Cuántos morirán en aquella
tierra tan infame.

Años más tarde cuando regresaban, se cumplía la profecía del tango. Desde las mismas murallas se vieron venir a paso lento. En las bordas, apoyados, sin fuerzas por el cansancio de la travesía, en los labios musitando una guajira, llegaban a nuestro suelo. Hemos hablado de este ejemplo, porque el tango es duradero, sirve para recordar y poner en guardia y lleva la justicia, el consuelo o el agradecimiento a todos los rincones.

Desde las mismas murallas, que en este Cádiz erizado de almenas y atalayas se nos antojan palcos de un escenario nacional, también se vieron venir un día de julio de 1936, otros soldaditos;

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

pero estos llegaban de Africa y en momento diferente. Vestían de caki, llevaban turbantes blancos y abrazaban a los gaditanos. El tango los acogía —te saludamos pueblo africano—al ver que estamos unidos—como dos buenos hermanos.

El tango en su sentir popular de la exageración y la crítica, habló muchas veces de lo que convenía a la ciudad. Tentación de dejar correr la pluma copiando las estrofas que llaman al municipio para que acuda en auxilio de un barrio, de una necesidad.

Van a poner en Puerto Chico
una fuente luminosa
¡y la plaza de las Canastas
se alumbra con mariposas!

Tentación de indicar los remedios que el pueblo recomienda para acabar con la política—para curar a España de sus dolencias,—decían las letras de hace muchos años; para constituir nuevos presupuestos—hasta los calvos, los cojos y los que usen pelucas pagarán por sus conceptos respectivos—, y hasta para comparar a las mujeres con las gallinas, poner a la suegra escarbando en la playa en busca de “los duros antiguos” y, en fin, todas esas ocurrencias que hacen crear un nuevo sistema revolucionario de arreglarlo todo a nuestra manera y a que tan aficionados somos los andaluces. Cuando algún día se escriba la historia del tango y se recojan las letras de sus coros; cuando las comparsas, sin necesidad de un carnaval, vuelvan pletóricas de

LA CIUDAD DE HERCULES

entusiasmo a recorrer calles y plazas y llenen el corazón de los gaditanos, entonces caerá la pluma con la satisfacción del deber cumplido, con la alegría de una recuperación, de una realidad popular, tradicional y eterna.

En medio de esta Andalucía de cante jondo e individual ¿qué papel desempeñan estos coros? Se acomodan al ambiente, al carácter. No desentonan ante la presencia de un folklore que no tiene punto de contacto con el resto de la península.

El tango sigue la norma del carácter andaluz, pronto a la llamada, presto al momento, a la avalancha. Luego al olvido, a la dejadez, a la apatía. Volverá cuando menos lo pensemos, cuando un golpe de diapasón cualquiera toque en las fibras de sus componentes y les haga abrir el corazón y despararramar sus secretos. Mientras tanto, seguirá su plan de bohemia, errante por cafés y tascas, esperando el día en que nosotros mismos, los que le tenemos casi olvidado, conscientes de nuestro folklore, volvamos a ponerle en su sitio de honor.

El gitano marinero

HABLEMOS ahora un poco del gitano de estas tierras.

El aclimatamiento del gitano al Cádiz marinero es un hecho. Pero un hecho que pasa bastante desapercibido. Tenemos gitanos que viven del mar. Son pescadores, carpinteros de ribera, maris-

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

queros. Con perdón de nuestra Estado Mayor de la Armada: tenemos gitanos en la marina de guerra. Son nacidos en Cádiz, en Puerto Real, Puerto de Santa María, Rota. Son gitanillos que dieron sus primeros pasos entre los tajos de las salinas, en los caños de la Carraca, en los fosos de Puerta de Tierra.

A nadie mejor que a ellos le sienta la lanilla azul del uniforme. Es posible que los flamencos de tierra adentro, los que viven dentro del triángulo que fija José Carlos de Luna, como base y cuna de la caña y del cante jondo, no se expliquen a gitanos marineros bailando. La afición del marinero al baile flamenco no es ningún misterio, porque llega hasta el mismo muelle de Cádiz el contacto flamenco de Andalucía. Al llegar un barco a nuestra dársena se oye el altavoz de los cafetines del puerto. Estos altavoces ayer cantaron cachuchas y guajiras y son hoy las cátedras del cante flamenco en la Andalucía baja, donde frente a la bahía que inunda "Los Puertos" de la ribera, se dejan oír la autorizada voz de los maestros.

Los muelles tienen café de marineros. Estos cafés ponen en contacto el flamenco y la marina. Luego es fácil imaginarse las cubiertas de madera de los faluchos, el retorno a Cádiz de las "vaquillas" que vienen de bolina...

Más sensual parece la danza de estos gitanos que bailan con el azul marinero, ceñido su cuerpo a la lanilla de los uniformes y teniendo en sus ojos miradas tan profundas como el océano. Cuando bailan cim-

LA CIUDAD DE HERCULES

brean sus cuerpos como al tensarse los cables. Y luego se añaden las innovaciones y adaptaciones a la danza de lo que ellos han sacado del mar; las nuevas impresiones de noches negras, de tempestades, de misterio de los abismos donde han estado sus ojos. Y el gran marco marino de la naturaleza, que no le es dado contemplar a las otras tribus del interior. En fin, el gran contraste entre los gitanos y el mar.

Precisamente en el mar se presenta el gitano en su substancia plena, libertado de su exteriorización cochambrosa. Al llevar el gitano al mar se le saca la verdad de lo ficticio.

¡Gitanos marinos! Parece cosa de risa ¿verdad? No os habéis podido imaginar nunca un gitano limpio. Estais acostumbrados a verlos despiojarse en las puertas de sus cuevas del Sacro-Monte y éstos son los más presentables, los que sirven al turismo. con sus ropitas mejores, con su presentación sobrecargada.

Pues yo los he visto en los cuarteles de marinería de San Fernando, duchándose y enjabonándose para pasar la diaria revista de higiene como todos. Y os diré que el color es natural, más negro que el nuestro y tiene un brillo especial, magnífico, cuando el agua se desliza por sus carnes.

La tez de los gitanos marineros adquiere un tono que no es bronceado, negro ni aceituno. Hay alquitrán de las riberas y sal de los caños de la Carraca y su cuerpo está calafateado con brea, sebo y muchas horas de humedad al relente de la madrugada.

DEL FOL-KLORE Y DEL SENTIMIENTO

Gitanos mariscadores ¡quien lo diría! ¿Qué pensarán los gitanos del martillo y del yunque, el borrero y la tijera en primer término?

El mar una vez más hace prodigios hasta con las razas.

Llamada de fuego

EN fin, yo no sé cómo expresar lo que sienten en su interior esos gaditanos que, al oír tocar las palmas o vibrar las cuerdas de la guitarra, salen de su estado melancólico, quieto y sosegado y arden ante la llamada de fuego de la inspiración. Yo no sé cómo debe correrles la sangre en sus venas, yo no sé cómo debe mortificarle el *son* en sus carnes. Yo no sé por qué salen como rayos disparados, impulsados por esa fuerza magnética de lo andaluz. Sólo sé lo que hace dos siglos anunciase desde su libro Henry Swinburne: "A l'instant chaque individu, comme s'il eut e'té tiré d'un sommeil enchanté par le pouvoir de la baguette d'une féé, se levoit en pied, et la salle entiére..."

*¡De cante y baile flamenco
Cádiz, Jerez y los Puertos!*



LA POSADA DEL MESON

LA POSADA DEL MESON
Y LA VENTA «EL CHATO»

LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA «EL CHATO»



L llegar a la puerta de la posada del Mesón, desearía esfumarme y dejar paso a un castellano cualquiera para que me la describiera en su esencia.

Digo esto, porque el Mesón es una posada castellana a la orilla del mar donde quizá influido por el azul que acabo de dejar, podría alterar con la descripción, su verdadero espíritu.

Pero no hay sombra de mar. No deja de ser curioso este contraste. La posada no respira a mar. A sus espaldas se encuentran las murallas, pero no se adivina la presencia del Océano, del cual no se oye su queja.

Azorín

QUISIERA acompañar a Azorín, el escritor de la Ancha Castilla hasta la puerta del Mesón, porque Azorín parece que va siempre vistiendo

LA CIUDAD DE HERCULES

capa burda, sombrero calañés y báculo, con tez de hombre de campo acostumbrado a respirar entre los trigales, pisar llanuras de cereales y mirar con ojos de campesino extremeño. Que me perdone el gran maestro, pero yo he creído verlo por un momento entrando a paso lento por bajo el arco de entrada. En esta parte de Cádiz, la antigua, hay mucho ambiente del ayer, pero de un pasado que no llegamos a analizar claramente, que flota y se percibe sin comprenderse bien. Parece un ayer entroncado, difícil de poner en limpio.

Farolitos verdes iluminan un patio donde el carro volcado con los varales en alto espera engancharse en su bestia. El pozo bajo las arcadas blancas y rojas; vigas pintadas de verde en los techos de las cuadras, donde se adivinan bestias que duermen en la obscuridad amarillenta de los pesebres, y por encima, un cielo azul, sirviendo de fondo a las macetas de geranios en los pretilos.

Dentro de esta parte marinera de Cádiz, hace contraste la posada del Mesón y la de Garaicoechea, las dos únicas que quedan para los hortelanos y carreros que llegan a la ciudad en las madrugadas con las hortalizas de Chiclana, Vejer, Alcalá y pueblos del interior. Posadas yo no sé si al estilo de Castilla, pero con olor a paja, con cuartos bajos de techo en los que se adivinan grandes camas de hierro, un cuadrito de una Virgen del Perpetuo Socorro y unas paredes, eso sí, enjabelgadas con la cal de Morón.

LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA EL CHATO

Posadas antiguas

ANTES existían numerosas posadas en la ciudad. Todas tenían bonitos nombres evocadores: Posada de San Sebastián, de La Alianza, de la Paloma, de Escribanos, de Montesinos, de las Cuatro Naciones. Las dos primeras albergaban a gentes de armas y transeúntes para Indias. A la de las Cuatro Naciones iban oficiales de guarnición, personas acomodadas, los viajeros escritores que visitaban España. Florecían en el XVIII la vida de estas posadas. Miles de viajeros de todas las profesiones y actividades pasaban por sus aposentos. Por sus corredores y patios resonaban las espuelas, se arrastraban las tizonas, se oían las vociferaciones de carreros y tratantes, los gritos de las mujeres, el continuo trajinar de gente que va y viene con prisa de embarque, la llegada de gente de Indias de paso para la Corte, soldados, capitanes, ricos hacendados de Ultramar y de cuando en cuando algún personaje misterioso con buena escolta acompañado de una dama elegante, bonita, que provocaba entre los de la posada, murmuraciones y comentarios. Hoy sólo quedan las dos citadas anteriormente, una restaurada, la otra sigue siendo albergue de la gente del mercado.

Barrio del Pópulo, Posadilla, Capilla y arco del Pópulo, Calle de "detrás del Pópulo". Todo muy del pueblo que parece vivir al amparo de la posada como si hubiese sido su único negocio o su Ayun-

LA CIUDAD DE HERCULES

tamiento; como si desde ella se rigiese en todo momento el destino del barrio.

Futuro del Mesón

MISIÓN espléndida la del futuro de esta posada del Mesón. Tal vez sea esta restauración material llevada hace poco por un grupo de buenos gaditanos con la acertada intervención de don Julio F. Guillén, la que motive la vuelta y resurrección espiritual del viejo Cádiz y marque la hora en que se proceda a la recogida de esas cosas que se pierden o están abandonadas, y se relacionan con la costumbre, historia y hábito de la ciudad. Se habla a veces de crear una escuela de bailes gaditanos, donde por algunos maestros que aún quedan, se transmita la más pura esencia de la danza andaluza. Algunos propugnan la creación de tertulias literarias. Otros de un centro de orientación gaditana para auge y esplendor de la ciudad, donde no sólo se contenten sus miembros con la lectura de frutos de autores gaditanos y recepción de personas destacadas que visiten nuestro suelo, sino que sea centro diario de las inquietudes de los intelectuales y artistas, y en donde se den soluciones a los problemas gaditanos como avanzadilla de un Ayuntamiento artístico, en el que no exista la crítica y triunfe la buena orientación y la noble sugerencia en beneficio de la ciudad.

Se habla por corrillos gaditanos de la necesidad

LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA EL CHATO

de arreglarla por completo, aun sacrificando su actual misión de albergue, para en sus cuartos exponer muestras de cosas típicas o históricas, que retraten ambientes de otros tiempos, a la manera como en otros lugares de Andalucía se ha hecho para exponer su artesanía y folklore local.

No sabemos si con este carácter turístico perdería el Mesón su ambiente actual de tránsito, de posada, pero es indudable también que la cofradía modesta de unos cuantos restauradores, podría ampliarse para la creación de un gaditanismo mejor conocido y de mayor acción, quedando sentada una base, un apoyo, para que fuese el rescate de toda esa arqueología disgregada, de todos esos recuerdos del ayer, que a todos nos gusta conservar con cuidado y mostrarlo como joya sagrada a curiosos y forasteros.

El Chato

SI en esta posada pretendemos guardar los recuerdos del Cádiz retrospectivo por creer que es digno marco para su conservación, entendemos que en la popular venta "El Chato" deben guardarse las esencias del tipismo y del folklore local, por ser también digno encuadre para su custodia y conservación. Así lo entendimos un día y así también la sección de folklore y tipismo del Ateneo, quien 13 de febrero de 1945 depositaba los éteres populares del siglo XIX, como preámbulo a

LA CIUDAD DE HERCULES

los que sucesivamente fueran viniendo en el transcurso de los tiempos. El acta que se levantó y que firmamos los asistentes, decía así:

“El día 13 de febrero de 1945 en la ciudad de Cádiz y en la popularísima y centenaria venta de “El Chato” filial predilecta del Ateneo gaditano, se reunieron los socios que más abajo suscriben y se detallan al margen, para rendir homenaje a su presidente, don José María Pemán y Pemartín con motivo de su elección a la Presidencia de la Real Academia Española. Para hacer memoria de este suceso, acuerdan poner en sus manos un ánfora conteniendo las esencias del folklore y tipismo de la ciudad de Cádiz, que sirva como relicario eterno conservador de las cenizas de nuestras más puras y genuinas tradiciones para que, depositándola en la hornacina que entre sus gruesos e históricos muros se ha socavado, persistan en el correr de los tiempos y no falten en el pensamiento y en el ánimo de los buenos gaditanos. La Comisión del tipismo y folklore de este Ateneo, interpretando los sentimientos del pueblo de Cádiz, cuyas costumbres y tradiciones guarda y propaga con orgullo, ha recorrido todos sus rincones para encontrar la savia popular de esta noble y milenaria ciudad—cuna del canto y del baile andaluz—y las ha depositado celosamente en este relicario de barro—custodiado con las mismas seguridades que el sepulcro del Cid—a fin, de que, todos los que quieran beber de su espíritu eterno y vigoroso, peregrinen a esta venta para sentir la llama ardiente del gaditanismo. La Comisión organizadora, además de felicitar a su presidente, por haber llegado en continuos éxitos a tan alto puesto de la intelectualidad española, cree efectuar con este acto un hecho histórico, dejando sentado una vez más para los que no lo sepan, que Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, ha sido, es y será el museo perpetuo que mantiene e irradia la genuina substancia del folklore andaluz. Y para que conste en los Anales de este Ateneo se levanta la presente acta, que yo, como Secretario certifico.”

Firmaban el acta más de treinta asistentes.

LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA EL CHATO

El Presidente de la Sección de Folklore y Tipismo del Ateneo leyó un discurso en verso, en el que se explicaba por qué se habían recogido las esencias del tipismo que hasta ahora se encontraban diseminadas.

Aquí os traemos recogidas en esencia
el salero, la majeza, la elocuencia,
el baile, la sandunga, el chufleteo,
la música, el gracejo y el cantiño
que distinguen al pueblo gaditano
mezcla de lo fenicio y lo gitano.

La gracia que resumen los boteros, cocheros, pimpis, la sal de espuma local, lo que queda de los pollos del Solano, la aristocracia y la cursilería... Y luego el desfilar de los tipos célebres, serios unos, populares y chistosos los otros, en atroz mezcolanza.

Falla, Paco Pino, Guilloto,
Tío Carando, La Pilili, el Noto,
Castelar, Luis Alonso, Moret,
María Bastón, el Litri, Macandé,
Mayol, Bailabonita, el Troni,
Nene, Mister Puga, Balestroni...
Aquí reunidos sus extractos
presidirán todos nuestros actos.

(Al terminar, don José María Pemán, se hizo cargo del ánfora y la guardó en la hornacina bien sellada, y corriendo el cerrojo de la reja, invistió en el cargo de clavero a don Alvaro Picardo que desde entonces suponemos no duerme tranquilo con la enorme carga de responsabilidad que tiene que vigilar.)

Pero, ¿quiénes formaban la tertulia histórica de esta venta? ¿Por qué este ansia de conservación?

Cádiz. El caserón de la Aduana.
Bebiendo en torno de una damajuana

LA CIUDAD DE HERCULES

está "El Chato" luciendo redecilla,
un muchacho moreno
al que apellidaba el Rey FRAY MANZANILLA
y otro al que llama el Rey, EL MACARENO.
Porque el grupo se encuentra congregado
por otro narizotas, alto y feo,
que es Don Fernando siete, el DESEADO
porque existe también el mal deseo.
Esta es la tertulia de todos los días
de este Rey que sabe de gitanería,
cante, burla, baile, sandunga y chufleo.

Forma original ésta de conservar en relicario de barro las esencias del folklore de un pueblo. Cádiz, cuna del cante y del baile flamenco—aunque otros pueblos más tarde se hayan apropiado y explotado su hegemonía—, consigue con ello señalar la directriz original que le incumbe.

En el sótano de la venta, se encuentra la hornacina. La custodian sables de abordaje, tizonas, dagas romanas, pistolones, trabucos y puñales. La vigilan de un lado un retrato del general Espartero, el general que cuando se disponía a entregar su alma a Dios, le dijo al confesor que no podía perdonar a sus enemigos porque no los tenía, pues los había matado a todos. "El Lavi", famoso torero gaditano, tiene su espléndido retrato al otro lado. Faroles de barcos, remos, barquitos embotellados, una cervical de ballena...

Un retrato de Fernando "el narizotas" preside esta amalgama de cosas bien dispuestas en sencillo abandono, iluminadas por acetileno, cuyos tubos salen de los cuellos de botellas que antaño guardaban riquísimos caldos.

LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA EL CHATO

¡Peregrinad a esta venta los que quieran aprender a cantar por alegrías, soleares o seguidillas! Quien quiera aprender a bailar por bulerías o por tango, que venga aquí también. El que quiera enterarse cómo se tocan las palmas o cómo se jalea con gracia, que arribe a esta orilla. Peregrinad, pues, a los pies de este ánfora, en donde se guardan las auténticas esencias del flamenco y del folklore andaluz. Os esperan con los brazos abiertos los gaditanos que no temen a vuestra curiosidad y que no cobran por sus ofrecimientos.

La posada del Mesón y la Venta "El Chato" deben ser la tabla de salvación de estas cosas típicas, gaditanas, que tal vez no puedan tener cabida en un Museo Municipal, pero que tienen puesto de honor en estos centros de gaditanismo desde donde se ama y se labora por la ciudad en sus aspectos espirituales y de tradición.

En la posada, en las blancas paredes de sus cuartos hay sitio para muchos cuadros, para muchos recuerdos. En el sótano de "El Chato" también hay sitios para muchos relicarios. Las paredes de la posada esperan con urgencia un retrato de Teófilo Gautier y otro de Lord Byron. El sótano de la venta pide una guitarra de doce cuerdas obra del gran Pagés y una redecilla de Majo. La presencia en la primera de ese marino de casaca y peluca que se llamó Jorge Juan y que está pintado en el muro, reclama los mapas e instrumentos de sus investiga-

LA CIUDAD DE HERCULES

ciones y ese guión de bandera, colgado del techo, aguarda la reproducción del galeón que la arbolase.

Mientras tanto no se llega a ello, mientras no se den los pasos definitivos en pró de estas ideas, seguirán sus conservadores yendo los jueves por la tarde a jugar al mus y a beber chatos de vino, mientras se habla como siempre, nostálgicamente, de pasadas grandezas de la ciudad, que allí mismo en el escenario de aquel barrio—el más antiguo—tuvieron lugar.

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL



*Para Eugenio D'Ors en recuerdo
de su última visita a Cádiz, la ciudad
«azotada por los vientos y abanicada
por palmeras».*

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL



UÁL es la situación de este pueblo? ¿Bajo qué influencias podemos estudiar su carácter? ¿Es un producto directo, o es el resultado de mezclas y enlaces de otros pueblos? Lo que sí podemos asegurar es que, del contacto continuo con otros habitantes que han venido por el camino de la mar, del recoger a su paso las diversas maneras de ser, ha ido forjándose poco a poco un producto universal que llega a adquirir con el tiempo particularidad definida; se trata de la creación de una personalidad asimilada previa filtración, una manera de actuar, pensar y exteriorizarse que creemos tiende más hacia el mar que hacia la tierra, y aunque esto no signifique una afición constante por las cosas del mar—porque esta afición más adelante explicamos que no existe—, da la impresión que siempre se ha estado unido por fuerte lazo espiritual a las aguas; un lazo que nos ha hecho olvidar que estamos unidos por otro a la tierra, istmo terrenal que nos llama, pero al que no queremos atender.

LA CIUDAD DE HERCULES

Lo que ha llegado de las provincias españolas pueden tenerlo también Granada, Ciudad Real o Cuenca. Lo que ha venido por el mar lo tenemos por fuerza primero que aclimatar y luego debemos dárselo a las otras, tamizado, digerido, asimilado, ya que hemos considerado a Cádiz como pórtico y tamiz. Lo que sabrá un labrador de Extremadura o un campesino de Castilla, lo sabrán siempre antes los hombres del litoral. Lo que éstos traigan de otros mares tardarán algún tiempo en conocerlo los de tierra adentro. Por ello, para definir la condición, la aptitud, las cualidades y aspiraciones de los hombres de puertos, no podemos hacer comparaciones con las características y finalidades que persiguen los de las llanuras del interior, aunque todos bajo el mismo cielo y ante el mismo Juez hayan de moverse y dar cuenta de sus actos.

Podemos decir que el carácter gaditano es vario y depende de las circunstancias porque atraviese su comercio y como éste se supedita al mar, podemos decir que es un carácter subordinado a las fuerzas de la naturaleza.

Carácter exaltado a veces. Lo decía Demwosky cuando pasó por aquí en su fragata: "Desde 1812 ha subsistido el espíritu exaltado gracias a lo que sufre el comercio". Ya han terminado los saqueos y los piratas no rondan la boca del puerto, pero sigue el mar azotando las costillas de las defensas, y preparando asaltos, vigiliass y muertes. De carácter exaltado seguirá siendo, pues, el hombre de mar, aunque después de pasada la tormenta caiga nueva-

INDIFERENTISMO O DE LO MATERIAL

mente en el sopor indiferente del cansancio, la nostalgia o la desgana.

Benito Más y Prat escribe sobre el carácter regional de Cádiz y Málaga. Este pensamiento es la síntesis de estas ciudades de la costa que disfrutaban de la tierra y del mar al mismo tiempo:

"De estas provincias marítimas, Cádiz y Málaga se destacan en primer término por su posición y por su historia. En una y en otra hallamos el tono andaluz y la gracia proverbial de Córdoba y Sevilla; el vivo espíritu de independencia y de amor a la patria que encarnó en los hombres de las Cortes del año doce y en los compañeros de Torrijos; el propio cielo risueño y despejado de la Bética y las costumbres geniales y típicas que forman ese carácter regional estudiado inútilmente por los extranjeros en la Caleta y en Puerta de Tierra, en el barrio de la Trinidad y en la plaza de San Antonio."

Psicología del grupo

DE la heterogeneidad de los habitantes, podemos decir que existe una proporción de mezcla muy variada de tipos y, sin embargo, es desapercibida o nula su influencia sobre el natural de la tierra, que es quien rige los destinos y marca los caminos a seguir.

Hemos cogido, pues, en nuestra opinión, una reunión de 17 individuos y los hemos analizado a fondo para darnos cuenta de la psicología varia del grupo. Y hemos llegado a la conclusión de que este grupo puede estar formado por:

Tres gaditanos nativos.
Tres andaluces.

LA CIUDAD DE HERCULES

Un comerciante inglés.
Un vasco técnico en industrias navales.
Dos armadores gallegos que pescan y exportan.
Tres cántabros, montañeses de ultramarinos y coloniales.
Un oficial de la marina de guerra española.
Un marinero mercante extranjero.

En esta proporción hubiéramos podido incluir hace pocos años a:

Un italiano.
Un cubano o hispano-americano.
Un filipino.

De los tres gaditanos, ateniéndonos a la vida peculiar del comercio, balanza de la ciudad, bien pudieran ser:

Un *embarcado* en las compañías mercantes españolas.
Un comerciante que vive de las industrias del puerto.
Una señora que corta cupones de la Deuda.

El tipo del *embarcado* es clásico y puede decirse que ha contribuido mucho a su desarrollo en los últimos 50 años, el establecimiento en nuestra ciudad de las grandes compañías de navegación, como la Trasatlántica y al reclutamiento de personal marítimo—no marineros propiamente dichos—, sino maquinistas, mayordomos, pilotos, etc.

V. Carrasco describe de esta forma singular a la mujer del *embarcado*:

Se peina
90 días
desordenadas las crenchas...

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

La casa almidonada
reluce como nueva.

En la Torre de Tavira
bola negra.

Tras el cuadrado equipaje
él llega.

¡Se ha cerrado la colmena!

Mordido por su fracaso
y acribillado de lenguas
—tinta de las maldiciones—
el señorito se aleja...

En cuanto al comerciante que vive de las industrias del puerto, posee su escritorio o tienda en la parte Norte, jalonando los muelles y calles adyacentes. Son agentes de aduanas, consignatarios, corredores de buques, comisionistas de tránsito, almacenistas de efectos navales, proveedores de géneros, casas de cambio, transportistas, etc.

Por último hemos puesto en este grupo de los tres gaditanos nativos a "una señora que corta cupones de la Deuda". A primera vista parecerá raro este epígrafe o este tipo que describo, pero es cierto que existen en Cádiz muchas señoras bien acomodadas que no dan a su dinero el movimiento mercantil de intercambio y circulación y que se contentan con la cosa segura, con cobrar su interés bien fijo sin oscilaciones, con la rentita de sus bien cortados cupones, y contemplan esas láminas grandes con buenas litografías que se guardan en depó-

LA CIUDAD DE HERCULES

sito en los bancos o en los amplios cajones de las cómodas de los corredores de comercio gaditanos, que velan porque ellas tengan al vencimiento trimestral cobrado su cupón. Estadísticamente Cádiz figura entre las primeras ciudades cuyos habitantes cubren con rapidez las emisiones del Estado y viven de su renta.

¿Cuántas señoras, cuantas pensionistas, cuántas solteras maduras heredadas viven en sus casas pendientes de la tijera de oro y del cupón de la Deuda?

La gaita y los bolos

PUDIÉRA decirse a la vista de la primera agrupación, que de esta variedad de personajes, tendrá que existir una esencia determinada, fruto de mezcla de caracteres de diversas regiones y costumbres. Nó, no se advierte en el fondo de la personalidad de la ciudad. Se nota a primera vista con la observación de los tipos físicamente, pero no dan sombra al contenido ni modifican el sentido orientador de lo típico. Pudiéramos decir que al comercio y a la industria le dan impulso ellos, los vascos, los gallegos, los montañeses, con sus flotas pesqueras, sus astilleros y almacenes, pero no participan de la vida pública de la ciudad, ni de las orientaciones culturales, tradicionales o folklóricas. ¿Por qué esta desunión? ¿Por qué no se oye, pues, la gaita gailega en los cafés de Cádiz? ¿Por qué se contenta la numerosa colonia cántabra con jugar a los bolos en Puerta de Tierra?

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

La guitarra y el alma honda, serena y trágica al mismo tiempo de la sangre andaluza, detiene los ímpetus de los que llegan con ansias de conquista como el sol veraniego, fuerte, anula y embarga los cuerpos cansados y sudorosos.

Influencias

NUESTRO carácter está influído por un gran indiferentismo espiritual hacia las cosas materiales. Son razas, pueblos, civilizaciones e influencias que se pierden en el número y en las noches de los tiempos, las que han desfilado por aquí, para que el gaditano se tenga que sorprender con espaviento y sobresaltos con las cosas modernas. Para el hombre de esta costa hay pocas cosas nuevas bajo el cielo. Tiene conceptos claros, ideas sencillas, fáciles, comprensivas.

Son tipos generalmente marineros que han viajado mucho y preguntado poco, que han visto de todo y saben grandes cosas sin haberlas estudiado, que han vivido frente a la naturaleza sin verla en los libros, y como todo hombre que no ha necesitado compañía porque se ha bastado solo, necesita la soledad, necesita la nostalgia, y esto lo estamos viendo de continuo por medio de esta nostalgia de tiempos pasados con que sueña Cádiz de cuando en cuando.

LA CIUDAD DE HERCULES

Eterna nostalgia

PERO la justificación de este eterna y continua nostalgia tiene su explicación. En la forma de actuar de este pueblo notamos dos momentos; Ejecución de un acto y recuerdo de ese acto. Se ejecuta el acto en virtud de un mandato o de una iniciativa propia; más bien por este último procedimiento. Pueblo que avanza geográficamente al encuentro de novedades, tiene que ponerse en contacto con ellas con más prontitud que los que mas atrás le contemplan. Es pueblo naturalmente que tiene que tomarse decisiones rápidas, pues los resultados son definitivos y de incalculable importancia. De esta forma podrá ser la ciudad cuna primera de un movimiento o último valladar de una resistencia; podrá ser lugar desde donde se envíen órdenes mar adentro o podrá ser primer sitio donde se reciba lo que viene por él. Y en cuanto a ese momento, a ese instante de decisión primordial en que la patria se confía a Cádiz, para que sea esta ciudad la que marque el comienzo o el fin, debemos recordar la frase—ya histórica como todas las que se dicen sobre estas murallas y quedan grabadas en sus viejas piedras—que pronunciara José María Pemán, este gaditano que parece que la patria le ha designado para cantar al universo las verdades y las gestas de Cádiz que son las glorias de España: En muchos sitios, en la Comandancia de Pamplona, en la Capitanía de Las Palmas, en la Alta

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

Comisaría de Tetuán, en la sala de banderas del cuartel de la Montaña se puede poner una lápida que diga: "Aquí se incubó el sueño de un Movimiento nacional salvador". Sólo en el cantil del muelle de Cádiz se puede poner un letrero que diga: "Aquí el sueño se hizo posible, se hizo realidad".

Una vez realizado el hecho cumbre, viene entonces la contemplación de ese hecho y el continuo recuerdo del mismo. Y se pasa el gaditano años y años recordándolo en magníficas nostalgias, en evocaciones sublimes, perdiendo el tiempo sin sacarle el partido a que tenía derecho. Los otros pueblos—una vez que aquí se le sacan las castañas del fuego,—son más prácticos; aprovechan cuanto pueden y se llevan para sí los mejores frutos que en este rincón se plantan.

Esta terrible enfermedad de la nostalgia nos perjudica bastante. Creemos que nuestro papel es solo dar la cara el primero y conseguir lo que se nos había ordenado. Terrible equivocación. Luego vemos como otros pueblos se llevan lo conseguido, unas veces por la fuerza, las más,—hay que confesarlo—por descuido nuestro. ¿Y por qué ese descuido?

La nostalgia, el recuerdo orgulloso de haber realizado el acto sin igual, nos hace olvidar las consecuencias que pudiéramos haber sacado de su realización. Esto se debe a un determinado concepto indiferente de los resultados satisfactorios y lucrativos que el ser humano puede aprovechar de sus actos. Por eso Cádiz, pueblo generoso, desprendido,

LA CIUDAD DE HERCULES

desinteresado, es por lo que sale muchas veces perjudicado. Los demás se aprovechan de esta indiferencia y se olvidan de nosotros. Son pueblos más materialistas, que ayer hubieran sido mirados quizá con un poco de desprecio, pero que hoy, en el siglo de las cosas prácticas, del momento, ya no se consideran como egoístas, sino como dinámicos, emprendedores y listos.

No necesitamos ni nos gusta el pregón para anunciar nuestro sentir, nuestra situación y aspiraciones que corresponden a Cádiz en su puesto de primer orden. Generaciones y generaciones influenciadas por religiones, ideas, doctrinas, comercio, arte y cultura, han forjado ya el contacto material efectivo que ha creado en nuestro espíritu un aclimataamiento al presente sin espavientos ni sobresaltos. Calmados los ímpetus, se acoge lo de hoy como se acogió lo de ayer. Se conoce pues todo y es más, antes que otros pueblos; aquí llegan forzosamente con más antelación que a otras partes, por nuestra situación geográfica, las cosas del mundo.

Iniciativa

PERO Cádiz, que ha irradiado a su vez esas mismas doctrinas, esas ideas a muchos otros pueblos, conserva por esa misma situación geográfica y por mandato de la Providencia, la iniciativa, como adelantada que es del occidente.

En efecto, nuestro cometido en la avanzada del

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

espíritu heroico es primerísimo. Recuerdo la frase de Edmundo D'Amicis: "siempre quieta y turbulenta, la primera entre todas en lanzar el grito de guerra". Marcamos la pauta del momento decisivo, damos el paso adelante cuando la necesidad culmina en su punto y lanzamos la idea, hacemos cuerpo y realidad la doctrina y nos presentamos a la vanguardia en el primer hecho histórico que es necesario. Por eso cada paso es forzosamente ya de por sí una página de oro en la historia de la patria. En Cádiz no hay sueños ni empresas que no se lleven a efecto.

Espiritualidad

Lo que sucede también es que este indiferentismo ocurre también en la hora del pago cuando todos los pueblos pasan su reclamación. Cádiz, como decía un gaditano, jamás pasa la bandeja, nunca reclama sus servicios, y esta excepción es la que proclama nuestra nula inclinación ante las cosas mundanas, dando con ello ejemplo de nuestra espiritualidad honda, muy por encima de las cosas materiales, de la apetencia de los humanos. Por eso existe en Cádiz una honda fe religiosa arraigada profundamente; es un sentido católico tan elevado como el que más de la península, porque el pueblo modesto, abnegado de Andalucía, es éste que nada pide, que nada quiere, que todo lo da en admirable fruto espontáneo.

LA CIUDAD DE HERCULES

Inquietud. Movimiento. Todo Cádiz se pone en movimiento al compás de su actividad comercial marinera. Esto quizás pase en las ciudades que vivan al ritmo del mar. Cádiz, esencialmente marinera desde los más remotos tiempos, ha dependido del mar, de sus incidencias. Y el mar es precisamente un ancho camino de ilimitados horizontes. Cuando este se muestra huraño y esquivo, la ciudad aparece callada, muerta. No hay vida en sus calles, no hay alegría en los espíritus. Cuando se nos muestra fructífero, propenso al trabajo, inquieto, animoso, comercial, toda la ciudad vibra y marcha al unísono. Es como esos barcos que en la tempestad se sienten maltratados por las aguas y que en bonanza se deslizan plácidos, al impulso de los mejores vientos.

Carácter variable pues, pero siempre aguardando, con ansias de espera, con anhelo, con deseos de nuevos horizontes.

Los viajeros al marcharse de Cádiz preguntarán ¿qué queda en esa línea blanca subrayada de ocre y mar en la que se encierra Cádiz? ¿Vive y se desenvuelve estrechamente, apretada por sus murallas y soportando su carga de historia y tradiciones, o vive animosa, joven y renovada con ansias de horizontes y de nuevas empresas?

Renovación

EXISTE ese afán renovador, pero no se encuentra a primera vista. Hay que adentrarse en su interior, en su vida íntima. Allí se encuentra

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

la savia del pueblo, allí es más fácil sacar a la luz el pensamiento, la inquietud, el anhelo y el deseo de sus habitantes. Nada de esto se vé con paso rápido. Hay que examinar el trajinar del puerto, el movimiento de sus mercados, la prisa que en las calles y plazas se nota en sus ciudadanos que van siempre corriendo a alguna parte. Si nos detenemos a analizarlo notaremos el contraste de lo que desde fuera nos suponemos al verla encerrada, apretada entre sus viejas murallas. Entonces también notamos como antes esas piedras evocadoras, ante esos movimientos que perpetúan páginas enteras de la historia, pasa la nueva vida, el incesante trajinar de un pueblo que lleva dentro de sí numerosas influencias de numerosas razas y civilizaciones, como si cada una de ellas hubiera puesto una chispa de fuego en su carácter, haciéndolo más nuevo, más vivificador.

Moradores del mar

NUESTRA indiferencia hacia el mar; y en esto vamos a la experiencia práctica. Me gusta hablar claro, con opinión valiente y arriesgada. Yo he abogado por romper este indiferentismo que creía efectivo. Hacia el mar no se siente indiferencia ni comprensión. La llamada afición al mar no destaca en primer plano porque no ha existido. Y no ha existido porque no tiene razón de ser. Estamos rodeados, como isla que es Cádiz, por el inmenso Atlántico. A nuestros pies se estrellan

LA CIUDAD DE HERCULES

rugientes las olas de los tiempos. Hemos nacido por tanto a bordo de un barco que aunque sea de piedra nos mece a diario y nos salpica de espuma. Es pues una saturación completa, de cuerpo y alma.

Estrabón decía sobre esto, que "los gaditanos son más moradores del mar que de la tierra, porque su origen, naturaleza e inclinación ha sido siempre a este elemento como a propia esfera suya y allí nacen tan inclinados al ejercicio de la marinería y navegación, que sin hacer a la circunstancia de tan voraz elemento, tienen su continua habitación en el mar dominando con su tolerancia y paciencia, las varias fortunas de las aguas". Tolerancia, paciencia, aguardar. La espera de estos pescadores es trágica. ¡No habladle en estos días! ¿Qué le dirán al mar?

No es pues una afición, sino una profesión. Es igual que el hombre de campo nacido en la plenitud de Castilla o bajo los olivares de Andalucía. Su inclinación para el campo es forzosa, violenta su presencia; forma parte del mismo, se vincula a esas tierras y a esas plantas desde que nace y ha de sacarle a la tierra el producto de su constante sudor de laboriosidad.

En Cádiz, a los jóvenes parece a primera vista que no les atrae el mar y pasan a su lado sin mirarlo. Ni siquiera es atractivo el muelle y los barcos que atracan. Espectáculos de siempre no pueden comprenderlo, porque ellos forman parte de ese mar. Sin embargo, ¿qué es lo que nos atraía y revolucionaba cuando en las tardes de asueto salíamos del Colegio? Ibamos con los profesores a la vía del

INDIFERENTISMO DE LO MATERIAL

tren, donde en las inmediaciones del puente de San Severiano se encontraba una explanada y unos montes de tierra, de rojo color, formado por dunas con matojos, lentiscos y musgo que pomposamente bautizamos con el nombre de "las cuestas". Ese día nos poníamos botas de becerro vuelto y nos llevábamos la merienda para pasar un día "de campo". Nuestra imaginación infantil encontraba en aquellas minúsculas elevaciones de diez metros, tanta anchura como el horizonte amplio de las llanuras y marismas de Andalucía.

Recuerdo también que en lo alto de ellos había árboles raquíticos, feos, inclinados sobre la vía, pero se nos antojaban pinares frondosos y nos encaramábamos, produciéndonos rasguños y cardenales que nunca nos hacíamos en las playas y rocas. Y el musgo, el lecho delicioso de nuestra expansión, ¡cuán diferente de la arena de la playa sin olor ni color!

El campo

POR eso buscábamos nuestra expansión en el campo, lejos de nuestras murallas, del mar y su yodo, su sal y sus llamadas. Considerábamos atracción el respirar entre dos matojos un aire de verdor que más bien era polvo de caminos. Hasta el aire que corría con un vientecillo que agitaba dulcemente las copas de los árboles, y la visión de pájaros, gorrones y golondrinas, nos olvidaban por un momento el graznido estúpido de las gavio-

LA CIUDAD DE HERCULES

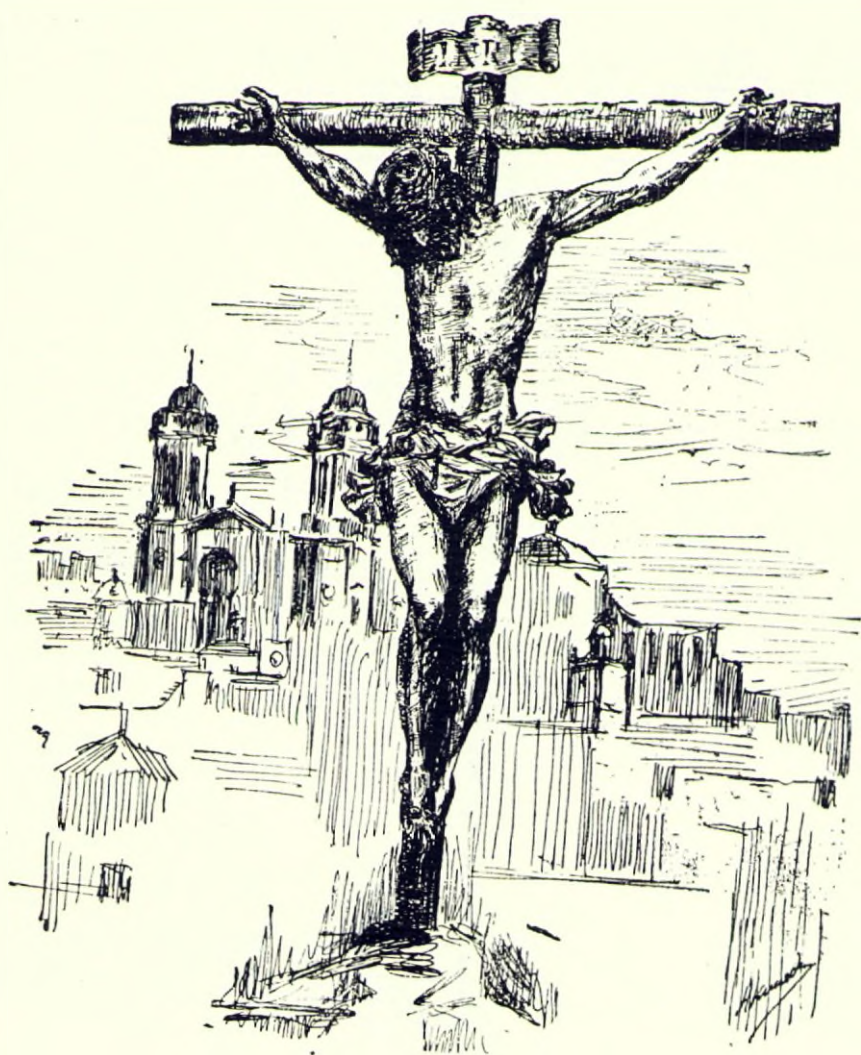
tas. Y eso en un perímetro escaso, como en un oasis de sombra en la arena, que nos distraía de la presencia del mar, allí mismo a cien metros del otro lado del montículo. Pero ese pedazo de tierra no estaba allí aguardando solo nuestra llegada. Ese día —el jueves por la tarde—salían de otros colegios alumnos de nuestra edad y todo era llegar cuanto antes para coger sitio. Casi siempre terminábamos con agresiones a pedradas con pilletes y colilleros del barrio. ¡Pilletes, hijos de los pescadores y boteros del muelle pesquero, que iban también a buscar en aquellas cuestras un descanso!

En aquellos montículos cada grupo tenía su entretenimiento; quien jugaba al fútbol, quien montaba unas redes para cazar gorriones; hasta los coleccionistas de herbarios recogían jaramagos, cardos y otras especies de pobre catalogación.

Pero no quiero extenderme más sobre nuestro campo, porque si algún día lector vas en busca del lugar quizás no lo encuentres. Estas letras han agigantado aquellas dunas de mi infantil recuerdo y yo al sobrevivirlas me he figurado también que no estoy a orillas del mar, sino que he pasado un día de campo y me ha entrado en el alma el calor de fuego, de un aire nuevo tan distinto y tan vivificador.

13

APUNTES DE LA
SEMANA DE PASION



¿Por qué llamamos buena muerte a esta trágica agonía? ¿Por qué nos parece más tranquila, más dulce, ese acabarse? ¡No preguntéis a sus hermanos los motivos de ese nombre tan sutil, tan sonoro! Dejadlo así tan bonito, tan suave, tan armonioso...

Para el poeta Pedro Pérez Clotet, allá lejos en las sierras tranquilas de Ubrique.

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION



A tenue y vaga luz marinera gaditana de que nos habla Martínez del Cerro, en los delicados versos de "Nave de Piedra", en nuestras calles y plazas forman digno marco para una semana de Pasión. Las luces de las velas forman al contacto con la neblina que flota en el ambiente, un vaho azul pálido que corona cada cirio y da tonalidades casi macabras a los penitentes. Por eso son silenciosas nuestras procesiones, más silenciosas y más oscuras y por tanto más propensas al recogimiento que en ninguna otra población.

No hablo de fervor porque esto lo supongo en todas partes iguales y Dios quiera que así sea. Pero somos de una exteriorización menos sonada, menos ruidosa, más en familia; una religión que forzosamente invita, obliga al fervor.

Las ceras rojas forman con el azul y blanco de sus dardos bandera de un código de señales silencioso del dolor. Los charcos de humedad perpetua en

LA CIUDAD DE HERCULES

las calles hace brillar en cada adoquín la luz vacilante de los cofrades. Es el mismo reflejo que el barco iluminado produce en las aguas del puerto. ¡Es un arco iris de destellos hacia la tierra pecadora!

La saeta carcelera

LA saeta carcelera. ¿Cómo nació esta saeta? Al filo de las tres de la mañana vuelve el Nazareno, "el greñúo", a su parroquia del barrio de Santa María. Pero antes se corre a la derecha y coge por una pequeña calle que termina en la muralla cara al mar. Allí está la cárcel. Y Jesús Nazareno frente al Océano oye las plegarias que vienen entre rejas. Saetas desde los muros sudorosos de humedad de la cárcel, por cuyas grietas de centenarias murallas se cuele el mar. Saetas carceleras que todos los años cantan los que penan por sus culpas. Pero más vale no ir a oirlas. Hay lágrimas en los rostros y sollozos contenidos de las madres que junto al paso juntan sus manos estrechando el pañuelo blanco que desahoga los llantos. ¿Quién es el mayordomo que se lleva el paso? Una tras otra se van cantando. El último que todos los años despedía al Cristo era aquel que desde la ventana del segundo piso, con voz bien timbrada le decía al Señor que estaba penando por una mujer y que le faltaban doce años para volar. ¿Qué pena expiaba año tras año? Pero un año esperaron las

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

comadres inútilmente la última saeta, la de aquel que hacía llorar por dentro y reprimir por fuera. ¿Había volado? ¿Habría muerto entre los muros negros de la expiación?

La saeta carcelera nunca debió saltar a las tablas del escenario. La saeta está bien impregnada de yodo, lágrimas y penas. Siempre se habla en ella de un futuro de libertad. No es alegre ni gozosa; lleva resignaciones, pedazos de corazón y de almas. Son presos y presas quienes la cantan, porque son los únicos que tienen derecho a ella. Es para que la oiga el Nazareno que a las tres de la madrugada viene a morir junto a la cárcel de los buenos ladrones y frente al mar verde de las esperanzas.

Nuestro marco del sentir religioso no es el palco del Ayuntamiento; es la azotea o la calle. En la primera cantan las mujeres; nadie las vé cantar. El tercer piso ya está muy oscuro desde el suelo. Suele salir la voz de allá más arriba, como una plegaría que va camino directo al cielo.

Los Cristos

Los Cristos no pasan bajo balcones de albahacar ni los palios de sus vírgenes rozan geranios y buganvillas. Los arcos son desnudos, como los de Jerusalén, y las calles con idéntico empedrado que la de la Amargura.

No vamos a comparar nuestra Semana Santa de Pasión con la de otros lugares de Andalucía

LA CIUDAD DE HERCULES

Allá las procesiones salen a las tres de la tarde con un sol que funde la cera y calienta los cuerpos de todos.

Las nuestras lo más temprano a las siete, cuando ya se ha marchado el sol de la alegría radiante y sale la luna de los medios tonos. En la oscuridad silba más el viento y el mar de las tempestades. y las cofradías que pasan junto al puerto, o las del Campo del Sur junto a las murallas de nuestras defensas, reciben, no aires de pinares ni aromas de flores, sino baños de yodo y salitre marineró.

¡Los Cristos frente al Océano! El frío de madrugada que apaga las velas y pone en peligro los capirotos de los penitentes. Bahos de tinieblas que se congelan por una humedad permanente que flota y los envuelve. Humedad que mina los huesos de los fieles apretujados en las estrechas aceras. Ha sonado la una en la torre de cualquier iglesia y hasta el mar se calla entonces, por sumisión al Creador que pasa a su lado.

Nazareno

Voy hablaros de la tragedia del Nazareno, porque esta mágica palabra, ¡Nazareno!, nos trae recuerdos tristes de tiempos de desastres, de canallas sin fe, de cosas que no han de volver. Recuerdan los buenos gaditanos su historia, porque es tragedia que entró en el alma.

Todos recordamos la hazaña. Vimos primera-

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

mente el fuego que consumía por completo la Iglesia de la Merced. Era una hoguera que subía quemándolo todo. Era la llama del holocausto. A su vera Santa María corría la misma suerte. Malos hombres que no debieron haber nacido sacaron del altar al Nazareno, y en la calle prendieron fuego. Ardía su vestidura; oro y morado entre el rojo fuego. Pero siempre entre la canalla surge la figura arrogante de alma y sentimiento de cualquier hombre de corazón que como Simón Cirineo llega a tiempo. Un esportón al instante, unos brazos que agarran al caído. La sombra de Simón que ayuda y rescata la cabeza y las manos. Y años más tarde vuelve a salir más moreno de la quema, más gitano, más marinero. El Nazareno es el Dios de los gitanos marinos, de este barco grande de Santa María.

Señor de desgracias, de calamidades. Siempre con trescientas mujeres tras su paso, descalzas, vestida con un negro como la noche. Las cabezas bajas, muy juntas unas contra otras, contra el filo de la húmeda calle, contra el rocío de la madrugada, contra el fuego de sus pecados que expían en su acompañamiento de penitencia. Entre ellas van las esposas de aquellos equivocados que una triste tarde de salvajismo llevaron a cabo aquel mal acto.

Colorido de Pasión

HAY gentes que gustan de la emoción estética, colorista, de las procesiones. Son esos que van ligeros de una parte a otra, que aguar-

LA CIUDAD DE HERCULES

dan el paso del Cristo bajo los arcos de tal calle, junto a una plaza o frente a un rincón determinado. Corren a presenciar la salida de una Virgen porque gustan ver sacar el palio justito, rozando los varaes, los faroles, las flores que cuelgan de los jarrones. Son esos que cogen buen sitio para ver pasar al Cristo del Perdón por el Arco de la Rosa junto a la calle de los Piratas y bajo las palmeras que se adelantan a recibirlo. Los que vigilan si se ha faltado a las reglas del silencio de la cofradía de la Buena Muerte, en la oscuridad pasmada de cualquier calle del viernes Santo. Acompañan al Cristo de la Expiración a las cuatro de la mañana bordeando el océano por la muralla del Sur, desde la calle Pasquín hasta la Ronda de Capuchinos cuando el mar plateado y cristalizado por una luna llena, quieto, parece que aguarda a su Rey. ¿No les vendrá a la imaginación fugazmente Cristo en pie sobre la barca de Tiberiades aplacando las olas? Al Cristo de la Misericordia de la Parroquia de la Palma, también deben verlo por las calles del barrio mariscador de la Caleta o callejones de la Viña hasta que se enfrenta con la puerta del Castillo donde el faro que alumbra los mares, en cada girar de su linterna, renace destellos de pupilas muertas en la hora suprema de los siglos. Y por último son los que contemplan esas palomas aleteando, como así parece hacer el blanco sudario que descansa en los brazos de la cruz de las Angustias y que al subir las gradas de la Catedral se agita con el vienteillo que viene del mar.

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

Os digo esto, porque las calles, las plazas, la estructura de Cádiz se presta a ello: se presta quizá un poco al tópico procesional, aunque no trascienda al pueblo, porque no sale de aquellos pocos que buscan dentro de la religiosidad un marco fácil, todavía más exigente, más preparado, más ambiental.

Buena Muerte

PERO hay algo en esa Semana Santa que no necesita ni pide ese colorido ambiental, sino que huye de esa luz, y de la estética posible. Esto lo hemos observado cuando la luz de Marzo va acabándose, cuando el último estertor del invierno se marcha para dejar paso a la primavera que se presiente. En esta hora suprema del dolor, nos encontramos con esa procesión maravillosa en su penitencia y en su penumbra callejera, que nos invita más que ninguna otra al recuerdo del Gólgota lejano.

Pero, ¿por qué se nos ha ocurrido hablar sobre esta dulce agonía de Jesús, sobre esta hermosa y buena muerte? ¿Qué puede el hombre, como ser humano y pecador decir de este misterio?

Existe—lo hemos sentido—, en el ánimo del gaditano, la sensación íntima del espasmo y recogimiento ante la presencia de esta talla de madera que representa la dulce expiración del Calvario y que no nos es posible describir. Ni aunque quera-

LA CIUDAD DE HERCULES

mos plenos de tiempo y de intención resbalar la pluma sobre la cuartilla, lograremos traducir el todo de los sentimientos del pueblo ante el desfile procesional en la noche del jueves santo. Vayamos pues a la realidad, vayamos pues despacio, reposadamente, a la calle y sintámosno por un momento testigos del drama de Jerusalén.

¿Por qué llamamos Buena Muerte a esta trágica agonía? ¿Por qué nos parece más tranquila, más dulce, ese acabarse? ¡No indaguéis su historia, su pasado! ¡No preguntéis a sus hermanos los motivos de ese nombre tan sutil, tan sonoro! Dejadlo así tan bonito, tan suave, tan armonioso. Dejad también que vaya así Jesús por las calles tranquilo, paso a paso. Sólo así es posible que él nos recuerde en su lento caminar, en sus tres horas justas de recorrido, aquellas otras tres ya lejanas de la agonía. Quizá por eso sea la Cofradía del Stmo. Cristo de la Buena Muerte, con sus tres horas de silencio por las calles, con esas sus tres horas de agonía, la procesión gaditana que mejor encarne la pasión divina del Redentor. Quizá sea esta presencia suya en las calles y plazas gaditanas las que motiven la llamada divina de nuestro interior; quizá sea su desfile silencioso—también trágico, también doloroso—, el que represente a la penitencia, a la verdadera expiración interna del pueblo que contempla el drama.

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

Rostro

¿QUÉ nos dice el rostro de la Buena Muerte? ¿Qué encontramos en su seca faz, donde el dolor deja una mueca que se oculta, que no quiere mostrarse? Rostro insensible a la tenue y morada luz marinera del puerto en la madrugada del Viernes Santo, rostro que huye del resplandor intermitente de los dardos rojos, rostro que busca la dulce penumbra y el recogimiento de estas calles que parecen muertas, solitarias, en un pasmo de silencio. Deliciosa muerte callada la de este Cristo a quien acompaña su silencio.

Yo no sé lo que sentirán ahora en las calles, en las esquinas, en las ventanas, esa multitud de personas que de pié aguardan su paso. Yo no sé lo que pasa en esas muchedumbres que se apiñan en las aceras, en los chaflanes, en las casapuertas, que no hablan, que aguardan horas y horas el paso de esos hermanos que tampoco hablan, que van en su mayoría descalzos, que empuñan largos y gruesos cirios rojos. Resulta así más silencioso el conjunto y se oye entonces como un suspiro el chisporroteo de las velas. Hay plazas en que no rasga el aire ni una saeta solitaria, ni se deja oír el suspiro de una mujer o el grito de un niño. No; y esto sólo pasa—los gaditanos lo saben bien—, en el desfilar de esta cofradía que invita al silencio, al recogimiento, al miedo, al bisbiseo, a los ojos abiertos a la contemplación. Hay lugares, bajo los castaños

LA CIUDAD DE HERCULES

de Candelaria, en las esquinas de Compañía o en la plaza de la Catedral que quisiéramos oír algo, el arrastrar de una sandalia, el crepitar de un cirio, el silbar del viento. Pero nada; no hay trompetas agudas que se eleven, no hay tambores que redoblen, no hay caballos que repiquen sus cascos en el adoquín. Los pies van descalzos, los dardos van muy derechos, el viento ha quedado contenido tras las casas y el mar, está lejos, bajo la muralla.

Ya es demasiado silencio, un silencio que exalta a la inquietud, que penetra hasta lo más íntimo de nuestro sér. Necesitamos pues, que algo rasgue nuestras fibras.

Saeta

Yo he hablado con uno de estos hombres que cantan saetas cuando lo pide su corazón. Yo le he pedido me diga por qué cuando llega el viernes no sigue cantándole a los pasos. El me ha mirado fijamente como dolido en sí a esta pregunta mía, a esta pregunta que también me ha hecho el mayordomo de la Cofradía del Silencio, que deseaba escribiera unas líneas preguntando a estos hombres el por qué quedaban mudos ante el paso de la Buena Muerte.

Yo he recogido de estos hombres dicha respuesta. Y se la he trasladado al mayordomo del Silencio. Yo no he podido pues escribir esas cuartillas que se me pedían alentando a estos hombres para que

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

cantasen saetas. Yo sólo me he limitado a transmitir lo que ellos me han dicho, en un modesto soneto::

Quando pasas Señor junto a mi lado
sumido en una dulce y buena muerte,
la saeta en gargantas queda inerte
al contemplar tu cuerpo ensangrentado.

En tu expirar sublime y desgarrado
algo debe haber, que de tal suerte
aprisiona mi voz con lazo fuerte
sumiéndola en pasmoso y mudo estado.

Dejadlo pues que pase quedamente
en la obscura penumbra tenue y quieta,
y en medio del silencio de la gente

mientras nos llena el alma, y la completa
de un extraño sabor agrio y caliente
que es callada y auténtica saeta.

Necesitamos romper esa dulce armonía, esa muda contemplación. Necesitamos que una voz se eleve a las alturas como plegaria o que un destello de luz asaetee el rostro de Jesús. Nos entran ganas de romper nuestro pecho en suspiros y cantar al Todopoderoso. Quisiéramos cuando pasa a nuestra vera, detenerlo en su marcha, decirle lo que sentimos, ¡pero nó! no podemos hacerlo porque hay una fuerza por dentro que detiene nuestro agobio. ¿Qué es esa fuerza que para nuestro impulso e impide nuestro desahogo? ¿Qué pasa dentro del sér de cada persona que le hace quedarse quieta, prendida en una actitud indefinible?

Van apagándose las farolas de las calles, los rótulos luminosos, los anuncios coloristas. Ya no

LA CIUDAD DE HERCULES

queda una bugía de luz que perturbe la calma del silencio, que taladre la obscuridad. Cuando se ha apagado la última, ¡por fin! déjase oír una saeta, una saeta de voz firme, angustiosa y decidida, una saeta que ha conmovido nuestras fibras y he hecho retemblar nuestro cuerpo. Ha sido tan angustiosa, tan suplicante, que nos ha recordado aquel grito de Jesús: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?

Recogida

HA de caminar aún mucho rato. Muchas y largas calles verán pasar su figura. Grandes y hermosas plazas, un poco tristes en esa madrugada, contemplarán su cuerpo llagado. Pero nadie hablará de El; nadie pedirá que el vaivén que meciera los días anteriores a otros Cristos y Vírgenes, vuelva a repetirse. Nadie dirá nada; ¿qué cabría decir? Sólo de tarde en tarde los hermanos varilleros argentarán su plata en el suelo produciendo un chasquido metálico que recuerda la lanza del centurión entre las costillas de Jesús, diapasón que nos mueve y nos hace vibrar.

Ya está el Cristo ante la puerta de su Iglesia. No hay gritos, palmas, ni hay ansias en el pueblo para arremolinarse en su torno pretendiendo ayudarle a entrar. Nó; es Jesús muerto; en este Cristo se dá la suprema realización de ese estado de un cuerpo que no admite disturbios ni compadecimien-

APUNTES DE LA SEMANA DE PASION

tos. Su cuerpo no pertenece ya a este mundo. Y sin embargo, cuando está en medio de esa plaza que tiene abiertas cuatro llagas a la amplitud de las calles que desembocan en ella, parece oírse bajando de las nubes una voz angustiosa: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?

Lejos están las estrellas. La luna aparece demasiado clara; llena plenamente. Sobre la fachada del templo se reproduce en contraluz los trazos de la cruz. Las velas rojas empiezan a temblar con el vientecillo de levante. También a lo lejos las luces intermitentes del puerto chisporrotean y dejan en las ondas negras sanguijuelas de luz. Los cafés marineros del muelle están solitarios. En alguna tienda pequeña de bebidas, algún cochero o mozo de estación aguardan la hora temprana de su trabajo. Todos se han retirado hace tiempo a sus casas. En un reloj de una torre lejana suenan lentas las tres campanadas de la madrugada. Es la hora de la recogida. Se han abierto las amplias puertas. Han bajado el Cristo cuanto se ha podido para que entre justo sin rozar la cornisa...

¿Pero es posible que se haya ocultado? ¿Será verdad esa marcha rápida, ese disciplinado caminar que deja un raro sabor en nuestros labios? ¿No acaba por sorprendernos ese orden demasiado perfecto, demasiado armónico? Ha salido, ha pasado, por fin se ha ocultado... y en nosotros ¿qué piensa quedar? ¡No!; hemos visto en el lunes, en el martes, muchos otros pasos, muchos otros penitentes, mucha devoción, pero quizá encontremos ahora

LA CIUDAD DE HERCULES

una penitencia diferente, una emoción distinta, una profunda inquietud que deja en el ánimo de los que lo presencian, pues llega al fondo de nuestro ser un hálito de nueva vida, una preocupación de arrepentimiento que no habíamos encontrado anteriormente.

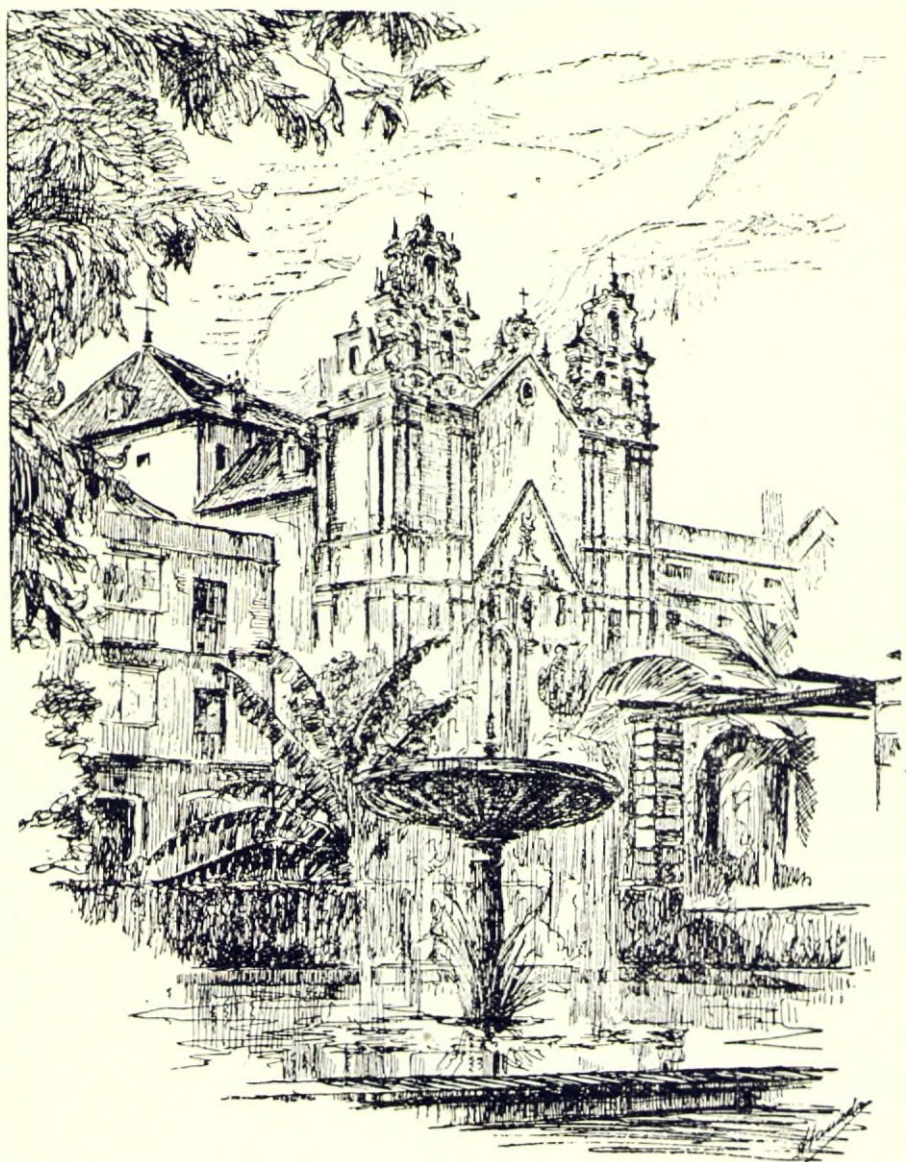
El Alba

YA empieza a alborear en los cielos, ya la luz se torna roja, azul, clara. Yacen amontonadas las sillas en informe confusión. El nuevo día está próximo a alumbrar. Volverán, pues, los hombres sus miradas lejos de Dios; pensamos que aún muchas veces volverá el pecado a allanar nuestra alma. Tendrá que venir Jesús nuevamente a salir año tras año para llamar al corazón de los hombres, cada vez más duro, cada vez más ciego en eterna ingratitud.

Y en las calles reinará una vez más el silencio magnífico, angustioso, de nuestra penitencia, mientras un último pantallazo del faro dará un último suspiro en las torres de la iglesia, obscuras también en la penumbra de la noche. Es un destello de luz que nos llena de ansiedad y remordimiento.

Pero eso que lo sienta cada corazón, cada pecho con suspiro propio. ¡Para el gozo y la dicha de nuestros sentidos! Para redención y perdón de nuestros pecados. Así sea.

«LA ATLANTIDA»
EN LAS PLAYAS GADITANAS



IGLESIA DEL CARMEN

Con sólo contemplar la arrogancia y altivez de los torreones aztecas del Carmen apuntalando en el azul el juguete maravilloso de su estilo colonial, comprendemos la gran epopeya de la evangelización española...

*Al marino Eduardo Gener Cuadrado,
poeta del inquieto azul.*

«LA ATLANTIDA» EN LAS PLAYAS GADITANAS

“La anchurosa bahía, espejo de la Atlántida en su póstumo aliento de grandeza”.

J. C. de Luna.

“Sólo tú, Gades hermosa, sólo tú te condolistes; de tu seno nació, junto a aquellos restos de un drago llorón que con sus espadadas hojas le formó verde dosel, rociándole siglos tras siglos con lágrimas de sangre...”.

M. C. Verdaguer.



BAJO este título vamos a ocuparnos, no del origen de este continente legendario, ya tan discutido por los historiadores, sino de aquellos dos hombres, verdaderos atlantes de su ideal, que uno con su pluma y otro con su música, se han ocupado de cantar en poema literario y sinfónico, la grandeza y misterios de “La Atlántida”.

Me refiero al catalán Mosén Cinto Verdaguer y al gaditano Manuel de Falla. El primero porque rela-

LA CIUDAD DE HERCULES

ta en su poema "La Atlántida" las hazañas de Hércules, fundador y conquistador de Cádiz, teniendo por escenario la milenaria Gadir. El segundo porque es en Cádiz también, donde ha comenzado Falla a trabajar su poema sinfónico del mismo título.

Mosén Cinto Verdaguer entró de capellán en los vapores de la Compañía Trasatlántica en 1873. Su visión de Cádiz es de carácter extraordinario, tanto en su bueno como en su deficiente aspecto. —"El puerto de Cádiz es de los mejores del mundo. La ciudad es muy blanca y muy limpia".—Al lado de esta afirmación que conocemos por los anteriores viajeros, Mosén Cinto protesta contra los gaditanos. "Aquí en Cadiz no voy con frecuencia a la ciudad porque el bote me cuesta una peseta de ida y vuelta y todo está muy caro". ¡Señor capellán! ¿Desde cuándo han estado las cosas caras en Cádiz?

También se queja de la arquitectura de las Iglesias cuando dice: "Las Iglesias son muy bajas, casi sin campanarios y sin piedra". ¡Si sólo las habeis visto desde lejos! ¿Bajos los torreones aztecas del Carmen? ¿Bajos las agujas de San Antonio, de San Francisco, de Santo Domingo? No debíais traer muy buen humor cuando arribásteis a Cádiz, señor capellán. Tal vez os acompañó demasiado desde el estrecho de Gibraltar, ese vientecillo molesto que se llama el levante y que reina precisamente en el escenario de vuestro poema.

"LA ATLANTIDA" EN LAS PLAYAS GADITANAS

Cien torres de Marfil

CONFORME vais escribiendo vuestro poema, cambiáis de parecer. "Ví a Cádiz, la de cien torres de marfil"; y ya en el canto octavo, cuando Hércules se aproxima al muro de Gades, desposadas las olas del mar del Norte con las del Sur en la apoteosis del hundimiento decís: "Era tu frente, Gades gentil, hija del mar, gaviota que cuidaste de un lirio en el cáliz, palacio de nácar y marfil coronado por el sol de Mayo; el héroe imagina al verte que un cielo de amores le sonríe".

Mosén Cinto verá todas estas cosas sin acuarelas porque él no tenía tiempo más que para su poema. Después de la misa a bordo, visitaba la enfermería y luego se retiraba al camarote. Y ya podía sonreírle la bahía, ya podían revolotear en el portillo las alas blancas de las gaviotas y besar su costado la tibia agua del mediodía. Mosén Cinto sólo pensaba en su Atlante misteriosa.

Le cogía la noche todavía escribiendo en su camarote. Después de cenar había que dar un poco de fresco al cerebro. Entonces subía con el capitán o con el oficial de guardia a la cubierta alta, y allí sentado en una hamaca respiraba el aire de la noche. Gustaba de contarle al marino de su poema, de la mitología, de la tierra desconocida de sus atlantes. El capitán era de Guetaria y le fastidiaba las prolongadas estancias de su barco en Cádiz. Pensaba ir a los puertos del norte y por ello no prestaba mucha aten-

LA CIUDAD DE HERCULES

ción a los relatos y desahogos del capellán. Terminaba por quedarse éste solo. Mejor dicho, le acompañaba la luna, luna de puertos, luna de acompañamiento de navegantes.

Luna gaditana

¿No habéis visto la luna en la bahía? Risa las olas de plata, unas olas que merecen vestirse de purpurina y tranquilas mueren lamiendo el mallecón. Así vale la pena de vivir. Mosén Cinto ha visto, como yo, muchas lunas de plata en los mares de España. Lunas de la bahía de Pollensa, noches de rías gallegas, medias lunas de Ceuta, con acompañamiento de bujías y guiños del Peñón, cristal que refleja a Malta sobre el cielo, astro que agiganta los acantilados de su costa brava.

También ambos hemos visto, tierra adentro, la luna de Castilla, clareando las llanuras, altos y quietos los trigales. La luna en la Castilla de Azorín, en un pueblo cualquiera, en el Tomelloso por ejemplo, junto al hogar, entreabierta la puerta de la casa del labriego y recortándose al fondo las espigas. Lunas de primer plano de cámaras cinematográficas, desapareciendo entre las ramas de un árbol u ocultándose entre los montes. ¿No has visto mi luna, campesino de Castilla? Yo vi la tuya sobre los trigales, cuando descansabas cenando y teníais entreabierta la puerta. ¡Qué olorcillo despedía el puchero del hogar! Tienes una hermosa luna, labriego castellano; pero

"LA ATLANTIDA" EN LAS PLAYAS GADITANAS

nada como la luna de mi Atlántico gaditano, siempre clara, que sonríe, habla a todos y a cuya luz ojean los prácticos del puerto las documentaciones y el carabinero de guardia lee el periódico de la tarde sentado en su garita. Con esta luna hermosa las olas se rizan, y vienen plateadas hacia tí, para morir en la orilla, unas encima de otras, como las virutas del cepillo del carpintero, que caen en montón de espumas de oro. Encajes forman de una plata líquida, que coges en la mano y se te resbala acariciándote.

Mosén Cinto se retiraba al camarote muy entrada la noche, pues en puerto no tenía que decir misa temprano. La noche le servía para recoger de la oscuridad la inspiración, el motivo, el escenario para sus grandes relatos. Si la ancha bahía era espejo de la Atlántida en póstumo aliento de grandeza, ¿dónde mejor, Mosén Cinto que escribir aquí vuestro poema?

Manuel de Falla

QUIZÁS podamos encontrar un paralelo con el otro atlante, Manuel de Falla, el hombre que escuchaba el mar en la nocturna soledad de las playas gaditanas.

Yo recuerdo haber visto a Falla de esta forma. Solía ir con algún amigo en las tardes de invierno y sentarse en la arena.

—Amigo, ¿no oís el mar?—solía preguntar a su acompañante.

Escuchar el mar, escuchar los rumores de abis-

LA CIUDAD DE HERCULES

mos que llegan en olas dulces, muertas, a la playa. Ningún escenario más a propósito para pensar en la Atlántida que estas playas gaditanas. Si es verdad que existió ese continente, fué la playa por donde pasean estos hombres punto de enlace, visión panorámica, contacto salado, arribo de sus atlantes.

Es la caricia de la brisa, la luz filtrada por el yodo y empolvada de sal, tamizada por una arena tan fina, la que deja pasar en la soledad de la noche el rumor de que nos habla Falla, con ese habla de espera, de paciencia, con que se aguarda el surgir de una inspiración. Preguntadle a un músico por su motivo creador, por la causa impulsiva que encuentra en el ambiente que le hace crear un tema de su composición. Por eso Falla, cuando sus amigos le preguntaban en qué consistía ese rumor que él decía oír, no acertaba a dar una respuesta definitiva, trazando en el aire con sus dedos finos y delgados, un signo, que si alguien se hubiese fijado atentamente hubiera visto el del comienzo de un imaginario pentágrama, como esas letras grandes, de varios colores, que sirven de iniciación al capítulo de un libro y se graban en la imaginación de muchos escritores.

Atardecer en la playa

CON el pretexto de estos paseos nocturnos de Manuel de Falla, voy a describiros cómo es la playa gaditana en el atardecer, donde cada

"LA ATLANTIDA" EN LAS PLAYAS GADITANAS

ola, al morir sobre la blanca y fina arena, contribuía a llenar el pentágrama del gran músico.

No es precisamente el verdadero atractivo de las playas la asistencia y animación que unos centenares de bañistas pueden darle haciendo de ella escenario de sus juegos y sus chapoteos. La playa quizá tenga por principal cometido, hoy día, el refrescar los cuerpos de tanta humanidad que busca en sus aguas calmante y frescor para sus carnes. Pero creo que puede sacarse de sus orillas algo más que un simple jolgorio viéndolo bajo otros ojos que los de los frívolos veraneantes, y desde luego con una soledad, con una invitación al descanso y a la meditación, que han de obligar al que allí va a buscar algo, a encontrarse a sí mismo y a solucionar su anhelo, su problema.

Falla debió comprenderlo así. El iba a la playa cuando sabía que, saturado de calma y tranquilidad, encontraría fuente de inspiración en la vasta amplitud de sus orillas. A la hora en que nadie podía ocurrírsele visitarla, se paseaba por ella: a la hora de los locos divinos, de los románticos que aman la noche que llega tan negra como sus capas.

Pero allí no había románticos, porque ya hacía tiempo que habían desaparecido los últimos tertulianos de doña Frasquita Lerrea, y ya no se oían los pistoletazos de los caballeros que se batían en las proximidades, ni los rayos de los floretes que chocaban en duelo para salvar un honor o una fama, tan en boga antes, y que relucían tras los fuertes de Cortadura o en los fosos de Puerta de Tierra.

LA CIUDAD DE HERCULES

Aun cuando aquello estaba más habitado, la playa en el invierno se encuentra sola. En esta soledad de que hablo, ¿cómo se presenta?

La playa es el mar; el mar, que juega con la arena y le regala alhajas de colores. Rizos de plata de una abundante cabellera flotando al viento, que la despeina y la traslada. La orilla es una melena de mujer hermosa en constante ondulación. Peinecillos verdes son sus piedrecitas. Las chinitas color agua marina hacen hoyitos en la arena. Como constante y lejana risa de sirenas, las caracolas llevan en sus entrañas para siempre el ruido de las profundidades.

En este ambiente, ¿os imagináis la escena del músico en la arena?

A las seis de la tarde de un enero cualquiera, cuando el sol va declinando, subido el cuello del abrigo, una sombra humana pasea por la orilla. Cada vez que se va más la luz solar, más destaca la tenue luminosidad de la luna y se oye también con más claridad el ruido sordo, confuso y continuado, del mar. La sombra se para algunas veces, y pasa la mano sobre su cabeza casi calva, donde la humedad deja una pátina de luz resbaladiza y donde la inspiración, que hace despertar ideas y sentimientos llama a su cerebro como el mar llamaba al marino para ofrecerle generosas y apetecibles aventuras que aprovechar. Al igual que oye el viento desde su carmen granadino—volcado sobre la anchurosa vega—cuando agita las hojas del bosque de la Alhambra, que guarda sus espaldas; al igual que el lloro de las

"LA ATLANTIDA" EN LAS PLAYAS GADITANAS

fuentes del Generalife, allá más arriba aún del bosque, a un paso del cielo, tiene también su peculiar encanto el mar cuando viene avasallándolo todo y se le ofrece en generoso juego infantil de olitas que mueren mansamente a sus pies y que luego se retiran avergonzadas, en la misma continuidad y monotonía que el correr de la fuente y el movimiento de la hoja.

La playa en su término busca la muralla y la roca, ya más cerca de la ciudad, y entonces se llena de pujanza y se rebela. Ya el mar no se encuentra a gusto durmiendo en la arena; fuerte valladar le obliga claudicar. Entonces el músico no se acerca a la piedra. Sin llegar a ser tímido, permanece alejado, maravillado, respetuoso. Y se vuelve y desanda lo andado hasta volver a la arena, a su concentración.

Futura Atlántida

MUCHO tiempo hace que murió Verdaguer, y su obra perdura. Mucha distancia nos separa de Falla, y su obra se perfila. ¿Le faltaba a Falla esta vez otro ambiente para completar su poema sinfónico? ¿Fueron su Alhambra y su playa sólo dos estaciones de tránsito? ¿Se fué a la Argentina a buscar el último pedazo de su Atlántida? ¡Verdaguer! ¡Falla! Si vosotros os hubieseis encontrado una tarde junto al mar, sólo habría faltado que Hércules soltase a los leones y bajando de su escudo, os acompañase en vuestro paseo por el continente de la leyenda y de la desaparición.

LA CIUDAD DE HERCULES

¡Playas de la Victoria! ¡Murallas del campo del Sur! Vosotras, que habeis hecho surgir algo tan sublime como la "danza del pescador" en "El sombrero de tres picos", y habéis llenado el pentágrama del poema sinfónico "La Atlántida", ¿servireis también mañana para inspiración de otras grandes y eternas obras? ¿Y tú, bahía gaditana, relicario de nostalgias de grandezas y de literatura?

Todas las noches cuando la luna transforma el mar oscuro en papel de plata, las olas mueren mansamente en los malecones del puerto donde escribiese Mosén Cinto y besan tranquilas las arenas de la playa por donde pasease la divina locura musical del maestro gaditano Manuel de Falla.

15

AYER HIJAS, HOY HERMANAS

*Para el marino y escritor Carlos
Martínez Valverde, que después de su
vuelta al mundo reconoce que hay pocos
puertos con tanta personalidad y carác-
ter como Cádiz.*

AYER HIJAS, HOY HERMANAS

*"Cádiz conserva todavía un poco el misterio
originario del amanecer histórico."*

Eugenio Montes.

En tus hombros de maraca
mis manos de castañuelas
ponen sombra de olivares
y olores de hierbabuena.
Presencia de España sobre
tu carne de caribeña.
El mar conserva en su mapa,
bruñido de sendas nuevas
cicatrices de la nao
de Don Alonso de Ojeda.

¡Romancero del Caribe.

(Ginés de Albareda)



OR la ruta de Indias van nuestros pensa-
mientos. Hacia aquellas tierras marchan
hoy los mensajes de nuestro corazón.
Países sud-americanos esperan que al
hablar sobre Cádiz, no se olvide el autor de este
libro hablar también de aquellas repúblicas, ayer hi-
jas y hoy hermanas, que tanta influencia recibieran
y tantos frutos dejasen. Desde estas líneas escritas
bajo el cielo de Cádiz, les dirigimos nuestro saludo.

LA CIUDAD DE HERCULES

Colombia

COLOMBIA viene a nuestra memoria adelantándose a las otras. No en balde las canciones colombianas estaban hace años a flor de labios de las gaditanas y disputaban el cetro al bolero, a la cachucha y a las guajiras.

Hablar de Colombia es hablar de nuestra similitud geográfica y social con Cartagena de Indias. En ninguna otra ciudad americana, se siente, se vive la presencia física de España tanto como en Cartagena de Indias. Es la bahía de Cádiz trasladada al otro lado del Océano. Sus murallas, sus calles y sus casas llevados en galeones a través del mar.

En Cartagena de Indias se vela por la presencia de España. Recogemos del romancero caribe de Ginés de Albareda este "Reencuentro":

Cadenas de Boca Chica
dadle paso a mi fragata
quiero entrar en la bahía
—Voy a Cartagena de Indias
a encontrarme con España—.
La amada me está esperando
voy chocada de murallas
manos trenzadas de siglos.
ternura de pelo de agua.
Sobre los ojos de abismo
la mantilla sevillana.
¡Señor Don Pedro de Heredia
por los caminos del Alba!

¿Quién al pasar por Cartagena de Indias no recuerda las portadas barrocas de Cádiz, de la calle Real de San Fernando, los remates de las azoteas de Chiclana de ambiente campestre y al mismo tiempo

AYER HIJAS HOY HERMANAS

marinero? ¿Habeis recorrido sus calles húmedas y estrechas,—aunque limpias y bien adoquinadas—con rejas en las ventanas y balcones de madera?

Del balcón de madera de Cartagena al cerro de Cádiz. Estudiad también la muralla del reloj y la boca del puente y compararla con nuestra Puerta de Tierra. Su configuración es exacta con la nuestra, pero no han sido tan castigadas por el mar, por lo que su estado de conservación es mejor. Comparad también las arcadas del Palacio del Gobierno y las de nuestro Ayuntamiento. Sus murallas fueron edificadas para fortalecer la ciudad contra los asaltos de los piratas ingleses y franceses de Jamaica, pues Cartagena fué también saqueada por el inglés Drake en 1585 y por Ducarse en 1679, cuando era llamada “La Reina de las Indias” y Cádiz era conocido por “Emporio del Orbe”, repartiéndose entre ambas la prosperidad y la fama, que hacían que fuesen las dos ciudades más codiciadas por las garras de invasores de muchos países, ocupando ella en América y ésta en Europa los puestos de mayor esplendor.

Venezuela

VENEZUELA tiene para nosotros su encanto especial. Su capital Caracas sufrió también varios asaltos de piratas.

¡Caracas! He aquí un nombre que nos es familiar. Al hablar de Caracas nos viene rápida la imagen de una ciudad de mucha luz, muy blanca de

LA CIUDAD DE HERCULES

colorido y también muy blancos los trajes de sus morenos habitantes. Caracas en Venezuela y Cartagena de Indias en Colombia, son las dos ciudades que tienen este parecido tan exacto con Cádiz. En Cartagena la presencia física; en Caracas la espiritual. Hablamos antes con cariño de la primera; ocupémonos ahora un poco también de la segunda.

Similitud de nuestro sol y cielo. El sol de Caracas evoca los mismos recuerdos que el cielo de Cádiz. Pierre Mac Orlan junto a una de esas farolas de los puertos que recorriera, escribía novelas de mar. Yo he leído una de ellas en la que hablaba de esto. Hablaba en efecto del sol evocador de los viejos filibusteros, de los piratas de las Antillas, de los corsarios que merodeaban por la boca del puerto para la captura de presas españolas.

Desde el mar se ven puntitos blancos, casas frescas, hundidas entre el follaje protector de un jardín de paseos soleados; "bajo céspedes voluptuosos llenos de plátanos de troncos acuosos, seguía existiendo el misterio secular de los crímenes y de las atrocidades impunes". ¿Es que aquí en esta misma calle de los Piratas no se respira aún el sabor amargo de la sangre de los últimos que existieron y fueron decapitados en este mismo sitio por la justicia del pueblo?

"Misterio voluptuoso de los bellos jardines llenos de sombra azul, de un azul oscuro entre los árboles. Se adivina en aquella frescura la forma turbadora de una criolla desnuda, tocada de seda roja y cubierta con un vestido blanco enguirnaldado de rosas, henchida por una crinolina indiscreta. Caracas se

AYER HIJAS HOY HERMANAS

deja adivinar en su más secreta intimidad. Bella emoción ante el mar donde los galeones españoles dajaban aún sobre el agua la huella bermeja de sus arcones abiertos”...

Los Gallos

JUNTO a esta claridad, junto a esta sombra azul, se recuerda a Caracas, la ciudad americana con calles tiradas a cordel y techos de palma en sus suburbios. Voy a hablaros por ello de algo de ambos pueblos: de la pasión que se siente en ella por las peleas de gallos, algo así como nosotros sentimos por las corridas de toros, como fiesta nacional. A Caracas iban cuando nuestra época colonial galeones llevando cultura y virreyes. Hoy nuestro único mensaje lo llevan los trasatlánticos rápidos que atraviesan el océano transportando en sus bodegas los gallos finos de pelea para las vallas gallísticas de aquella república. Al pasar por la plaza del mercado por delante de la casa en que campea como una angustiada llamada el rótulo “Circo Gallístico” sentimos nostalgia de Caracas; una nostalgia de algo que hemos visto, no con nuestros ojos, sino con presentimientos del alma. Hay deseos de conocer aquello que se nos antoja tan lejos geográficamente pero que debe estar muy cerca espiritualmente.

Hubo un hombre que conoció Sub-América a través de su corazón. No penséis que era un filósofo, un escritor, un poeta o un viajero romántico de cinco continentes. Era simplemente un hombre modesto sin

LA CIUDAD DE HERCULES

ambiciones, medio español, medio americano, que se llama Antonio Ortiz Camacho. Tipo hispano-americano, aunque naciese en un pueblecito vecino a Cádiz, era sin embargo el prototipo del corredor de gallos de pelea, magnífico, como su altiva, pero modesta gitanería andaluza. Voy a describiros quizá un poco ampliamente su persona y su trabajo, porque creo que dentro de tantos tipos gaditanos célebres que por falta de espacio no puedo describir en este libro, debo hacerle justicia a éste, por su amplia misión de acercamiento a América, comedido, callado y desconocido para sus paisanos.

Dueño de la tienda "Los Gallos" en la plaza de la Cruz Verde, su tarjeta de visita con la que se presentaba decía con naturalidad:

ANTONIO ORTIZ CAMACHO

Criador y Exportador de Gallos finos de Pelea
para Las Américas

Alto, buena facha, traje blanco, "jipy", había que verlo en el muelle vigilando con sus ojos vivos y castaños—como los de sus gallos en combate—el embarcar de sus jaulas. Itinerario de sus exportaciones: Cuba, Venezuela, Guatemala. México, Puerto Rico, Santo Domingo. La vuelta por Nueva York, donde cobraba los cheques en dólares.

AYER HIJAS HOY HERMANAS

Era una nota de colorido verde de blanco, por estas calles gaditanas de paredes de cal, llevando majestuosamente su caña de Indias con un anillo de oro rodeando la madera. En su pulgar un gran diamante legítimo, de los buenos. Cosmopolita, viajaba siempre en los grandes trasatlánticos. No era un hombre ilustrado y aunque salido de entrañas del pueblo, era fino y correcto: un caballero.

Cualquiera lo hubiera confundido no con un Lord inglés, pero sí con un coronel retirado de Virginia de los de eterno traje blanco, grandes mostachos y una "pose" magnífica. Tenía una gran vista—vista de negocios—ágiles pupilas acostumbradas a seguir el ritmo deportivo de las peleas. Atravesaba las fronteras de sud-américa, como las aves portadoras de mensajes: no las pasaba, las unía. Era portador de una misiva de hispanidad no diplomática, pero sí de amistad y relaciones comerciales. Era la presencia de España que traía para sus hermanos un saludo hecho exportación.

En Caracas era el "amo" y por tanto en todo el Sur y Centro de América se le conocía como un gran entendido en su negocio. En Cuba no tenía el negocio gallístico tanto desarrollo como en Venezuela, pero siempre permanecía en aquella República más largo tiempo que en las otras. ¿Y qué hacía pues en Cuba este criador de gallos? El cariño y la amistad de un amigo le retenía en la capital. Era íntimo del Presidente de aquella República general Cárdenas, quien lo apreciaba mucho. Pero no sólo vamos a pensar que era aquel jefe de Estado, el único con quien le unía

LA CIUDAD DE HERCULES

en amistad. En su casa hay retratos de sus andanzas por aquellas tierras. Yo los he ojeado; del brazo del hijo del Presidente Gómez en el puerto de Nueva York con un fondo de rascacielos; en un rancho a diez millas de Caracas apoyado en una "valla" de un circo gallístico con el Presidente de la República; con el Ministro de Fomento de Guatemala almorzando en una hacienda a dos pasos de una gallera, etc.

Se codeaba con todos. Todos le querían; todos eran íntimos suyos. Gozaba nuestro hombre fama de ser limpísimo. Tres veces se cambiaba sus trajes blancos al día. No era para asustar a los del barrio, pero eso le daba cierto tono y una gran prestancia, cuando por las mañanas de los domingos se dejaba caer por los baratillos soleados del mercado y con los rayos del astro, su diamante despedía mil reflejos. De cuando en cuando, mientras paseaba con sus amigos, se paraba un momento, se entreabría la chaqueta y dejaba ver con pretexto de saber la hora, su leontina brillante y refulgente a la luz del sol. ¡Don Antonio! Y a su paso,—por caminos estudiados y previamente despejado por su bastón—saludábanle admirados sus colegas.

—Tráigame Vd. de Cuba un purito,—le decían los baratilleros, carniceros, pescaderos, etc.

El embarque de las jaulas en Cádiz bajo la mirada de fuego de Don Antonio, rodeado del Agente de Aduanas, el Vista del muelle y los "pimpis" del puerto, pronto a abalanzarse sobre el cigarro habano que tiraba a medio consumir, sobre el cantil del malecón, con gesto olímpico. Propinas a diestro y siniestro,

AYER HIJAS HOY HERMANAS

recomendaciones, el encargo de una estilográfica para un carabinero, las cartas para la familia de un embarcado de la Trasatlántica, la entrega de una sortija para que la venda yendo a la mitad con el mozo de estoque de un novillero, etc., ponían en las despedidas del gallista notas simpáticas que no salían de aquel reducido ambiente ni se mencionaban en las notas de sociedad en la marcha de viajeros.

En las vallas llamaba la atención el desnudo y la valentía que mostraban en las peleas los gallos "jerezanos" que exportaba Don Antonio. Muchos de ellos pasaron, como "emperadores del redondel" a las "Galerías de gallos célebres" de las revistas gallísticas. "*Pico y Espuela*" de Cuba habló varias veces de la gran clase legítima de ellos, y decimos legítima, porque había otros exportadores andaluces que llevaban "jerezanos" de Extremadura, de Cataluña y Valencia y si se ofrecía, del lugar donde nació "la Parrala". Pero en esto era honrado como nadie Don Antonio. Era un gitano de un pueblo que se vuelca en la bahía de Cádiz, rumboso y limpio por dentro y por fuera; eso es todo.

Muchos años en este ir y venir a las Américas. Junto a los gallos declarados en los conocimientos de embarque, Don Antonio transportaba "encargos" de aquellas tierras. Una vez el Presidente de Cuba almorzando con él le dijo:

—Hombre, Antonio, tráigame Vd., un caballo blanco de Andalucía.

En otra ocasión en Guatemala, otra personalidad

LA CIUDAD DE HERCULES

le encargó un buen mantón de Manila y una peineta de marfil. Antonio lo llevaba todo.

Antonio ganaba mucho con estas exportaciones. Además entendía de crianza de los gallos y sabía como apostar en las galleras. Pero todo cuanto ganaba lo gastaba, no en vicios ni mujeres, porque Antonio era un hombre con alma de niño; era su rumbo-sidad lo que le perdía, su esplendidez, y no regateaba un céntimo por quedar bien entre los amigos. En Cádiz adquirió una tienda; le puso un nombre "Los Gallos" y convidaba a sus amigos. Llegaba cualquier desconocido:

—Don Antonio, qué buenos son los gallos que embarca Vd. el domingo—le decía.

—Sí que son buenos—contestaba.

Y ya podía tomar cuanto quisiera que todo era gratis. Don Antonio murió y perdió el deporte gallístico uno de sus mejores y más simpático representante. ¿Hasta cuándo no volverá a verse otra vez sobre las vallas galleras de Hispano-América otro tipo andaluz tan espléndido de exportador de gallos? Era de aquellos gitanos que hablaban por sentencias, cantaba por tarantas y todo rodeado de mucho lucimiento de leontina y brillantes, de trajes blancos limpios, de pañuelos de la mejor seda.

De Cádiz a Caracas por la ruta de Indias. Este tipo comopolita que viajaba por las Repúblicas Sud-americanas, llevaba sin saberlo a nuestros hermanos un mensaje simpático de nuestra hispanidad. Por ello al hablar de los gallos y al venirnos al recuerdo Antonio Ortíz Camacho, hemos escrito, sin haber

AYER HIJAS HOY HERMANAS

estado en aquellos lugares, de Caracas, desde donde se siente espiritualmente la presencia de España y hemos recorrido también toda América latina uniéndonos a ella en el espíritu, como lo hizo viajando con sus gallos el más famoso criador y exportador español de los últimos tiempos.

De Venezuela, en fin, parten los petroleros para España. En la hora de la marcha, siempre hay una última despedida:

Sobre la fina columna
está la noche sentada
esperando el adiós último
de los barcos de La Guaira.

El poeta Cuadra

DE la Nicaragua tropical vino un poeta hispano-americano. Salió de Managua, ciudad que conserva el ambiente aristocrático de las antiguas familias españolas. Se llamaba Cuadra y amaba a España.

Su llegada a nuestra ciudad coincide cuando la madre patria cicatrizaba sus heridas y apuntaba la civilización occidental. Eran tiempos de peligro. Llegó en esos críticos momentos para tentar nuestro sentir, para estar a nuestro lado.

En San Fernando habló a los marinos de España. Fué un homenaje que la Academia Hispano-Americana de Cádiz—puntal de la Hispanidad en la península—organizó a la memoria de los marinos muer-

LA CIUDAD DE HERCULES

tos en servicio de la patria. En el panteón de marinos ilustres, al pie de las tumbas marmóreas de los que murieron en todos los mares del globo, depositó una corona el poeta y otras con los colores de la Argentina, Nicaragua y de la Academia los directivos de esta última.

Fueron pocos los acompañantes. La juventud luchaba en los frentes, pero ¡qué escenario! Los alumnos de la Escuela Naval formados dando frente al altar de sus mayores. Muchos de ellos nietos de aquellos que cruzasen el Océano para marchar a América, porque no hay nada de mayor exponente de nuestra Hispanidad que estos guardias-marinas, futuros oficiales que heredan consignas y amores hacia nuestras hermanas las repúblicas sudamericanas, ayer hijas de la madre patria.

Habló Cuadra, el poeta de rostro tostado por soles de campos y lagos, porque aunque Nicaragua posea valles y bosques, se la conoce con el nombre de "país de los lagos". Cuadra sentía, como su país, nostalgia del mar. Encerrado entre fronteras, Nicaragua país de los lagos necesitaba expansión, escape, hacia el azul. Claro que esto no lo dijo él, pero en su rostro tostado ardían dos llamas en las pupilas cada vez que hablaba del mar. Alguien lo vió apoyarse en la balaustrada de la Alameda, mirando la entrada del puerto por donde en evocación pasada, quizá estuviese pensando que por allí mismo marchasen los descubridores, conquistadores y colonizadores de su patria.

Por esa misma abertura que enlaza la bahía con

el mar, por ese mismo ancho canal que como arco tirante despidió con fuerza los barcos al Océano, salieron una mañana clara de 1943 las velas blancas del buque-escuela "Juan Sebastián Elcano" en visita a la Argentina. Eran tiempos en que el mundo loco de belicidad no podía escuchar palabras de amor. Y en medio de la conflagración, el casco de plata del velero español debía parecer una paloma de paz que zurcaba espacios difíciles. Al regreso, en este mismo Cádiz que enviase el saludo postrero, tendría lugar otro acto de Hispanidad: la entrega de la casa donde vivió y murió Bernardino Rivadavia, prócer argentino y principal promotor de la independencia de su patria. Los gaditanos recordarán el acto de entrega, en que José María Pemán, recabando para sí el papel eterno de la ciudad de Cádiz, disertó sobre la persona del político y la época de Rivadavia. Dió esta consigna a los argentinos:

"Ni vosotros podeis encerraros en un mundo de rascacielos y de modernidades dejando de la parte de afuera toda la dignidad de la Historia, ni nosotros queremos encerrarnos en un mundo de piedras viejas y recuerdos sacros, dejándonos fuera toda la gracia de la universalidad..."

"En este Cádiz, punta de España imantada de magnetismo americano, donde se siente como en pocas partes la "agónica resolución de nuestra latinidad en precario", quiero decir a nuestro país que sepa que en esta hora en que nos cercan tantas ne-
gruras de dolores y amenazas..."

LA CIUDAD DE HERCULES

Edmundo Correa

¿QUÉ hemos de resolver, pues, en la hora presente de nuestra Hispanidad? Aún están frescas las palabras de Edmundo Correa dirigidas a los universitarios de Cuyo, con motivo del 450 aniversario del descubrimiento de América. Decía el Rector, que en América la vida tiene trascendencia, porque tiene la misma dimensión dramática o trágica del alma española; porque todas las cualidades que hemos heredado de esa España suntuosa de bizarría, están teñidas de hispanidad. Hablaba del culto al coraje y arrogancia de los conquistadores, del honor caballeroso y castellano del individualismo, del hidalgo cristiano y terminaba hablando de nuestra Andalucía y dentro de ella de Cádiz.

“He ahí un estilo de vida como se vive en esa región de la danza, de la luz y del tronío, de las flores y de la música enfebrecida, en ese remoto Tartesio enigmático de Andalucía, metrópolis de las Indias.”

En Cádiz se siente a través del cante jondo una dolorosa nostalgia de muchos perdidos en los confines del tiempo. Correa lo dice asegurando que en el palpar nostálgico de la guitarra criolla, en la tristeza de payadores y leyendas, en el ansia de horizontes del gaucho y su culto al ritmo y del coraje, resuenan los ecos de esta vida intensa del arte popular español, que aún tras la frivolidad, el gracejo

AYER HIJAS HOY HERMANAS

o el donaire, esconde una hondura a veces desganada y trágica. Nuestro arte es singularísimo y ese ritmo del toro, del baile y del cante flamento, brota de la mezcla violenta de razas a través de rutas extrañas y remotas, que vuelca en el "cante jondo" los recuerdos de un ayer que no volverá jamás.

Guajira

HEMOS dejado para lo último a Cuba, por ser la última con quien hasta hace poco nos hemos sentido unidos como madre e hija.

Cuba es para Cádiz la fenicia del siglo XVIII. Dos puertos distantes y dos identidades de caracteres. Pero el mar une y por este camino van y vienen civilizaciones y razas. En la época de cierto esplendor de Cádiz, en la segunda mitad del siglo XVIII, es cuando nuestra ciudad siente simpatía por Cuba. Un siglo antes partían los galeones para el Perú, Chile y Sud-América. Ahora en el XIX las fragatas de altos palos y velas blancas son las que llevan nuestro mensaje a estas islas. Son mensajes en papel de pergamino; un pergamino muy blanco, tan blanco como las velas, como la sal que llevan en sus bodegas, como el pañuelo eterno de las casas de Cádiz que les da el último adiós. Del último castillo de San Sebastián en la Península se llega al fuerte del Morro de Cuba, sin escala, como flecha disparada por un arco tenso que salta distancias sin descanso.

Al hablar en Cádiz de Cuba, viene el recuerdo de

LA CIUDAD DE HERCULES

la guajira a nuestros labios. ¡Guajira! Nombre mágico a cuyo contacto parecen los gaditanos saltar. La guajira es de la Habana pero nadie la ha cantado mejor como aquellos gaditanos que fueron a la Isla para "hacer dinero" hace un siglo y en su nostalgia de la ciudad se acordaban de ella.

Es un canto sentimental en que el corazón suple a la garganta. Es de muy dentro del cuerpo de donde tienen que salir las notas. De los muelles de Cádiz saltó a los salones aristocráticos y se puso en primera línea al lado del bolero y la cachucha. Pero la guajira viene decayendo como las colombianas. Ambas son productos de América y España: de Hispano-América.

Campesinos cubanos crearon la guajira, pero habría que hacer un estudio a fondo sobre el origen de esta música. Guajira se llama en Cuba al campesino blanco. Es posible que algún bracero oyese cantar a los españoles y en Cuba naciese esta modalidad del flamenco injertada en los cantos cubanos. Lo cierto es que quienes mejor cantaban las guajiras eran los propios andaluces que iban a aquellas tierras de promisión.

La guajira vino a Cádiz en barcos de velas y ruedas de tambor cuando nuestro puerto continuaba siendo el primero en el comercio con las Américas. Se exportaban de nuestro suelo fideos, telas, calzados, vinos y otros muchos productos en barcos de vela que tardaban ochenta días o en vapores que cubrían la distancia en cincuenta. Cádiz, primer puerto de recepción y salida, tenía siempre sus muelles abarro-

AYER HIJAS HOY HERMANAS

tados de mercancías. Se importaba café, caña dulce, cacao, coco, tabaco. Todas las semanas había barcos que llegaban y otros que partían. En sus cercanías rondaban los últimos piratas ladrones del mar, que iban quedando a la caza y captura de estos cargamentos.

Con la venida de estos productos llegó a nuestra Patria los primeros ejemplares de la raza de color. Fueron bien acogidos. Volvían los españoles de Cuba habiendo hecho unos cuantos miles de reales y se traían a un criado negro, un loro y mucho tabaco. Pronto casi toda la servidumbre de las casas ricas eran negros. Se llegó un momento en que había tantos que se utilizaban en las procesiones de Corpus para llevar los atriles de la orquesta, la colocación de las sillas y en la limpieza de cierros y ventanas de edificios públicos. Luego vino la emancipación, las ventas. Hoy sólo quedan algunos; contados pueden ser con los dedos de las manos. Los que van llegando no vienen de Cuba, sino de Norte América, y éstos arriban de paso y traen un loco frenesí y una llama más loca que se desparrama, no en melodía suave y nostálgica, sino en furibunda desarmonía.

Cádiz siempre ha sido un último baluarte contra la extranjerización. Pero también no hemos de olvidar que los barcos de velas han desaparecido y el motor de explosión y el petróleo llevan a los últimos rincones nuevos adelantos y nuevas civilizaciones. Nos despedimos de Cuba, nuestra amiga, oyendo a Celedonio Romero evocar con su guitarra, su "Canción de Cádiz a la Habana". Los críticos dicen que

LA CIUDAD DE HERCULES

la guitarra en sus manos es la expresión pura y exacta de un sentido cósmico y humano. Nosotros que hemos escuchado esta canción, nos sentimos también compenetrados con la guitarra, con su espíritu y con su nostálgico título. Desde entonces deseo aprender la guitarra para curar la nostalgia de la guajira. Desearía tener una sonanta como las que fabricaba Edmundo Pagés, el mejor guitarrero que conoció España. Guitarrero de la calle de la Amargura fabricaba de palosanto estos instrumentos maravillosos. Me gustaría tener uno de ellos entre mis manos. Acariciarlo sería poco; desearía estrecharlo contra mi pecho, ahogarlo entre mis brazos y escuchar al rasguearlo un canto lejano, quejumbroso, lleno de una melancolía nostálgica para sentirme triste; y luego viniendo a la realidad entregarla a un maestro para oír en desahogo correr la sangre por las venas de sus cuerdas.

Que la guajira se marcha cada día más lejos es cosa que sabemos. Se marcha con los últimos restos de barcos veleros, por donde vinieron, por el mar. Llegó, se fué, se olvidó, ¡así es la vida!

La Hispanidad

POR estas razones que vamos analizando y por estas influencias que van apareciendo en este capítulo, Cádiz tiene derecho a ocupar el puesto preeminente en nuestra Hispanidad. Cádiz no ha sido elegida expresamente entre las cincuenta pro-

vincias de España para ser el mastil de este ideal, pero ella por sí sola se ha ocupado de velar por esta llama inextinguible y alimentar ese fuego de centinela avanzado, esa llamada constante de enlace, de unión.

¡Velar por la Hispanidad! Sublime consigna. El concepto claro de Ramiro Maeztu nos es familiar, lo hacemos cosa nuestra. ¿Quién de las familias gaditanas no ha tenido algún antepasado que no fuese allí, a las Américas?

Hasta hace poco se hablaba de los problemas de América como si fueran de la provincia. Debe ser el mismo fenómeno que tenía lugar en la Roma de los Césares cuando se hablaba de Cádiz, municipio, dentro de nuestra patria, provincia romana. Aun después de muchos años en que el contacto material se ha perdido, se conserva intacto el pensamiento que fluye generosamente para alimentar ese fuego sagrado que en países de tan elevadas concepciones espirituales como los latinos, adquieren la importancia de una necesidad.

Por eso cada gaditano tiene su consulado sudamericano. Las casas de Cádiz están llenas de mástiles; desde los balcones cubren la calle las banderas de las Repúblicas de El Salvador, Paraguay, Nicaragua, Costa Rica, Colombia, Méjico, Ecuador, que conservan viva y latente esa simpática nostalgia de plantaciones, guajiros, sombreros de paja, gallos de pelea y tez morena que no se puede ahogar por muy materialista y olvidadizo que se sea, ni por más que

LA CIUDAD DE HERCULES

puisemos con fuerza, como los criollos de Edmundo Correa, la "guitarra nostálgica".

Ayer hijas, hoy hermanas. Me refugio, ante una dolorosa evocación en los versos de Fernando Villalón dirigidos a Cádiz, metrópolis de las Indias:

Tus hijas tomaron estado. No administras su oro.
Las naves de Indias que eran tu tesoro
no llegan...

Sin galas ni barcos quedaste... ¡No llores!
que tras estos tiempos
vendrán otros tiempos mejores...

Toma esos laureles
y teje tranquila coronas de Gloria.

¡Tu gesta está escrita
con letras de oro en la Historia...!

16

LA NOCHE LLEGA



Estoy ahora en el balcón donde Gómez Gil
dejase caer su pincel para siempre en un
crepúsculo eterno...

*Para mi amigo el poeta Benito
Cuesta, último romántico gaditano.*

L A N O C H E L L E G A



EN la Catedral, entre las columnatas de la bóveda del campanario, entra la luz roja pálida de la puesta de sol. En las torres de las casas, mientras que por el Este se van oscureciendo, su fachada poniente aparece iluminada por algún tiempo, dejando la blanca cal del día, paso al amarillento reflejo de la tarde que llega; amarillo con reflejos áureos, oro que sube, que se dilata, oro que se transforma luego en rojo, en rojo fuego y en rojo morado, a medida que el sol se va ocultando. Cuando contemplamos por la tarde la parte Sur de la ciudad, parece que tras el recinto urbano de las casas se levanta un incendio, una fogata sin humo o más bien una fina irrización áurea, que se refleja en los cristales de las ventanas, en los charcos de las calles, aún en las más escondidas, y luego se va quemando poco a poco hasta quedar morado, pegado al cielo; morado en capas formando un cielo gris plomizo de lluvia, mientras el mar atrapa un poco de todo y vemos espacios de agua mul-

LA CIUDAD DE HERCULES

ticolores, con reflejos de todo cuanto va pasando sobre su superficie y es entonces cuando parece que espera una cámara fotográfica o la última pincelada de un lienzo.

Luz marinera

LUCES plateadas, verdes, rojas, de los mejores colores del arco iris. Esta luz de fuego quemado, sobre la amplitud del horizonte extática, por Poniente se nos muestra de ese rojo llameante de que hablamos, haciendo contraste con la de la otra parte, la de levante, donde el puerto, defendido por las altas casas, se muestra oscuro, pálido, muerto. Es la débil luz marinera que circula por las calles, las plazas y los paseos. Algunas veces cuando hay humedad, forma neblina que flota en el aire. Entonces viene ese color postal con sabor a mar, color indefinido, difuminado, flotante y pegadizo, color de humo de castañas azulado y vaporoso, que hace dormir antes de tiempo la ciudad por este lado Norte, cuando aun hay espíritu de vida y circulación por el Sur. Luz que alterna con las farolas eléctricas recién encendidas, aún pálidas, todavía mariposas de luz, sin fuerza, prudentes.

Volverán los pescadores que pescaban en la muralla y pasarán bajo estas farolas con sus cañas; cerrarán las tiendas y las oficinas y empezará el paseo de la clase media por las calles céntricas; los últimos compradores marcharán a su casa con los paquetes;

L A N O C H E L L E G A

en el puerto resonará una sirena fin de jornada; los coches de caballos dejarán oír su herradura sobre el húmedo asfalto y entonces vendrá esa fusión de la luz que se va y la artificial que llega; la luz plateada de la luna con la luz áurea de la electricidad.

Sutil neblina

SUTIL neblina la que se estanca en esas calles de bajada, interiores, dubitativas, indecisas en su carácter. Vaho azulado de humedad flotante que sólo espera la total caída de la tarde para descender al suelo y cubrirlo de una capa acuosa, sobre la que ha de brillar la luz de las farolas; luces débiles de velas, de palmatorias, de peces luminosos, porque la luz nocturna gaditana tiene poca fuerza; más bien parece luz de iglesia, de sagrario, prudente, acogedora; luz muy en consonancia con la Semana Santa, con la nostalgia, con el carácter modesto, sin destellos de orgullo de sus habitantes. Esta luz es la que predomina en las calles, en el interior de los patios de vecinos. Junto a esta media luz ¿dónde quedó la clara, la pura del exterior? Transparente, límpida, reinaba hasta hace poco en el aire, en las alturas.

Se empacha uno de tanto mar de luminosidad durante el día; luz de espacios llenos: atiborrados de claridad. En pocos sitios esta sensación de amplitud, de horizontes sin fin. En la noche la impresión de soledad, de tranquilidad, es soberbia.

LA CIUDAD DE HERCULES

El rayo verde

AL fin hay un verde de aceituna en todas las casas altas de la población; es la hora en que todos dicen ver el rayo verde que despide el sol al ocultarse bajo las aguas. Es curioso e interesante el artículo del capitán mercante Francisco Sena Sena, sobre la puesta del sol. Se llama pomposamente "Contribución al estudio del rayo verde". (Revista de la Marina, octubre 1944). Dice así:

"Recuerdo a este respecto el cúmulo de puestas del sol con rayo verde que he presenciado al ocultarse el astro tras las costas de Garraf. Pero sobre todo el más interesante de los que afluyen a mi recuerdo fué un día en la bahía de Cádiz al ocultarse el sol tras la irregular superficie que dibujaba en el cielo el conjunto urbano que forma la Tacita de Plata. Era esta vez el horizonte en que se ponía, una casa de vecindad. Me llamó la atención la novedad del caso. Las condiciones atmosféricas del día eran propicias. Descendió el sol lentamente sobre aquel ocasional escenario, y en su postrera mirada al pequeño núcleo de observadores náuticos, el fenómeno se produjo tan verde y tan puro como cuando se despedía de nosotros en las inmensidades del Océano."

En las espadañas del Carmen, en la cornisa de la Torre Tavira, en las casamatas de las grúas del

L A N O C H E L L E G A

muelle, se refleja este tono de luz. Hasta las velas de las barquillas acusan estas variaciones de color. Cuando salen de Rota vienen blancas; luego al llegar frente a Fuenterrabía vienen rojas y al doblar la punta del muelle son azules o verdes, para ser negras al descansar sobre el costado de la ciudad.

Por eso hemos de encontrar entre las acuarelas de los pintores gaditanos, la preferencia por los atardeceres, atardeceres inacabables, de larga duración, para que puedan gozarlas todos suavemente, en que desde cualquier parte de la ciudad se ha de ver la serenidad del mar, el sol hundiéndose y unos puntos negros de barquillas que regresan a puerto.

Artemidoro

DEL sol de Cádiz dijo Artemidoro, que al ponerse en esta isla crece tanto que parece cien veces mayor. Y esta maravilla deja de serlo a nosotros que lo miramos poner cada día tan grande que dá gusto el contemplarlo. La causa es debida a los muchos vapores que del mar levanta y dilata las especies, atrayéndolas con la esponja sedienta de sus rayos, representándolo mayor y dándole más tono de luz. Nunca se mostró el sol con ceño; antes bien como al ponerse tan cerca entibia entre las aguas sus rayos, le comunica apacibilísima influencia que hizo a Silio, el poeta, cantarla como el lugar donde descansaba este astro, y que era aquí donde daba pienso a los caballos de su carroza, cansados de discurrir todo el día su elíptica dorada.

LA CIUDAD DE HERCULES

Esa orgía de colores, que describimos, ese empacho de acuarelas que es Cádiz a los ojos de los viajeros románticos del XIX y a los turistas de hoy, es la saturación material de ese idealizamiento que comienza aquí y luego continúa con los óleos granadinos de la Alhambra, los Alcázares sevillanos, las gitanas de Romero de Torres y termina con la visión amplia de Castilla, Castilla de puesta de sol y negrura de carretones, castillos y amplitud de lejanía.

Hay ciudades para verlas llegar a su arribo en el alba, con los primeros colores acuarelistas de apuntes de viaje, hechos con fácil y rápida pincelada. Otras para llegar con la negrura de la noche, ciudades misteriosas por cuyas calles de leyenda hay que deambular pisando sin ruido para dejar oír aguas que corren, aromas que saturan; pintar sombras de luna llena en pleno misterio de oscuridad y ausentarse igualmente sin ver su contorno de almenas y cipreses porque no nos marcharíamos nunca ante un perpetuo enamoramiento. Os hablo de Granada porque soy un enamorado de ella. Me gustaría alguna vez escribir algo sobre esa ciudad misteriosa, pero definitiva.

Gómez Gil

AGUAS quietas de fuentes con lotos, son aguas verdosas, tranquilas, para el óleo del pintor. Pero el mar, como decía Gómez Gil, es diferente.

Cuerpo anatómico que funciona en constante movimiento, tiene reglas en su exteriorización. La ola, el flujo y reflujo de la marea, su rompimiento en la roca se rige por normas sabias y medidas. No sería posible captar su presencia extática, porque el mar hay que estudiarlo como la fisiología del cuerpo humano. Fisiología del temporal cuando el agua tiene tres tonalidades de mar de fondo. Fisiología de las marinas de puerto en la negrura de la noche cuando las luces de los barcos reflejan sobre el agua y semejan sanguijuelas de luz que oscilan ondulantes, como resplandor acuático de peces luminosos.

Gómez Gil murió en la plaza de Argüelles, mirando al Océano. Murió en un cuartito pequeño con la ventana entreabierta, por donde colaba un soplo de levante. Había venido a terminar sus días pintando el mar de Cádiz. Lo hacía desde su mismo cuarto, tranquilo, octogenario, con el dulce sosiego de tener el escenario a mano.

El mar puede ser un plato en los días de bonanza, pero no existe fisiología sin respiración, no hay muerte aparente en el lienzo cuando hay que pintar el Océano. Aún en un extático momento de calma, de reposo, el mar tiene su movimiento, al igual que la persona que duerme. Su sístole y diástole continuo, su ancha caja torácica que aspira y expulsa, impele al organismo que descansa un movimiento armónico, idéntico. El mar también se hincha pausadamente, a la hora que todos dormimos o soñamos quizás con él.

LA CIUDAD DE HERCULES

Enrique de las Marinas

ENRIQUE de las Marinas, llamado así en Roma por ser el maestro de esta especialidad, inició el camino de esta pintura en movimiento, síntesis anatómica del mar, muy difícil de trasladar al lienzo.

Enrique Jácome pintó estas marinas hace tres siglos. Nació en 1621 y fué bautizado en la catedral de Cádiz. Hemos contemplado su busto retratado en una guía de Cádiz de 1856, donde se hace una biografía escueta con lo que se explica el nombre de la calle. Es un caballero grave, de fruncido ceño, de abundante cabellera, bigotes velazqueños, barbilla bien recortada; un caballero que se dedicaba a pintar naves y marinas y que en Roma fué llamado por su particular habilidad con el sobrenombre de "el de las marinas". Pero es una pena que no hayamos encontrado ninguno de sus cuadros en su tierra. Hemos tenido que verlos en sueños porque no sabemos si quedarán algunos; no sabemos si alguien los vió. Nadie ha podido contarnos como fueron las marinas de Don Enrique. Desde que he visto su simpática figura, su expresión, ansío encontrarme con alguien que sepa decirme algo de este gaditano.

Ruiz Luna

PERO nadie ha pintado esta ribera como Ruiz Luna. Justo Ruiz Luna ha sido, sin duda alguna, el mejor pintor español de marinas contem-

poráneo. Nació en Cádiz, y, apenas joven, ya estaba pincel en mano pintando acuarelas de marinas. Todas las casas de Cádiz y de los Puertos están llenas de cuadros de Ruiz Luna. ¡Cómo pintaba las marinas! Yo he visto sus cuadros, muchos cuadros, colgados de las paredes en las casas gaditanas. ¡Qué tonalidad de color! En calma, en tempestad, de mañana o tarde, hay un tono amarillento muy superior en fuerza a las marinas de Verdugo Landi, Martínez Abade y Ocón.

Ese color amarillento de oro y marrón claro que tiene la bahía en las tardes de puesta de sol, lo hay también en muchos sitios. Lo hemos visto en las marinas de Ruiz Luna en un atardecer en la bahía, con San Fernando al fondo. Hemos visto, también al natural, ese color pacífico de tranquilas bajamares. En la orilla, la ola tenue tiene hilillos de sangre en medio de esa áurea composición de un sol, que da tonalidades de pastel en su cielo y amarillea antes de ennegrecerle el verde del mar. Ruiz Luna cantaba como perfecto marinista que era, la esencia y realidad de nuestra bahía. Sus marinas son amplias y de dilatados horizontes, indecisas, difusas y se ven a través de la espuma, de la luz cegadora del sol, de la pintura ligera, pulcra, pero decisiva. Difusión que se derrama, que se esparce en la transparencia, en la diafanidad de los Puertos, con su sensación de lejanía amplificadora de horizontes. En este escenario vasto de luz y de fondo se palpa la anatomía del paisaje, del mar en movimiento. Por eso tal vez cada gaditano amante

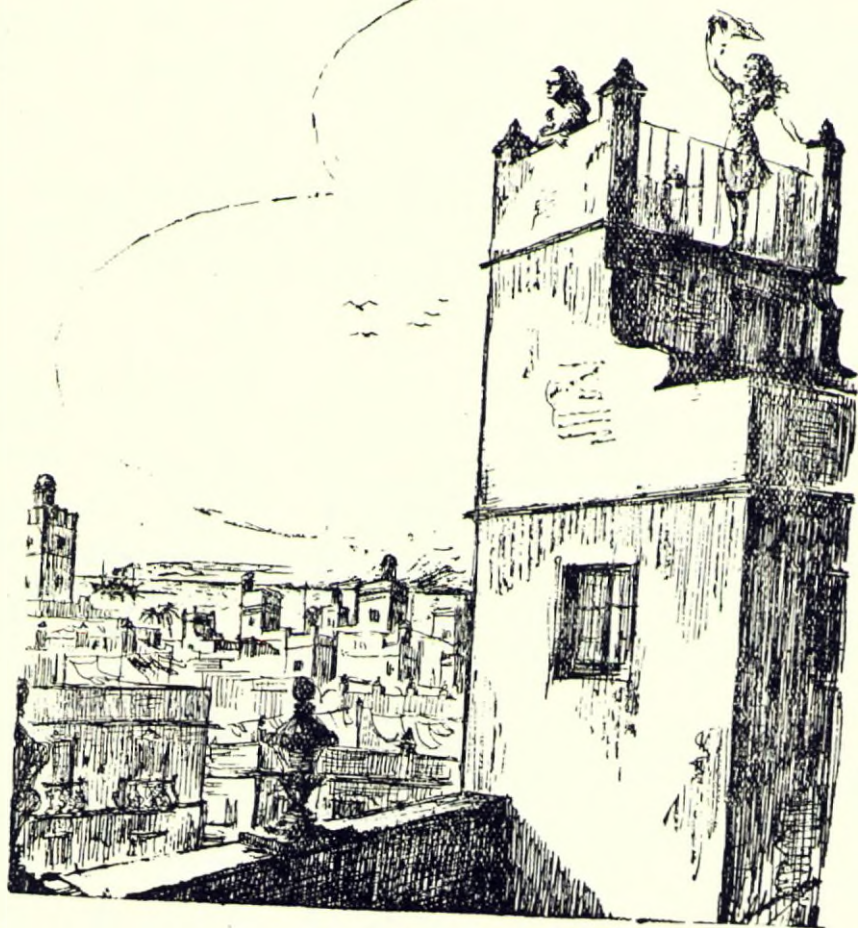
LA CIUDAD DE HERCULES

de su mar, tiene un Ruiz Luna en su casa, y los anticuarios en su delicioso misterio de tiendas, tienen como centinelas constante, una marina preparada para la visita curiosa del viajero.

Murió el marinista

LA sombra negra acaba con las marinas. La noche llega. Surge la luna de plata reinando en el espacio. Una ligera brisa pasa sobre la ciudad. Olvidamos el mar frente al cual estamos. Descansó el pincel del marinista y voló nuestro pensamiento con él. Estoy ahora en el balcón donde Gómez Gil dejase caer su pincel para siempre en un crepúsculo eterno. Estoy tan solo como el maestro ausente. Se han apagado sus ojos al mismo tiempo que se tapó su cara al mar. La orgía de colores de la acuarela vespertina murió en lontananza. Las estrellas empiezan a brillar. Algo nos embarga que nos hace contemplar el firmamento; es la soledad. Y entonces sentimos en nuestro interior un impulso, una llamada, un algo que no puedo definir.

R E G R E S O



Sobre el pretil apoyada, habrá una muchacha
pálida, alta y delgada, que nos saludará pren-
diendo el pañuelo de encajes entre sus dedos
finos, ágiles y blancos...

*A José de las Cuevas y Francisco
Montero Galvache, escritores de
pluma fina, impetuosa y rebelde.*

R E G R E S O

“Por la mar llegó a Cádiz el esplendor de tiempos pasados y por la mar confío que arriben los recursos que Cádiz necesita para su vida progresiva. ¡La mar no puede negar nada a la tierra que quiso ser isla oceánica cuando Neptuno le hizo el amor!

Almirante Estrada.



UANDO ya se pierde de vista la ciudad o cuando ya en el correr del tiempo estamos alejado de ella nos la imaginamos de otra forma; la recordamos entonces con un dejo de sueño, de aflicción, con la tristeza de la marcha y de su abandono. Lo dicen en efecto los viajeros. Benito Prats y Más que escribió un libro sobre Andalucía nos lo dice: “Al marcharme sentí esa melancolía que produce la falta del oxígeno y de la luz y que causa la privación de un bien que se pierde o que se aleja”.

Ante mi mesa de trabajo tengo una carta que me dirige José de las Cuevas desde ese pueblecito maravilloso colgado del cielo que se llama Arcos de

LA CIUDAD DE HERCULES

la Frontera. Pepe, escritor ágil, de fina pluma que ya escribió sobre Cádiz muchas y estupendas páginas, siente nostalgia de la ciudad y se desahoga oteando desde su ventana el ancho y dilatado espacio que después de muchas leguas adelante llega a este mar. Me dice en su carta:

“Cádiz es la única ciudad de Andalucía que se recuerda, una y otra vez, lejana y difuminada, como en los sueños. Las demás son demasiado patentes, demasiado precisas. Cádiz está tan cerca de la literatura que aún después de verla, aún después de vivir dentro de ella, se confunden la impresión real y la impresión que tuvimos de los libros. Ahora mismo mientras te escribo, tengo delante de los ojos la línea blanca, fina, como una rendija de luz y me pregunto si la ví de verdad alguna vez o en cambio la leí o me la he figurado yo literariamente.”

Impresión real, efectiva la de su presencia, en la llegada; impresión vaga, nebulosa en la partida, cuando queda lejos y forma esa imagen que se recordará siempre, como esos veleros que encontramos en nuestra singladuras a los que saludamos y que desaparecen en el horizonte como una nubecilla.

De las ciudades que se recuerdan en la lejanía, no es Cádiz la que se puede delimitar, la que fácilmente se puede describir y a la que gustaría volver. No debe sentirse ese ansia de retorno, esa nostalgia que mortifica, como pasa con Granada por ejemplo. En Cádiz no se siente al recorrerla la impresión le-

gendaria en cada sitio, aunque sea una ciudad propensa a la evocación, al recuerdo. ¿En qué consiste pues la cautividad de esta ciudad? ¿Cuál es el misterio que llena su ambiente? Y sin embargo existe; notamos que nos sentimos embargados, cautivados, por una sensación agradable, cariñosa.

Hemos recorrido las calles de sus barrios, pero no lo hemos hecho con esa lentitud, con ese paseo lento, acompasado, como se hace en otras poblaciones. En Cádiz se supone todo bajo otro aspecto distinto. Es necesario andar a buen paso, es necesario pasar ligero por sus calles, entrar rápido a curiosear, hablar de prisa; en suma, es necesario un movimiento constante como corresponde a una vida activa de carga y descarga en un muelle y en un llegar y salir de barcos.

Por otra parte sus pequeños jardines no invitan a ese reposo que se busca en los de La Alhambra granadina, por ejemplo, donde hay que pisar quedo, atento el oído al correr de una fuente o al canto de un pájaro. ¿Dónde está en Cádiz ese rumor de agua? ¿Dónde están sus pájaros? También aquí se escucha el agua, pero ¡cuán distinto el rumor del mar!, ¡cuán diferente el aleteo de las gaviotas y demás pájaros marinos, al canto y trino del ruiseñor!

No es propenso este ambiente pues para su descripción pausada. No es posible tampoco permanecer en ella más de unos días. Es necesario partir a cualquier sitio.

Este fenómeno que sucede siempre, se percibe más que nunca al cabo del tiempo, cuando notamos su

LA CIUDAD DE HERCULES

ausencia y comprendemos el valor de las cosas. Los buenos gaditanos lamentan la desaparición de todos aquellos tipos y aquellas costumbres que unas veces por la nueva época y otras por la dejadez y el descuido han muerto para nosotros.

¿Quién trata de resucitar ahora a Velázquez el apuesto majo de Palacio Valdés? ¿Quién no echa de menos aquellas tardes de columpio con las mozas en los patios de las casas del barrio de la Viña? ¿Por qué sentimos pena cuando leemos los sainetes de Juan González del Castillo en los que se presentan tan excelentes y graciosos tipos y tan agradables costumbres? Nos gusta recorrer los capítulos de antaño y leer las descripciones de hace cincuenta, ochenta, cien años. Nos gusta repasar las Memorias de Fernán Caballero, del Padre Coloma, los "Recuerdos Gaditanos" del Padre León y Domínguez y también todos esos libros y folletos de menos importancia literaria, las más de las veces escritos por plumas desconocidas, que no nos recuerdan nada, pero en los que encontramos curiosas historias, narraciones agradables y nos traen a la memoria personajes simpáticos, hábitos, costumbres y anécdotas que nos hacen pasar momentos deliciosos.

El último pañuelo

Nos despedimos de Cádiz al igual que lo hacen los viajeros. Nos despedimos, pues, de esta ciudad de paso, embarcando en su muelle y dejando

en el andén una impresión borrosa y un nebuloso recuerdo. Junto a mí, en las cubiertas del buque, numerosos pasajeros dan los últimos saludos a los que se quedan. Pañuelos blancos a medida que nos alejamos van quedando en la ciudad. Pañuelos blancos a bordo también se van guardando en los bolsillos, en los amplios bolsos de viaje de las señoras.

Ya se ha recogido el ancla en el escobén; ya el práctico va señalando la ruta a seguir. Sorteamos junto al muelle pesquero, bergantines, goletillas y faluchos, fondeados a la entrada de la dársena. Invariablemente a la entrada de este muelle pesquero hemos de encontrar fondeada una goleta portuguesa que viene a cargar sal. Dos palos, casco blanco y un perro en su cubierta que corre por ella cuando nos vé pasar cerca. Llega corriendo a la popa y como no puede saltar, se contenta con ladrarnos. Cuando estamos ya lejos se calla, agacha el hocico y vuelve al puente a tenderse.

Ya van quedando esta vez a babor, castillos y fuertes, malecones y puntas, boyas y faros. Todo el paisaje que vimos a la arribada lo contemplamos ahora en la partida. Allá al fondo la Torre Vigía de Tavira y las de la Catedral nos envían un saludo. Las agujas de San Antonio, las espadañas del Carmen, las garitas de Puerta de Tierra nos saludan también.

Recordamos una vez más a García Sanchiz. Le recordamos en su pensamiento del pañuelo eterno de las casas de Cádiz, del último adiós a los navegantes de Europa. Recordamos también cualquier pañuelo fino de encaje allá en las azoteas gaditanas en

LA CIUDAD DE HERCULES

donde sobre el pretil apoyada, habrá una muchacha pálida, alta y delgada, que nos saludará prendiendo la diminuta prenda entre sus dedos finos, ágiles y blancos. Tenemos que saludar pues a toda esa ropa blanca tendidas en las azoteas puestas para secarse y que ahora estarán recogiendo las lavanderas, las mocitas, las muchachas casaderas, mientras cantan alegres cualquier tonadilla de la tierra. ¿Qué hace esa muchacha que ha mirado hacia nosotros y nos ha visto? ¿Por qué ha interrumpido su trabajo? ¿Por qué ha doblado la ropa sobre su brazo y ha andado unos pasos hasta el repecho de la azotea? ¿Por qué se ha apoyado en ella y ha contemplado nuestro barco? Tan fija su mirada, tan atenta; ¡lástima que estemos lejos! Sus ojos deberán estar ahora muy tristes. Nos debe mirar entornándolos. ¿En qué piensa esta muchacha? Todas las tardes cuando sube al lavadero, cuando recoge la ropa, viene a apoyarse al pretil como a un balcón. Todas las tardes esta muchachita contempla la partida de los barcos. ¿Es la mujer de un embarcado? ¿Irá su novio en el navío? ¿Es por el contrario una jovencita que sueña con grandes viajes o con algún marinero que vendrá por el mar? ¿Por qué se asoma a despedirnos? Esta muchacha se ha vuelto un momento y ha llamado a otra que un poco más lejos recogía ropa. Esta ha acudido presurosa y se ha apoyado junto a ella. Ambas han contemplado nuestra partida; ambas muy quedas estarán hablando mientras nos miran. ¿De qué hablarán? ¿Por qué nos observan tan quietas, tan ensimismadas? ¿Cuál es el sueño de ellas?

R E G R E S O

Estas muchachas que nos han contemplado un rato se han enderezado, han recogido las últimas prendas colgadas y ha cerrado la puerta del lavadero. Habrán bajado rápidas las escaleras y se habrán metido en el planchador o en la cocina. Muchas muchachas hay en Cádiz con esta misma sensación, con esta misma añoranza. Mientras salga un barco, mientras sean las tardes rosas, azules y apacibles, siempre habrá en el pretil de las azoteas gaditanas una muchacha, cara al mar, observando vuestra marcha.

Reposo en la partida

SE perfilan las siluetas de los miradores, las torres y los minaretes que destacan sobre el fondo azul del cielo y mar. Algunas barquillas de pescadores regresan a puerto, botes en los que uno o dos hombres reman o se dejan llevar por una vela latina, pequeña, caída un poco, como cansada, como adormecida. Vemos allá en el fondo, en el estuario de los muelles, en las dársenas pesqueras, el humo azul de algún calafate que repasa los bajos de su barca, mientras se oyen los golpes de algún maestro de bahía, golpes lejanos, acompasados, sobre el costillaje de algún barco. Todo esto aunque lejano, se oye en la calma de la tarde, en el reposo de la partida, cuando ya las grúas han parado su trabajo, cuando el tren de mercancías ha vuelto a su hangar, cuando las carretillas han sido abandonadas en cual-

LA CIUDAD DE HERCULES

quier parte y duermen con los barales en alto desfallecidas por el incesante trajinar de las mañanas de puerto. Y de pronto en medio de esta calma oímos la sirena de algún barco, el aleteo y graznido de algunas gaviotas que pasan sobre nosotros, en grupos espaciados, el chirriar de algún tranvía que baja por la Cuesta de las Calesas, las gramolas de los cafés del muelle donde ya la luz marinera ha tejido su sombra de puerto sobre las mesas, sobre los veladores de mármol, esos veladores que Cuevas describe—redondos y el filo con un aro de hoja de lata—, de los que deben de quedar ya contados por la tierra.

El color

YA estamos a algunas millas de la ciudad. Quedaron atrás las montañas; los picos de las sierras de la provincia se adivinan ya lejos en el horizonte; la costa es baja y llega en lecho de arena fina y de pinares al mar. Parece pues que todo va a terminarse y que la tierra va a desaparecer. Pero entonces surge el milagro de la naturaleza. Cádiz lo mismo que al acercarnos se adelanta a nosotros, ahora se marcha de la península y nos acompaña un rato. La piel de toro despega un trozo de tierra, lo afila, lo pule y lo lanza al mar; se adelanta también como los prácticos del puerto, para recibir y llevar a sitio seguro los barcos del mundo. Entonces vemos cómo el mar regala a Cádiz, la maravilla de su color. Lo rodea, lo delinea con un rizo de espumas que hier-

ven de continuo ante la franja ocre de las murallas y lo cubre con la bóveda azul de un cielo puro y limpio. Lo empolvorea con el fruto de sus aguas, la sal que cae fina, constante, llenando los huecos, tapando orificios, encalando las casas, las torres, como si con una nueva pintura marinera lo rociara de blancor.

Las rejas de las casas de Cádiz deben saber a mar, y así como en las rocas y en las murallas se agarran las algas, hay también una capa de salitre en los hierros de los balcones, en las farolas, en los pararrayos, en las veletas de las torres, en el marco de la ventana del cuarto que toda gaditana abre por la mañana a la serena espléndidez de la bahía o a la inquietud del oleaje de la Caleta.

Edmundo D'Amicis

YA ha llegado la noche con su negra capa. Los pasajeros se han retirado a sus camarotes para cambiarse y bajar al comedor. Yo también he abandonado mi puesto observador y me retiro, pero no pienso cenar. En el camarote sobre la mesa he puesto unas cuartillas blancas, muy blancas. He sacado la pluma y me dispongo a escribir la última impresión sobre Cádiz. Pero entonces recuerdo a otro viajero que hace ya mucho tiempo también bajó como yo para escribirla, y no pudo. Edmundo D'Amicis, el escritor italiano que nos ha dejado dos páginas espléndidas sobre la blancura de Cádiz lo dice: "Bajé a mi camarote, tomé el álbum y empecé

LA CIUDAD DE HERCULES

la descripción de Cádiz: pero sólo pude escribir una docena de veces las palabras "blanca", "azules", "esplendor". Después dibujé una figura de mujer y luego cerré los ojos y soñé con Italia".

He subido nuevamente a cubierta. Ya sólo hay obscuridad por todos sitios. Me encuentro solo. Ahora noto como lleno ya mi espíritu viajero, siento a la ciudad entre mis carnes; me atormenta la marcha y el abandono y quisiera entonces que fuera de verdad el velero de piedra de la literatura que sigue las aguas que voy trazando cual nave capitana. Y entonces pienso una vez más en Cádiz, gozando íntimamente de su personalidad, orgulleciéndome de su historia y de su papel futuro, recreándome en su plena luminosidad, sintiendo su carácter y su modo de ser como cosa propia que se adentra en mi espíritu.

Y pienso, por último, en el mañana y en la vida que le espera y, ya tranquilo y confiado, escribo por fin con pulso firme en mi carnet de viaje: "Aunque ya estoy lejos de él, aunque ya sólo lo siento en mi interior, el viejo Cádiz inquieto y anhelante, sigue su eterna ruta mientras los tiempos pasan".

BALANCE DE LA CIUDAD

Las ciudades son como los hombres. Cada una tiene su cualidad, su modo de ser. Pretender recoger el espíritu de las mismas, catalogarlas y definir las en un libro, es tarea imposible. Se renuevan con el tiempo, aunque en su fondo sigan latiendo la esencia de su característica principal primitiva, que crea en ella una personalidad determinada. Es, pues, difícil sacar en limpio el balance de la ciudad.

Temo la respuesta a estas preguntas: ¿Se ha recogido algo de su modo de ser en estas páginas? ¿Juzgará el lector la personalidad auténtica de Cádiz a través de sus capítulos? Enorme responsabilidad la mía.

La ciudad se me antoja, literariamente, como un punto de firmamento visible desde todos los lugares, propenso a la contemplación de los hombres, pero de la que se salva su gracia principal, la de que por ser precisamente tan limpia, tan deslumbradora y tan visible, escapa a ser descrita minuciosamente, como la arena fina de sus playas se escurre ágil entre los dedos ansiosos del que quiera aprisionarla.

INDICE

INDICE DE CAPITULOS

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| <i>Prólogo por José María Pemán . . .</i> | 5 |
| <i>Dedicatoria</i> | 16 |
| 1. NUESTRA LIMPIA LITERATURA . | 19 |
| Interpretación literaria | 23 |
| Ciudad de evocación | 24 |
| Ciudad de paso | 25 |
| Ciudad que aguarda | 27 |
| Misión ante España | 29 |
| Su dirección en el folklore andaluz . . | 30 |
| Exaltación literaria | 32 |
| Andén universal | 34 |
| 2. PLAZA DE SAN JUAN DE DIOS . | 37 |
| Café evocador | 41 |
| Amanecer gaditano | 43 |
| Tipos de hoy | 45 |
| Sentimiento marinero | 46 |
| Arribada del marino | 46 |
| Lenta llegada | 49 |
| Carácter de la plaza | 50 |
| 3. BARRIO MARINERO DE SANTA | |
| MARIA | 53 |
| Calle de Sopranis | 56 |
| Retorno al barrio | 58 |
| Anochecer en Santa María | 60 |

| | | |
|----|--|-----|
| 4. | EL MAR, LA TIERRA Y EL CIELO. | 63 |
| | Preocupación del mar | 65 |
| | Azulamiento | 66 |
| | Clara naturaleza | 67 |
| | El hombre del campo y el de la costa | 69 |
| | El catalejo | 70 |
| | Nostalgia de las torres | 72 |
| | Cinco Torres | 75 |
| | El viento del levante | 77 |
| | Las barquillas de Lope de Vega | 79 |
| | Tipo marinero | 80 |
| 5. | POR LAS CALLES Y PLAZAS | 83 |
| | Sensación de profundidad | 87 |
| | Mosaicos de personalidad en las calles | 89 |
| | Paseo agradable | 70 |
| | Nombres evocadores | 93 |
| | Anochece en las callejuelas | 96 |
| | Gracia de las casas | 99 |
| | Plazas de Mina y Candelaria | 100 |
| | Se marcha la Tuna | 103 |
| | Soledad nocturna de Fray Félix | 104 |
| | Lluvia en la Ciudad | 106 |
| | Contemplación del Romántico | 107 |
| | Personalidad en las calles | 109 |
| | Evocación urbana | 110 |
| 6. | LA CULTURA Y EL PUEBLO | 115 |
| | Don Federico Rubio | 116 |
| | Tertulias | 121 |
| | El erudito | 123 |
| | El pueblo | 126 |
| | Biblioteca Municipal | 128 |
| | Libros donados | 130 |
| | Trotsky y el Conserje | 132 |
| | Tío Perico | 135 |
| | Cultura interna | 137 |

| | | |
|-----|--|-----|
| 7. | EL COMERCIO A TRAVES DE LA CAOBA | 141 |
| | Oficinas comerciales | 145 |
| | El idioma tradicional | 151 |
| 8. | ANTICUARIOS GADITANOS | 155 |
| | Las cosas y sus historias | 159 |
| | La compra | 160 |
| | Recuerdos de otros mares | 161 |
| | Encanto y misterio | 163 |
| | El cierre | 163 |
| 9. | LA CASA Y LA FAMILIA | 165 |
| | Costumbres | 170 |
| | La Copa | 172 |
| | Fondo cultural | 173 |
| | La Mujer | 175 |
| | Lord Byron | 178 |
| 10. | DEL FOLKLORE Y DEL SENTI- MIENTO | 182 |
| | Bailadores | 183 |
| | El toque de las palmas | 191 |
| | El son | 192 |
| | La alegría | 194 |
| | La alegría en el cante | 197 |
| | Exposición | 199 |
| | Los tangos de Cádiz | 200 |
| | Las letras | 203 |
| | El gitano marinero | 206 |
| | Llamada de fuego | 209 |
| 11. | LA POSADA DEL MESON Y LA VENTA «EL CHATO» | 211 |
| | Azorín | 213 |
| | Posadas antiguas | 215 |
| | Futuro del Mesón | 215 |
| | El Chato | 217 |

| | |
|---|-----|
| 12. INDIFERENTISMO DE LO MATE- RIAL | 223 |
| Psicología del grupo | 223 |
| La gaita y los bolos | 232 |
| Influencias | 233 |
| Eterna nostalgia | 234 |
| Iniciativa | 236 |
| Espiritualidad | 237 |
| Renovación | 238 |
| Moradores del mar | 239 |
| El Campo | 241 |
| 13. APUNTES DE LA SEMANA DE PASION | 243 |
| Lo saeta carcelera | 248 |
| Los Cristos | 249 |
| Nazareno | 250 |
| Colorido de Pasión | 251 |
| Buena Muerte | 253 |
| Rostro | 255 |
| Saeta | 256 |
| Recogida | 258 |
| El Alba | 260 |
| 14. «LA ATLANTIDA» EN LAS PLA- YAS GADITANAS | 261 |
| Cinco Torres de marfil | 267 |
| Luna gaditana | 263 |
| Manuel de Falla | 269 |
| Atardecer en la playa | 270 |
| Futura Atlántida | 273 |
| 15. AYER HIJAS, HOY HERMANAS . | 275 |
| Colombia | 280 |
| Venezuela | 281 |
| Los Gallos | 283 |
| El poeta Cuadra | 289 |

| | <u>Páginas</u> |
|---------------------------------------|----------------|
| Edmundo Correa | 292 |
| Guajira | 293 |
| La Hispanidad | 296 |
| 16. LA NOCHE LLEGA | 299 |
| Luz marinera | 304 |
| Sutil neblina | 305 |
| El rayo verde | 306 |
| Artemidoro | 307 |
| Gómez Gil | 308 |
| Enrique de las Marinas | 310 |
| Ruiz Luna | 310 |
| Murió el Marinista | 312 |
| 17. REGRESO | 313 |
| El último pañuelo | 320 |
| Reposo en la partida | 323 |
| El color | 324 |
| Edmundo D'Amicis | 325 |
| <i>Balance de la Ciudad</i> | <i>327</i> |

